

Solo un beso bastó

JENNY DEL

Solo un beso bastó



JENNY DEL

Primera edición.
Solo un beso bastó
©Jenny Del.
©enero, 2026
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Mónica

Mi nombre es Mónica, tengo veinticinco años, y no tenía ni la más remota idea de que ese día sería el inicio de algo que cambiaría mi vida para siempre. Pero será mejor que os cuente todo desde el principio…

Nací en una pequeña ciudad costera del sur de España, donde crecí en un entorno familiar de lo más cercano y tranquilo. Con quince años conocí a Martín, y me enamoré como una tonta. Estuvimos juntos cuatro años, hasta que conoció que estaba embarazada.

—No te preocupes, Mónica, que yo estaré a tu lado, no te dejaré sola —me dijo el día que se lo conté, y pensé que era verdad.

—Por favor, mis padres, si ven que estás a mi lado, se lo tomarán de otra manera —le respondí.

—Mañana hablaremos con ellos, deja que esta noche se lo cuente yo a mis padres. Ellos me acompañarán a dar la cara —me dijo en la puerta de mi casa, mientras que nos despedíamos hasta el día siguiente.

Poco me imaginaba yo que ya no aparecería más. Su teléfono, apagado, no recibía ni mis mensajes ni mis llamadas, me salía que no estaba disponible. A media mañana, me decidí a ir a buscarlo a su casa, encontrándome con que no

había nadie, tan solo la chica de servicio, que me dio una nota que Martín me había dejado, ya que sabía que iría por allí en su búsqueda.

"Querida Mónica, te escribo estas letras para pedirte que te olvides de mí. Me lo he pensado mucho durante esta noche, y he decidido que no quiero ser padre.

No puedo arruinar ni mi vida ni mi futuro por un bebé, ya tendré tiempo para formar una familia, cuando tenga una carrera y todo lo que se le puede ofrecer a un niño.

Por favor, no intentes ponerte en contacto conmigo, ya que no lo conseguirás, pues mi familia y yo hemos vuelto a Madrid, donde seguiré con mis estudios.

Volveremos en verano, pero si te cruzas conmigo, haz como que no me conoces, será lo mejor para todos.

Martín."

No os puedo explicar lo que me entró por el cuerpo, porque sentí de todo. Pasé del dolor a la rabia, para acabar alojándose en mí el miedo. ¿Qué iba a hacer sola con un bebé? ¿Cómo lo iba a sacar adelante?

Llegué a mi casa con el corazón hecho añicos y mi madre, tal y como me vio, supo lo que me ocurría, no hizo falta decirle nada. Es cierto que, aunque pensemos que no, una madre siempre lo sabe todo, o al menos, lo intuye.

—No estás sola, Mónica. Nosotros siempre estaremos a tu lado, y te ayudaremos a sacarlo adelante — dijo mi madre, mientras me abrazaba.

—Me engañó, mamá. Anoche me dijo que estaría conmigo, que iba a hablar con sus padres y hoy vendría junto con ellos para dar la cara, y se ha ido, me ha dicho que, cuando vuelva y lo vea, haga como la que no lo conoce —le conté.

—Era de esperar, Mónica. Has sido muy ingenua. Sus padres nunca lo consentirían, ellos siempre han visto tu condición social, nunca se han preocupado por conocerte a ti, a la persona.

—¿Cómo he sido tan idiota, mamá? Yo pensé que me quería, y tan solo me ha utilizado, para darme la patada en cuanto ha tenido la oportunidad —le respondí, llorando.

Mi madre, fue la encargada de contárselo a mi padre que, al principio, se enfadó, pero luego fue el que más me cuidó durante todo el embarazo, el que me lucía con orgullo ante los vecinos, que no paraban de murmurar.

Mis padres no es que nadaran en la abundancia, como era el caso de los padres de Martín, pero tampoco tuvimos ninguna carencia. Eran dos trabajadores de clase media que se dejaban la piel día a día para que, a mí, su única hija no me faltara de nada.

Ni que decir tiene que se volcaron cuando nació mi hija. Dafne contó con la mejor habitación que un bebé pudiera tener, al igual que con su carrito y sus ropas. Mi padre decía que era su princesa.

Tuve que dejar de estudiar, pues no pensaba estar toda la vida al amparo de mis padres. Mi hija y yo necesitábamos conocernos y habituarnos la una a la otra, sin dejar de lado a los abuelos, por supuesto.

Una vez que la niña tuvo el año, la metí en la guardería y empecé a buscar trabajo. Al principio estuve limpiando casas, haciendo recados a las vecinas necesitadas, hasta que me llamaron del supermercado en el que trabajaba en la actualidad.

Cuando Dafne empezó el colegio, decidí que ya era hora de independizarnos, ahora ya tenía una estabilidad económica que me daba para eso. Mi padre, que tenía un pequeño apartamento que heredó de sus padres, y que hasta ese momento lo alquilaba a estudiantes durante la época escolar, y a turistas en verano, me dijo que me podía quedar con él.

—Papá, si me quedo con él te pagaré el alquiler, no quiero que, ni mi madre ni tú, tengáis que renunciar a ese importe que os ayuda mensualmente —le dije.

—Hija, ni tu madre ni yo le hemos tocado nunca a ese dinero. Está en una cuenta en el banco, para que, cuando la niña sea mayor, pueda estudiar. Lo guardamos para tus estudios, pero viendo que no vas a seguir, hemos decidido dejarlo para ella —me explicó mi padre, y no pude evitar que se me cayeran dos lagrimones.

—Lo siento, papá. No sabes lo que lamento no haber sido la hija que esperabais —le dije, sin dejar de llorar.

—No digas eso, no solo has sido la hija que esperábamos, sino que has sido la mejor del mundo, y que nos ha dado el mejor de nuestros tesoros, mi nieta. Así que, límpiate esas lágrimas y levanta esa cabeza, que eres una luchadora que no ha dudado en ser madre y padre a la vez.

Aquel verano fue el primero que lo vi, paseando con una pija del círculo social de sus padres. Pasó por mi lado, que llevaba a Dafne en su carrito sentada, y ni la miró. Me dolió lo más grande, porque, encima, mi hija era igualita a él. El mismo pelo negro rizado que tanto odiaba Martín, porque era imposible de peinar, y los mismos ojos verdes que llamaban la atención por su tono.

Ahí fue cuando comprendí que jamás volvería, que su hija le había importado siempre un carajo, y que mi niña tan solo me tenía a mí y a los míos, a nadie más.

—Dafne, por favor, o te das prisa o llegaremos tarde —le dije desde la cocina, mientras preparaba su desayuno.

—Ya mismo voy, mami, estoy cogiendo mi mochila —me contestó desde su habitación.

Nuestra casa era como un pañuelito, tenía dos habitaciones, un baño en el pasillo, una cocina abierta al salón y un pequeño cuarto de plancha, nada más. Vamos, que si jugábamos al escondite no tardábamos más de minuto en revisar toda la casa.

Mi hija salió con su uniforme puesto y peinada que parecía que había pasado un huracán por su cabeza. Cuando la miré, no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Quién te ha peinado, Dafne? ¿Eduardo Manostijeras? —le pregunté, sin parar de reír.

—¡Qué graciosa mi madre! Me he peinado yo, pero mientras me ponía la gomilla de una de las coletas, con el brazo me despeinaba el otro lado. ¡Tres veces lo he intentado! Hasta que me he aburrido —me contestó.

—Anda, ven aquí que te arregle ese desastre —le dije, poniéndole las dos coletas bien.

Mi hija, a pesar de la edad que tenía, era una niña muy independiente y responsable. Ella se ocupaba de todas sus cosas y tenía su habitación que parecía un museo, no había nada fuera de su sitio.

Salimos con el tiempo justo de dejarla en el colegio y entrar a trabajar. Por suerte para mí, el colegio estaba en la acera de enfrente de mi lugar de trabajo, por lo que no tardaba más de un par de minutos en llegar de un sitio al otro, o llegaría tarde.

—Recuerda que hoy te recoge el abuelo, que yo salgo más tarde. Luego, cuando te recoja, nos iremos al parque un ratito —le dije a mi hija, dándole un beso en la mejilla.

—Mami, hoy no va nadie al parque, recuerda que es el cumpleaños de Darío, y me tienes que llevar al parque de bolas donde lo celebra —me contestó, y tenía razón, hoy tenía un cumpleaños.

—Entonces, le enviaré un mensaje al abuelo para que te lleve él, porque a mí no me dará tiempo, yo me iré para allá cuando salga del trabajo —le respondí.

Llegué al trabajo cinco minutos antes de mi hora de fichar, pero antes le envié el mensaje a mi padre, porque si se lo decía a mi madre no se iba a

acordar.

Capítulo 2



Mónica

Mis padres también me tuvieron muy jóvenes, pero ya estaban casados. Ellos siempre decían que había sido su pequeño milagro, pues a mi madre le dijeron desde muy pequeña que no podría tener hijos, que tenía los ovarios poliquísticos, y que era prácticamente imposible que lo consiguiera.

Mi padre, José, tenía cuarenta y seis años, y era de ese tipo de hombres que te volvías a mirar por la calle. Alto, metro ochenta y cinco, moreno de ojos grises y contable de profesión. Mi madre, Rosa, contaba con cuarenta y cinco años, tenía el pelo castaño y los ojos marrones. Yo me parecía mucho a ella, salvo en el color de ojos, que había sacado el de mi padre.

Mónica: *Acaba de recordarme tu nieta que hoy tiene el cumpleaños de su amigo Darío, y a mí no me da tiempo de llevarla. ¿La acercas tú? No hace falta que te quedes si no quieres, yo me encargo de recogerla.*

Papá: *Por supuesto que yo me encargo, y de marcharme y dejarla sola, nada, que se puede caer y estar sola. Ya me iré cuando tú llegues.*

Dejé todo en mi taquilla y fui hasta mi caja, antes de que bajara la encargada y me echara la bronca. Montse era la pareja del hijo del dueño del supermercado, pero se creía que la dueña era ella, no la había más antipática en veinte kilómetros a la redonda. Iba por el supermercado con unos aires de

superioridad que no eran ni medio normales, llamándole la atención a todos los empleados, por cualquier tontería, tan solo para hacerse notar.

—Mónica, esa caja ya tenía que estar funcionando —me dijo, al pasar por mi lado.

—No te preocupes, Montse, que en cuanto vea al primer cliente entrar, lo empujo para que compre los artículos de uno en uno, así tendré trabajo —le respondí.

—Sigue así, Mónica, y te garantizo que tu puesto de trabajo, quedará vacante —me amenazó, y no hice más que contestarle con una sonrisa, como si la cosa no fuera conmigo.

La mañana fue transcurriendo como siempre, hasta que faltaban cinco minutos para mi hora de salida, y lo vi. Era el hombre más guapo que me había echado a la cara en toda mi vida. Pero no solo era eso, era la seguridad con la que se movía, la elegancia que emanaba, y no fui la única en darme cuenta, pues Montse, que también lo vio, se fue directamente al pasillo en el que estaba.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó, batiendo las pestañas, como si en vez de estar en el trabajo estuviera en una discoteca.

—Buenas tardes, estaba buscando un producto que no veo — contestó él, con una voz grave, de esas que parece que están en el doblaje de un anuncio.

—Un momento, enseguida viene Mónica y lo atiende —le contestó, haciéndome un gesto con la mano.

Ella no sabía dónde estaba nada, por mucho que se paseara por el supermercado como si estuviera viendo escaparates en la Gran Vía.

—Buenas tardes. ¿Qué producto es el que está buscando? —le pregunté con una sonrisa, y parecía que a Montse le molestaba mi actitud.

—No hace falta que se lo preguntes de esa manera, Mónica, estás en el trabajo, no en la discoteca —me dijo, intentando dejarme en ridículo delante del cliente.

—Créeme, si estuviera en una discoteca, procuraría buscar una en la que no estuvieras tú —le dije, sin perder la sonrisa, haciendo que su cara se pusiera roja de rabia.

—Buenas tardes, Mónica, mi nombre es Raúl, y estaba buscando un caldo de paella de marisco, que no logro encontrar —me dijo, ignorando a Montse por completo.

—Es que está en la parte superior. Debe ser que a mi compañero no le ha dado tiempo a reponerlo, si me da un minuto, yo misma lo hago —le dije, cogiendo la escalera que estaba en la estantería de al lado.

Subí a coger la caja, pero al llegar casi al último escalón, mientras estaba bajando, resbalé y casi me parto la crisma, si no llega a ser porque Raúl me cogió al vuelo.

—Gracias, si no llega a ser por usted, me habría abierto la cabeza —le dije, sonriendo.

—Como no, ella tenía que dar la nota y montar el numerito, si no, no sería Mónica. Anda, que ya ha llegado tu hora de fichar, más vale que te marches ya, no vaya a ser que tu hija te esté echando de menos —me dijo, como si tener una hija fuera algo que yo intentara ocultar.

—No te preocupes por mi hija, que su abuelo la está cuidando a las mil maravillas —le contesté, porque lo que ella consideraba una mancha, para mí era una bendición.

Fui hacia mi caja y Raúl me siguió, por mucho que ella le indicó que mi caja estaría cerrada en cuanto yo llegara.

—No pasa nada, me marcho cuando termine de cobrarte —le dije a Raúl.

—Si es un problema para ti o para que puedas recoger a tu hija, me pongo en la otra caja.

—Para nada, mi hija está con su abuelo en un cumpleaños y hasta las siete no sale. Me ahorras unos minutos de estar entre gritos de niños de cinco años —le dije, pasando su compra por el escáner, ante la atenta mirada de mi jefa.

Le cobré los artículos que llevaba, cerré mi caja y fui hasta el vestuario para recoger mi bolso y mis cosas antes de marcharme. En cuanto que entré, escuché como la puerta se cerraba detrás de mí.

—¿Te piensas qué puedes hacer lo que te dé la gana? —me preguntó, enfadada.

—No, tan solo hago lo que dice el manual. Mientras haya clientes que atender, no se puede cerrar la caja. Lo he atendido, he cerrado y me marcho para mi casa —le respondí, poniéndome el bolso en el hombro.

—Seguro que, si llega a ser una señora mayor, te hubieras marchado antes de que llegara a la caja. Pero, claro, como era un hombre de lo más apuesto, lo tenía que atender la señorita. A ver cuando te vas a enterar que no encontrarás nunca un padre para tu hija, que el suyo se largó y hace como que no os conoce —me dijo, yendo a hacer daño.

—Si su padre se marchó, él se lo está perdiendo. Si utilizas a mi hija otra vez para intentar hacerme daño, hablaré con tu querido suegro, ese que te tiene entre ceja y ceja. Si estás en el puesto que estás, no es por otra cosa que, porque tu novio lo está presionando, pues de lo contrario, no estarías ni haciendo las promociones de los productos —le contesté, acercándome a ella.

Montse sabía que si estaba todavía con su novio era porque, para él, era como una señal de rebeldía. Hacía todo lo que, para sus padres, era un incordio o una vergüenza familiar, incluida su relación con mi encargada. Ella no era de las que se conformaba con un empleado o con cualquier trabajador de otro gremio, ella aspiraba a alguien de posibles, que la tuviera como una reina y que le financiara todos sus caprichos, y por eso estaba enfadada, porque se veía a simple vista que ese hombre parecía adinerado.

Salí de allí y me fui hasta donde tenía aparcado mi coche, poniendo rumbo hasta el parque de bolas donde se estaba celebrando el cumpleaños del amiguito de mi niña.

—Menos mal que has llegado, porque tengo la cabeza loca —me dijo mi padre.

—Normal, papá, son muchos niños gritando y jugando…

—¿Qué coño los niños? A mí esos no me molestan, lo que lo hacen son las madres, que no me dejan en paz. Jose, ¿quieres un refresco? Jose, ¿te apetece un café? No te preocupes, que ya se lo traigo yo. No, no, que yo le pregunté antes… Y así toda la puta tarde —me dijo, enfadado.

—Es que no se puede ser abuelo y estar tan bueno como tú —le contesté riendo, y no pudo más que seguirme.

—La próxima vez, que la traiga tu madre —me dijo.

Le dejé un beso en la mejilla y me despedí de él, viendo cómo se dirigía hasta su coche, antes de entrar en el parque, donde mi hija me vio desde lejos, y vino corriendo a darme un beso.

—Mami, me lo estoy pasando genial —me dijo, para salir luego corriendo de nuevo hasta donde estaban sus amigos.

—Mónica, pensaba que ya no llegabas —me dijo la madre de Darío, Paula, que se había convertido en una de mis mejores amigas.

—He salido un poquito más tarde — contesté, dándole un abrazo.

—Anda, siéntate que ahora mismo te traigo un refresco, que tienes cara de necesitarlo.

—Y un bocata, Paula, que tampoco he comido todavía —le dije, mientras ella se dirigía a la barra.

Capítulo 3



Raúl

Acababa de instalarme en esa pequeña ciudad del sur de España, intentando huir de todo el caos y el ruido de una de las grandes ciudades del país, que era hasta donde había vivido hasta ahora.

Era el propietario de un hotel que me había generado muchísimos beneficios, y me había trasladado hasta ahí con la firme idea de abrir otro. Esa ciudad estaba en auge por el turismo y por la fama que había adquirido gracias a los muchos influencers que habían querido compartir en sus redes su experiencia en la ciudad y en sus alrededores.

Me había hecho con una casa de dos plantas con jardín, que estaba situada a pie de playa, tan solo tenía que cruzar la carretera para disfrutar de ella. Desde aquí iba a gestionar, tanto la apertura del nuevo hotel, como todo lo relacionado con el que ya tenía abierto, pues para eso tenía un director de lo más eficiente.

Ya había elegido y apalabrado el edificio en el que iría, y estaba situado en una céntrica calle con muchísima vida familiar, en el centro de la ciudad. Tan solo me quedaba cerrar el acuerdo.

Pero, espera, que no me he presentado, yo y mis despistes. Mi nombre es Raúl, tengo treinta años y nací en una gran ciudad, donde crecí junto a mis padres, Enrique y Lourdes; y mi hermano, Iker.

Mis padres siempre han tenido un poquito de delirios de grandeza, aun siendo de clase media. Mi madre era de las que le gustaba que la llamaran, doña Lourdes, cuando en realidad no tenía ni mierda en las tripas cuando conoció a mi padre, que era el dueño de una ferretería que, con el tiempo, fue ampliando y hoy en día contaba con un buen almacén y varias sucursales abiertas por toda la provincia, pero vamos, que no era tampoco gran cosa.

Cuando terminé la carrera y me aventuré a comprar el hotel, que por aquel entonces estaba medio en bancarrota, me dijeron que estaba loco, que eso era tirar el dinero, que me iba a endeudar hasta las cejas y que luego, cuando eso ocurriera, no fuera pidiendo ayuda.

Poco a poco, y con muchos créditos, conseguí actualizarlo y generar nuevas reservas hasta el día de hoy, en el que aparecía como uno de los mejores hoteles boutique en casi todas las revistas y páginas web de viajes. Entonces, ahora sí iban presumiendo de que eran los padres del dueño del hotel “Ensueño”.

No solo me vine intentando escapar del ruido sino también de ellos, que ahora se habían empeñado en que me tenía que casar, y por ello, sábado sí, sábado también, me organizaban comidas o cenas en casa con sus amigos y sus hijas, que, casualmente, todas estaban solteras, pero también eran tan superficiales como mi propia madre, y eso no iba conmigo.

Mi hermano Iker era el perfecto. Tenía dos años menos que yo, y ya estaba casado y con dos hijos. Su mujer la eligió mi madre, como no podía ser de otra manera, entre las hijas de una de sus amigas. De cara a todos, eran la pareja perfecta, pero lo que no sabía nadie era que mi hermano tenía una amante, mucho más mayor que él, y a la que mantenía e iba a ver un fin de semana sí y otro no, alegando que tenía un viaje de negocios o alguna comida con algún cliente. Porque sí, él se había hecho cargo del negocio de mi padre, ya que este había decidido prejubilarse a los cincuenta y cinco años.

Había hecho una compra online en el supermercado, que me entregaron esa misma mañana, pero quise hacerme un arroz con gambas para el día siguiente, y no había pedido el caldo con el que me gustaba hacerlo, así que bajé a un super pequeñito que había cerca de mi casa, a un par de calles.

La vi en la caja y su sonrisa me cautivó, además de sus hermosos ojos verdes, pero no me quise parar a mirarla para no incomodarla demasiado. Me puse a buscar en el pasillo de los caldos, tranquilamente, hasta que apareció esa mujer tan altiva y desagradable.

Al final, entablé una pequeña conversación con ella, con Mónica, que así se llama, entre otras cosas porque resbaló de la escalera en la que se subió para buscar el caldo y tuve que cogerla en brazos.

—Espero volver a verte por aquí —me dijo, cuando terminó de cobrarme los productos que llevaba.

—No dudes que volveré. Que lo pases bien en el cumpleaños, con tu hija —le contesté, para que supiera que no me importaba que fuera madre, a no ser que tuviera pareja, que eso tendría que averiguarlo.

Mi primera intención fue esperarla a que saliera del trabajo, pero luego me lo pensé mejor, no quería que me viera como un acosador ni mucho menos, así que lo dejaría para otro día.

Además de preciosa, se veía una mujer muy agradable y simpática, no como la encargada, que tan solo fue agradable conmigo, y se veía de lo más fingido, como si tuviera dobles intenciones para, finalmente, mostrar su verdadera cara. Ese era el tipo de mujer que le gustaba a mi madre, las que sabían diferenciar su doble cara y guardar las apariencias ante los demás.

Me llevé toda la tarde pensando en esa mujer, me había impactado como nunca antes lo había hecho otra, por lo que decidí que, al día siguiente, en cuanto cerrara la compra del edificio, pasaría por el supermercado para poder hablar un poquito más con ella, y esperaba encontrarla allí.

La compra del edificio me resultó un poco más complicada de lo que tenía planeado, pues el dueño subió el precio en el último instante, alegando que había pasado la inspección técnica y que la había pagado él. Al final, decidimos que la pagaríamos a medias, por lo que el precio no subió tanto como él quería, ni fue tan barato como quería yo.

Ese edificio había albergado una de las cadenas de tienda de ropa más conocidas en el mundo, por lo que necesitaba una reforma integral que me saldría por un ojo de la cara. Pero que, si tenía la misma acogida que el primero, no tardaría mucho en recuperar, como mucho un año.

Todo el tema del dinero ya lo había gestionado con mi banco, que no dudó en decirme que sí, que ellos me darían el préstamo con el importe que necesitaba, abonando una parte mensual y pudiendo hacer aportaciones periódicas para ir bajando el importe inicial.

Por fin tenía todo encaminado, por lo que no dudé en avisar a Jaime, mi mejor amigo y la persona que se encargaría de llevar este hotel junto a mí.

—Dime que ya tenemos hotel y que me puedo ir para allá. Me muero por no tener que coger veinte mil veces el coche para ir a cualquier parte y por lo que he podido comprobar en internet, en la ciudad en la que estás se puede ir a todas partes andando —me dijo, nada más contestar el teléfono.

—Ya he comprado el edificio, pero todavía nos queda la reforma, que va a ser cojonuda, por otro lado, pues tenemos que empezar de cero en él. Antes era una tienda de ropa, por lo que habría que tirar todo el interior y edificar las diferentes estancias. Eso nos va a llevar un tiempo —le contesté.

—¿Sabes lo qué te digo? Que me da igual. Con mis ahorros puedo estar viviendo un tiempo, y ya no aguanto más estar aquí, mucho menos cuando tú no estás, que no tengo ni con quién tomarme una cerveza. Mañana mismo pido la cuenta y me voy —me respondió.

—Yo te daré una asignación mensual y me ayudarás a ponerlo en marcha. No será el mismo sueldo que tienes ahora ni el que tendrás cuando se abra el hotel, pero al menos, no tendrás que tocar tus ahorros. Te aseguro que la vida aquí es mucho más barata que en la ciudad donde vivíamos.

—Eres el mejor, amigo. Te prometo que no te defraudaré.

—Eso ya lo sé, Jaime, no hace falta que me lo digas. Eres mi hermano, mucho más que el de sangre, que se cree el amo del universo con su simulacro

de familia perfecta, cuando está podrida por dentro —le contesté.

Desde que me había marchado de allí, no había recibido ni una sola llamada, ni un mísero mensaje, de ninguno de los miembros de mi familia. Según ellos, estaba tirando mi vida por la borda, abandonando una ciudad grande por irme a vivir al culo del mundo, a una ciudad que, para ellos, era casi tercermundista, y no me podía joder más su manera de ver la vida.

Me encaminé hacia el super, donde esperaba encontrármela allí otra vez, y tener la posibilidad de invitarla, aunque fuera a un café.

Capítulo 4



Mónica

Dafne salió del cumpleaños completamente derrotada, por lo que, en cuanto llegamos a casa, le di una ducha, cenó algo y cayó rendida en el sofá. Era sábado, por lo que al día siguiente no se tenía que levantar temprano para ir al colegio.

Yo sí que trabajaba, así que, mi padre era el que venía hasta mi casa, que no estaba lejos de la suya, y se quedaba con ella hasta que se despertaba, momento en el que la arreglaba e iban a saludarme al trabajo, para luego dar un paseo e ir a comer a casa de mis padres, a los que me unía yo, en cuanto salía.

Ese día estaba nublado y amenazaba con lluvia, no es que hiciera mucho frío, pero la humedad calaba hondo, como siempre en esta ciudad.

—Papá, si está lloviendo, no vayas hasta el trabajo, iros directamente para tu casa, que no quiero que Dafne termine enfermándose, y porque tendría que cambiar los turnos para cuadrarlos contigo y ya sabes como se pone Montse en esos casos —le dije a mi padre, que acababa de entrar en mi casa.

—No te preocupes, que, si sigue el día así, yo la abrigo bien. Sabes que a ella le encanta ir a verte y presumir de madre —me contestó él.

—Pues no sé de qué va a presumir. En todo caso, presumirá de abuelos, que ellos sí que tienen un trabajo de oficina, pero yo, una simple cajera…

—No vuelvas a decir eso nunca más. De una simple cajera, nada, para ella eres su heroína, la que le da todo el cariño del mundo, la que no duda en sentarse a pintar con ella o a jugar a las muñecas, por mucho que vengas destrozada del trabajo. No quiero que te vuelvas a infravalorar, o te las verás conmigo —me contestó mi padre.

—¿Sabes que te quiero más que a mi vida? —le dije a mi padre.

—Lo mismo que yo a vosotras, que sois mi vida —me contestó.

Os pensareis que mi madre no se ocupaba de mi hija, que tan solo era mi padre, pero no es así. Mi madre trabajaba mañana y tarde de lunes a sábado, pues lo hacía en una tienda de ropa, tanto atendiendo a la clientela como llevando las cuentas, mientras que mi padre, trabajaba de contable en una gestoría, y su horario era de lunes a viernes de ocho a tres, por lo que tenía más disponibilidad para ocuparse de la niña.

Los sábados que Darío estaba con su padre, Paula y yo solíamos salir a cenar y a tomar una copa, pues Dafne se quedaba con los abuelos. Todas las semanas mi madre, me preguntaba lo mismo.

—¿Sales esta noche? Sí vas a salir deja a la niña aquí y ya vienes mañana por la tarde, que no disfruto de ella nunca, tan solo lo hace tu padre —me decía.

Salí de mi casa para coger el coche y dirigirme al trabajo. Llegué a lo justo, y ya tenía allí a Montse, mirándome con cara de asco, y dispuesta a echarme la bronca.

—Ya puedes darte prisa, porque como en cinco minutos no esté la caja abierta, te abriré un expediente —me dijo, como si fuera la dueña.

—Desde luego, hija mía. Sería conveniente que cambiaras lo que tomas para desayunar y tomaras un poquito más de fibra, porque debe ser que no

cagas bien y por eso tienes ese mal humor desde por la mañana —le dije, y escuché una carcajada por detrás, era del dueño del supermercado.

—Montse, ven a mi despacho, por favor —le dijo, y ella me miró que, si las miradas mataran, yo habría caído fulminada.

Entré en el vestuario y dejé mis cosas en la taquilla, situándome en mi caja minutos antes de que se abriera el supermercado.

No volví a ver a mi encargada durante toda la mañana, por lo que la pasé de lo más tranquila. Estaba a punto de salir, cuando me encontré con Raúl que entraba en el supermercado.

—Hola Raúl, ¿de compras otra vez? —le dije, cuando llegó a mi altura.

—Pues la verdad es que no. Venía a buscarte para invitarte a un café, pero veo que se me ha hecho tarde —me contestó.

—Los sábados salgo un poco antes, porque como Dafne no tiene cole… —le estaba diciendo, cuando la vi correr hacia mí.

—¡Mamá! Papi me ha llevado al parque, donde estaba Darío con su papá, y hemos estado jugando hasta ahora mismo —me dijo.

Mi hija, desde que empezó a hablar, y de escucharme a mí, le decía papi a mi padre, como yo solía decirle también. Raúl me miró como avergonzado, pero no me dio tiempo a decirle nada, pues se despidió de mí con premura.

—Bueno, te dejo, ya nos veremos —me contestó, dando media vuelta y alejándose rápidamente.

—Parece que el chico se ha espantado con mi presencia —me dijo mi padre.

—Abuelo, es que tú eres más guapo que todos los hombres que se acercan a mi madre, pero tengo que reconocer que este lo es mucho —dijo mi hija, haciendo que todos riéramos.

—Vamos, que tu abuelo es ahora un sex simbol.

—Por supuesto, hija, pero creo que este muchacho piensa que soy tu pareja y el padre de Dafne. ¿Sabe algo de toda la historia?

—No me ha dado tiempo, papá, lo conocí ayer, aquí. Sabemos nuestros nombres y de milagro —le contesté, negando con la cabeza.

—Mami, ¿está noche vas a salir con la mamá de Darío? Te lo digo porque quiero decirle a la abuela que hagamos una fiesta de pijamas, los tres, con chuches y una peli de esas que a mí me gustan —me dijo Dafne.

—Pues no lo sé, cariño, todavía no he hablado con Paula, pero si quieres quedarte a dormir en casa de los abuelos, por mí no hay ningún problema, aunque no salga.

—No, mamá, porque si no sales, me gusta dormir contigo, y que cuando nos levantemos, el abuelo nos traiga churritos y nos sentemos en el salón a jugar con mis muñecas y comamos juntitas, mamita —me dijo, con toda la poca vergüenza del mundo.

Llegamos a casa de mis padres, donde mi madre ya tenía una paella preparada y la mesa puesta. Nos sentamos nada más entrar, y justo cuando nos terminábamos de comer el postre, recibí una llamada de Paula.

—Amiga, esta noche toca fiesta, ¿no? —me dijo.

—Estoy muerta, la verdad, pero me vendrá bien airearme un poco —le contesté.

—Pues nada, te recojo a las nueve en tu casa en un taxi, y nos vamos de cena y a tomar una copita, que te tengo que contar lo último que me ha hecho el papá de la criatura. Después no quiere que me enfade, pero es que no puedo con él —me contaba.

—Después hablamos, pero de tranquilitas, por favor te lo pido. No me vayas a meter en una de esas discotecas que están masificadas, mejor un pub

en el que podamos hablar sin ruidos extremos —le respondí.

—Bueno, eso lo vemos luego. Un besito, corazón mío —me dijo, como solía despedirse siempre.

—Adiós, petarda —le contesté, colgando la llamada.

—Abuela, ya tenemos plan para esta noche. Vamos a ir buscando una peliculita que nos guste a los tres y mandamos al abuelo a la barraca para que compre palomitas —les dijo mi hija a mis padres.

—Llegas tarde, chavalita, porque ya he ido a por ellas y las tiene la abuela en la cocina, listas para meterlas en el microondas —le contestó mi padre, haciendo que soltáramos una carcajada.

Allí los dejé después de tomar café, discutiendo quién se duchaba primero y que película era la que iban a ver. Le di un beso a mi hija y les dije que pasaría al día siguiente a por la niña, pues más de un día no la dejaba a dormir, no podía estar sin ella.

Una vez que estuve en mi casa, me di una ducha, me arreglé el pelo y empecé a maquillarme. Había dejado encima de la cama un pantalón de pitillo negro, de talle alto, que me iba a poner con una camiseta en color beige, mis botines negros y mi abrigo en el mismo color de la camiseta.

Justo cuando acababa de terminar de meter la cartera y el móvil en el bolso, recibí un mensaje de Paula, que me estaba esperando abajo.

—Asquerosa, cada día estás más buena, y yo, más vieja —me dijo, cuando me vio.

—Sí, claro, tú eres Tutankamón ahora, no te digo… —le respondí, dándole un beso.

Nos montamos en el taxi y pusimos rumbo al restaurante en el que cenábamos cuando salíamos, y en el que nos conocían y nos guardaban una mesa en cuanto nos veían llegar y que siempre solía ser la misma.

Capítulo 5



Raúl

Me quedé con una cara de tonto que no se podía aguantar. Acababa de descubrir que Mónica tenía pareja, y era un hombre de lo más atractivo. Lo cierto es que la niña no se parecía a ninguno de los dos, por lo que debía parecerse a algún otro familiar. Lo que sí que noté fue que era bastante más mayor que ella, pero eso, hoy en día, no tenía la más mínima importancia.

Me despedí de ella y di media vuelta, deseando llegar a mi casa. Mandaba cojones que la única mujer que me había llamado la atención en toda mi vida, era una que tenía pareja, por lo que no podía esperar otra cosa que no fuera su amistad, aunque no sabía si iba a ser capaz de tener tan solo eso.

Llegué a mi casa y vi un coche conocido en la puerta, no me lo podía creer. El cabrón había hablado conmigo por teléfono hacía un rato y no me había dicho nada.

—¡Sorpresa! —me dijo Jaime en cuanto se bajó del coche.

—Eres un cabrito, no me habías dicho nada de que venías de camino —le dije, dándole un abrazo.

—Es que, si te lo decía, no sería una sorpresa —me contestó, correspondiendo a mi abrazo.

—También es verdad. ¿Por cuánto tiempo te quedas? —le pregunté.

—Pues, si no me echas, vengo para quedarme. Ayer mismo pedí la cuenta y me largué, no aguantaba estar allí ni un minuto más.

—¿Cómo te voy a echar? Si mi casa es enorme, tiene sitio para los dos, y de sobra —le dije, loco de contento.

—Eso sí, esta noche nos vamos de juerga, porque, desde que te viniste, no he salido ni a tomarme una cerveza.

—Pero si no hace ni dos semanas que me vine… Desde luego, a exagerado no te gana nadie —le dije, negando con la cabeza.

Lo ayudé a sacar las cosas de su coche y a meterlas en casa, donde las llevamos a la que sería su habitación, mientras le enseñaba todo por dentro.

—Tío, en ese jardín se pueden hacer unas barbacoas de muerte. Dime que al menos, has conocido a alguna mujer que merezca la pena —me dijo.

—Pues sí que lo he hecho, pero más vale que no hubiera sido así, porque tiene pareja —le respondí.

—Mientras que no tenga un anillo en el dedo, todo es posible, amigo.

—Es mucho peor que eso, porque tienen una hija en común, así que, poco tengo que hacer, Jaime.

Nos sentamos a comer y a descansar un rato en el sofá, pues tenía que venir harto de coche, ya que no era ni una hora ni dos, eran muchas las que se había comido para estar ahí conmigo.

Pensé que me diría de dejar para otro día la salida, pero me equivoqué, de todas, todas, porque, nada más abrir un ojo, lo primero que preguntó fue la hora que era.

—Las ocho menos cuarto —le respondí.

—¡¿Ya?! Nada, nos toca levantarnos y arreglarnos, o en vez de cenar tendremos que desayunar —me dijo, dando un salto del sofá para subir a arreglarse.

—Joder, no sé de dónde sacas tantas energías, tío, porque yo no tengo fuerzas ni para levantar el culo del sofá.

—Anda, que pareces un viejo, y esta noche tenemos que triunfar —me respondió, levantando las cejas repetidamente, y no pude reprimir soltar una carcajada.

Llegamos a un restaurante que nos habían dicho que estaba muy bien, donde nos buscaron una mesa para dos y que nos prepararon en pocos minutos. Cenamos hablando de todo y de nada, pero especialmente de mi hermano, al que su esposa había descubierto en plena infidelidad.

—No me jodas, ¿y todavía sigue con él? —le pregunté.

—Ya sabes como es tu hermano, un mago de la manipulación. Le dijo que había sido un error, que no volvería a pasar y para "sellar" el trato y su amor, se la ha llevado de viaje a París. Los niños, para no variar, se los ha dejado a los abuelos, que, a su vez, han contratado a una niñera —me contó.

—De verdad que no entiendo como puede haberlo perdonado. Si ella vale mil veces más que él…

—Pero es el proveedor perfecto. A ella no le ha dolido la infidelidad, lo que le ha dolido es que se ha enterado todo el mundo. Mientras lo haga con discreción y ella tenga todo el lujo que quiere a su alcance, todo va bien, lo malo es cuando sale a la luz, estar en boca de todo el mundo —me comentaba él.

—Por supuesto, mi madre lo habrá justificado y le habrá echado las culpas a ella, como si lo viera.

—¿Lo dudas? Lo primero que le dijo fue que ella lo tenía descuidado, que al marido hay que rendirle pleitesía, que para eso venía harto de trabajar, no agobiarlo con los problemas de los niños o de la casa. Que tenía que ponerse sexy para él y complacerlo en la cama, que para eso se había casado.

—Típico discurso de mi madre. La mujer sumisa y llena de lujos, tal y como es ella.

Terminamos de cenar y a la hora de salir la vi, allí sentada, riendo con una amiga, solas las dos. ¿Dónde estarían su hija y su pareja? Lo mismo y eran de esas parejas que dejaban un día al mes para salir con amigos. Me encantaba la confianza entre ellos, y eso era lo que aspiraba en una pareja.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —me preguntó Jaime, llevando la mirada en la dirección en la que lo estaba haciendo yo.

—Nada, vámonos —le dije, intentando que se moviera.

—No tienes mal gusto, si señor. ¿Cuál es la que tiene pareja?

—Joder, cualquiera te oculta algo a ti… La de los ojos claros, se llama Mónica, la otra no tengo ni idea de como se llama, porque no la conozco.

—Pues eso tiene fácil solución, nos acercamos y le decimos que la cuenta ya está pagada, y que nos gustaría que nos acompañaran a tomar una copa —me dijo, poniendo rumbo a la barra, donde estaba seguro de que iba a pagar la cena de las dos.

—Espera, déjame que pague yo —le dije.

Pagamos su cuenta, pero no nos acercamos. Decidí que nos esperaríamos en la puerta a que salieran, pues me parecía demasiado violento acercarme mientras terminaban de cenar.

Ni diez minutos después, las vimos cómo se levantaban y se disponían a salir del restaurante, una vez que el camarero le dijera que la cuenta estaba abonada ya.

—Buenas noches, Mónica. Espero que no te haya molestado que os haya invitado a cenar —le dije, algo nervioso.

—Joder, Raúl, vaya susto me has dado. ¿Cómo me iba a molestar? Todo lo contrario, te damos las gracias. No sabíamos que habías sido tú, pero, justo veníamos hablando de eso, de que, si nos enterábamos de la persona que nos había invitado a cenar, lo pensábamos invitar a una copita —me dijo, y esas palabras me supieron a gloria.

—Hola, chicas, yo soy Jaime. Ya que el capullo de mi amigo no nos presenta, lo hago yo solo —dijo mi amigo, acercándose a nosotros.

—Hola, Jaime, yo soy Paula, y ella es Mónica, que mi amiga tampoco me ha presentado a nadie —dijo su amiga, dándonos dos besos a cada uno, al igual que Mónica hizo con mi amigo.

—Hechas las presentaciones, nosotras íbamos a tomarnos algo y a echar unos bailecitos. ¿Os apuntáis? —nos preguntó Paula.

—Por supuesto que sí. Venga, vosotras sois las que conocéis todo esto, nosotros os seguimos —le dijo mi amigo Jaime, que se había quedado prendado de Paula, tan solo esperaba que no tuviera pareja, como Mónica.

Todo lo que yo había dicho que no quería para esa noche lo tenía el local al que nos llevaron. Discoteca masificada, música de esa que tienes que hablar a gritos, y una cola en la barra para pedir una copa más larga que la del estadio Bernabéu en un Barça – Madrid.

¿Protesté o puse mala cara? Ni loco, me callé, como se suele decir, como las putas, y aguanté el tirón, ante las miraditas que me echaba mi amigo y la sonrisilla que estaba poniendo de "¿ahora no dices nada, cabrón?, que daba hasta miedo.

—Será mejor que vayamos a un reservado, porque aquí corremos el riesgo de que terminemos con la copa vacía antes incluso de bebérnosla —les dije, y Paula abrió los ojos como platos.

—¡Qué nivel, Maribel! En mi vida hemos estado en un reservado, eso se deja para la gente pudiente, no para dos asalariadas como nosotras —dijo Paula, que no dudó en subir las escaleras que llevaban a esa zona.

—Hija, ni que costara una millonada estar ahí —le contestó Jaime, negando con la cabeza.

—Una millonada, no, pero cien euros, eso no os lo quita nadie. Y para nosotras, esa cantidad es casi la compra para la semana —respondió Mónica, dejándome asombrado.

Capítulo 6



Mónica

Nos sentamos en el reservado y Paula y yo, nos pusimos a bailar. Era algo superior a nosotras, escuchábamos música y no perdíamos ni un segundo en mover el esqueleto.

Jaime y Raúl habían ido por unas copas a la barra de los reservados, que estaba mucho menos concurrida, pero, aun así, tenían unas cuantas personas por delante, lo que nos dio tiempo a nosotras para hablar.

—Chica, ¿dónde tenías guardados a esto dos especímenes de hombre? La madre del cordero, no se puede estar más buenos que esos dos —me dijo Paula.

—Raúl es el chico que te conté del supermercado, a su amigo no lo conocía, por lo tanto, no los tenía guardados en ninguna parte —le respondí, riendo.

—Yo no sé tú, pero yo pienso llevarme a Jaime a casa esta noche, porque sería un desperdicio dejar a un hombre así sin aprovechar —me decía, sin parar de reír.

Cuando llegaron los chicos con las copas, nos adentramos en el reservado de nuevo, sentándonos para hablar un rato, mientras nos las tomábamos.

—Estos dos se llevan muy bien, ¿no te parece? —me preguntó Raúl, sin querer entrar en demasiada profundidad.

—Pues sí, parece que han congeniado a la primera, aunque yo me atrevería a decir más, creo que se han gustado —le contesté.

—¿Ella tiene pareja? —me preguntó, centrando la conversación en Paula.

—No, está separada. Lo que sí tiene es un hijo de la edad de Dafne, de hecho, son los mejores amigos. Los fines de semana que está con su padre, aprovechamos para salir de fiesta las dos, el resto, preparamos algunos planes con los niños —le dije, y noté como su cara reflejaba el desconcierto.

—Anda, vamos a bailar un rato —me dijo, cogiéndome de la mano para bailar la canción que estaba sonando, que era "La Bachata de David Palomar".

"Yo tan solo quiero amarte
Y tú estás loca por sentirlo
Mi deseo, mi capricho, eres mi debilidad
Un beso interminable a orillas del palmar
Eres la diosa imperfecta
Lo que siempre había querido
Un jazmín lleno de primaveras
Que embriagan mis sentidos…"

Joder, estaba escuchando la letra de la canción, y casi que nos estaba describiendo, por lo menos por mi parte. En determinado momento, y no os puedo decir quién de los dos dio el paso, nuestros labios se rozaron.

Primero fue eso, un leve roce de labios, para, a continuación, terminar en un baile de lenguas que me llevó a sentir un cosquilleo en el estómago como hacía tiempo que no sentía, pero que se quedó en eso.

—Lo siento —dijo Raúl, rompiendo el beso bruscamente y se marchó, dejándome allí, con toda la cara partida y tocándome los labios.

—¿Qué le ha pasado a mi amigo? —me preguntó Jaime, que se había dado cuenta de lo que había ocurrido.

—Pues no tengo ni idea. Se ha disculpado cuando ha cortado el beso, y ha salido corriendo —le contesté.

—Desde luego, siempre es igual, la moral por encima de todo. Lo siento, princesa, pero tengo que ir con mi amigo. Nos vemos pronto, no lo dudes —dijo Jaime, y salió del reservado en busca de Raúl.

—¿Qué habla de moral? No entiendo nada —me dijo Paula, y entonces caí en lo que decía.

—Me parece que ha confundido a mi padre con mi pareja —le dije a mi amiga, y le conté todo lo sucedido esa misma mañana, en la que mi hija llamó papi a su abuelo.

—Ya es tener mala suerte, chata. ¿No le has dicho que era tu padre? ¿No le has explicado nada de tu vida? —me preguntó Paula, y negué con la cabeza.

—Pues no, entre otras cosas porque no me ha dado tiempo. El rato que hemos estado charlando me ha preguntado por ti, por si tenías pareja, y ahora entiendo el motivo. Lo ha hecho pensando que yo tenía y no quería que su amigo metiera la pata, menos mal que, en tu caso, me ha dado tiempo a aclarárselo.

Nos tomamos la copa y decidimos marcharnos ya. Todo lo ocurrido nos había cortado el rollo, y nos pareció mejor idea quedar al día siguiente para comer con los niños, ya que todavía era temprano y no nos llevaríamos todo el día durmiendo, como solía ocurrir cuando salíamos.

En mi casa, en mi cama, y con el silencio de la noche, me puse a pensar en el beso que me había dado con Raúl, en lo que me había hecho sentir, y tomé la determinación de que, en cuanto lo viera, le aclararía todo.

Debía estar pensando que era una cabra loca, que se iba besando con cualquiera teniendo pareja, y eso sí que no lo iba a dejar pasar, pues desde que

tuve a Dafne, tan solo me había acostado con dos chicos más. Con uno de ellos inicié una especie de relación, pero, en cuanto se enteró que tenía una hija, cortó por lo sano. Decía que era demasiado joven como para cargar con la responsabilidad de otro.

Yo no pretendía que mi hija fuera la responsabilidad de nadie, tan solo mía, como lo había sido desde un primer momento, pues de ella me ocupaba yo. La ayuda de mis padres me venía muy bien, no lo voy a negar, pero hasta ahí, porque siempre tuve claro que los hijos son para los padres, en mi caso, para su madre.

Me quedé dormida con esos pensamientos, y con la firme idea de aclararlo todo. Cuando me desperté, me di una ducha, me cambié de ropa y me puse rumbo a casa de mis padres, para recoger a Dafne, que no dudaría ni un instante en venirse conmigo, sabiendo que su amigo Darío también estaría.

—¿Qué haces aquí tan temprano? Te hacía durmiendo todavía —me dijo mi padre, que fue el que abrió la puerta.

—Ay, papá, no se puede tener más mala suerte que yo. Para un hombre que me gusta, va y te confunde con mi pareja —le dije, y mi padre me miró extrañado.

Le expliqué de quién se trataba y lo que había sucedido esa noche, y mi padre se tuvo que sentar de la risa que le entró. Su carcajada resonó en toda la cocina, hasta el punto de que mi madre y mi hija, no dudaron en acercarse para ver que estaba ocurriendo.

—Que ayer me confundieron con el novio de tu hija, y el padre de tu nieta —respondió mi padre, a la pregunta que había hecho mi madre.

—No me jodas… ¿en serio? Pero ese hombre, ¿qué estaba ciego o qué? —dijo mi madre.

—Oye, que yo todavía estoy de muy buen ver. Tan solo te tendrías que pasar por algunos de los cumpleaños a los que acudo con tu nieta. Las mujeres se me rifan —le contestó él, eso sí, sin parar de reír.

—Al final tendré que llevar yo a la niña a los cumpleaños, ya verás —le dijo ella.

—Pues, si es el hombre de ayer por la mañana, me gusta para ti, mamá. Era guapísimo, no tanto como Darío, pero el más guapo que he visto después de él —dijo mi hija, que se fijaba en todo.

—Ese mismo, hija, ese mismo —le respondió mi padre.

—Claro, si la niña te dice, papi y encima, tú le dices hija, normal que la gente se confunda —le respondí a mi padre.

—Mónica, es que ahora está de moda la diferencia de edad entre las parejas. Cada vez hay más hombres mayores que se lían con jovencitas, pensando que así se sentirán más jóvenes, cuando, realmente, es todo lo contrario —me contestó mi padre.

—Anda, vístete, que hemos quedado para comer con tu amigo Darío y su mamá. Estaremos toda la tarde con ellos —le dije a mi hija, que saltó de la silla en la que estaba sentada.

—Corre, abuela, no se vaya a ir sin mí. Ayúdame a escoger la ropa y a peinarme, que luego mi madre me dice que parece que me he peleado con el peine —le dijo mi hija a mi madre, mientras corría hacia su dormitorio, que seguía teniendo en casa de mis padres.

Salimos de allí media hora después, y con el tiempo justo para llegar a la hamburguesería en la que había quedado con Paula, y que era la preferida de los niños, ya que tenía un parque de bolas y estaba cerca de la playa, por lo que, después de comer, y aprovechando el solecito que lucía ese día, nos lo llevaríamos allí para que jugaran con una pelota.

—¿Te ha llamado Raúl? — preguntó mi amiga, cuando nos quedamos a solas, ya que los niños se habían ido a jugar mientras que no llegaba la comida.

—¿Cómo me va a llamar si no le he dado mi número de teléfono? —le contesté, negando con la cabeza.

Capítulo 7



Raúl

Había cometido el error más grande de mi vida, que fue besarla. Ahora no me podía quitar el sabor de su boca de mi cabeza, y eso no me lo podía permitir. Siempre había tenido un lema, y era no meterme con nadie que tuviera pareja, y todo tenía una explicación.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado? —me preguntó Jaime, cuando llegó a mi altura.

—¿Qué me va a pasar? Pues, ni más ni menos que lo que tenía que pasarme, que he metido la pata hasta la altura de la oreja, Jaime —le contesté, llevándome las manos a la cabeza.

—Tú y tu puñetera manía de sacar tus propias conclusiones…

—No son conclusiones, amigo, es la verdad, pura y dura. Ella tiene pareja y se ha besado conmigo. ¿Cómo le llamarías tú a eso? —le dije, un tanto enfadado.

—No sabes los términos en los qué está esa pareja, si están juntos por la niña, si ya no hay amor entre ellos, y mil situaciones más que puede haber entre los dos—me dijo, pero me daba igual.

—Nada justifica que le sea infiel. Si no están bien, si no hay amor entre ellos o lo que coño suceda, pues que hablen y se divorcien, que intenten hacerlo en los mejores términos, por su hija, y cada uno que siga su vida. Sabes lo que pienso de eso —le respondí.

—Claro que lo sé, que si se lo hace a su pareja de tanto tiempo con el que tienen una hija en común y un proyecto de vida… ¿por qué no te lo va a hacer a ti? Pero eso no tiene por qué ser así —me contestó él, como siempre.

—Quién lo hace una vez, lo hace dos y lo hace tres. Por eso, lo mejor será que me olvide de ella y, sobre todo, de ese beso, que me ronda por la cabeza a cada minuto —le respondí, entrando en mi casa.

Me fui directamente a mi habitación, donde me encerré, me di una ducha y me acosté, no tenía ganas de seguir hablando de ese tema, mañana sería otro día.

Me costó conciliar el sueño una barbaridad, por ese motivo me levanté bien entrada la mañana. Me daba exactamente igual, porque era domingo y no tenía que atender ningún tema de trabajo.

—Menos mal que ya se levantó el bello durmiente —me dijo Jaime, que ya estaba vestido y listo para salir.

—Buenos días para ti también —le respondí, con toda la ironía del mundo.

—De buenos días, nada, más bien, buenas tardes. Venga, haz el favor de cambiarte de ropa, que nos vamos a comer fuera. Cuando he salido a correr he visto una hamburguesería que tiene una pinta estupenda —me dijo, y negué con la cabeza, a la vez que me reía.

—Desde luego, no sé de qué te sirve que vayas a correr a diario, cuando luego te metes en el cuerpo una cantidad indecente de calorías —le dije, sin parar de reír.

—Pues para eso mismo, para comerme todo lo que me dé la gana sin remordimientos. Mira que cuerpo tengo, chaval. No todo el mundo tiene la

genética que tienes tú, que coges dos bolsas de la compra y cuando llegas a casa, ya tienes los músculos de los brazos marcados —le contesté.

Solté una carcajada que sonó en toda la casa, y me fui a mi cuarto para cambiarme de ropa y salir con él a comer, ya que no me había dado cuenta de que la hora estaba más cerca de la comida que del desayuno.

Salimos entre risas y dando un paseo, porque la hamburguesería estaba tan cerca que no había por qué coger el coche. Nos sentamos en la terracita, aprovechando el buen día que hacía, porque a pesar de ser invierno, hoy lucía un solecito que invitaba a disfrutar de él.

Justo estábamos disfrutando de una cervecita con unas patatas fritas, cuando las vimos llegar y mi amigo, puso una sonrisilla en la cara, como si las estuviera esperando.

—Me cago en la leche —murmuré.

—Hombre, pero si están aquí las dos mujeres más bonitas de toda la ciudad —dijo Jaime, levantándose a saludarlas.

—Te equivocas, somos las tres mujeres más bonitas, que se te ha olvidado contarme —dijo la niña que venía con ellas y que era la hija de Mónica.

—Bueno, pues dos mujeres y un proyecto, porque no dudo que serás la mujer más preciosa de toda la ciudad —le contestó Jaime.

—Y mi novia, que ya se lo he dicho. Ahora, todavía somos muy pequeños, pero dentro de diez años, ya seremos mayores para darnos besos. ¿Tú le has dado un beso ya a mi madre? —le respondió el niño que caminaba de la mano de Paula, y que supuse que sería su hijo.

—Eso quisiera yo, chaval, darle un millón de besos.

—Pues, nada, yo te doy permiso, que para eso soy el hombre de la casa —le contestó el niño, muy serio.

—Eso, yo también te lo doy a ti, porque, aunque mi papi es muy guapo, tú lo eres más —me dijo la pequeña, y no os podéis imaginar lo que me entró por el cuerpo.

—¿Cómo podéis involucrar a la niña en vuestros temas de pareja? De verdad, cada día me sorprendo más de lo que es capaz de hacer la gente —dije, mirándola directamente a ella.

—¿Por qué no preguntas antes de sacar tus conclusiones? —me dijo ella, visiblemente enfadada.

—¿Qué tengo que preguntar? La niña lo ha dicho muy claramente, "su papi" —le dije, empezando a enervarme por su actitud.

—Creo que no quieres escuchar nada de lo que se contradiga con lo que tú estás pensando, así que, será mejor que me vaya —dijo Mónica, cogiendo a su hija de la mano.

—Jo, mami, no es justo. Íbamos a pasar el día con Darío, y ahora me tengo que jorobar yo —dijo la niña, medio llorando.

—No, princesa, tú no tienes la culpa, mejor me marcho yo, que además estoy cansado —le dije, dispuesto a levantarme, pero Paula me frenó, cogiéndome del brazo.

—¿Por qué no dejas tu cabezonería a un lado y hablas con ella? No tienes ni idea de lo que ella ha pasado y sufrido en esta vida —me dijo, y no me pude callar.

—Pues es tan sencillo como separarse. Además, me podéis decir lo que queráis, pero yo he visto la manera en la que ese hombre miraba a las dos, con absoluto amor incondicional. Era como si fueran su tesoro más preciado, así que no me vale que intentéis ponerlo como el malo de la película —le dije, enfadado.

—Nadie está hablando de ese hombre, que, por cierto, por supuesto que las mira así porque, tal y como tú has dicho, son su tesoro más preciado, lo mejor

que tiene en su vida, junto a su mujer —me contestó.

—¿Encima es un hombre casado con otra mujer? Porque, como no me digas que es viudo, me caigo aquí en redondo, te lo juro —le dije, porque no entendía nada.

—No, por Dios, que Rosa es una mujer excelente y que le hace mucha falta a Mónica y a la niña —me dijo ella, cruzando los dedos.

—¿Os habéis propuesto volverme loco? Porque te juro que no entiendo nada —le dije, y la escuché soltar una carcajada.

—Para nada, pero sí que te voy a decir que nada es como estás pensando. Ni tienen una comuna ni la niña está en medio, te lo aseguro. Esta niña está rodeada de amor, y no tiene ninguna carencia, en ninguno de los sentidos —me dijo ella.

—Mira, me voy a marchar antes de terminar con un embudo en la cabeza dando paseos por la playa. Porque, es eso o acabar en un psiquiátrico —le dije.

—No te vayas, por favor. Habla con Mónica, o terminarás arrepintiéndote de todo lo que vas a hacer —me dijo, insistiendo en que hablara con ella.

—Amigo, hazle caso a Paula, no te obceques en tus pensamientos, deja que ponga las cartas bocarriba, porque me parece que nos vamos a sorprender, de todas, todas, con su historia —me aconsejó Jaime.

Os prometo que no sabía que hacer. Mientras que nosotros hablábamos, Mónica había bajado con los niños a la playa, donde estaba sentada en la arena, mirando como ellos jugaban con una pelota.

La miré, aprovechando que estaba de espaldas y no me podía ver y decidí hacerle caso a mi amigo y a Paula, por lo que encaminé mis pasos hasta la playa donde se encontraba ella.

Bajé a la arena, y para ello me quité los zapatos y los calcetines, ya que no me gustaba llegar a mi casa con media playa en cada zapato, me acerqué a ella

y me senté a su lado, en silencio.

No sabía por dónde empezar a hablar, no sabía si pedirle disculpas o si echarle la bronca. Por suerte para mí, fue ella la que empezó a hablar.

Capítulo 8



Mónica

Se había sentado a mi lado, en silencio, sin saber como empezar a hablar, pero no dejé que pasara más el tiempo, por lo que me decidí a hablarle yo.

—Veo que te han convencido para que me escuches, pero no te voy a obligar a hacerlo, de verdad —le dije.

—Si estoy aquí es porque quiero saberlo todo, no porque nadie me haya obligado a nada —me respondió.

—Está bien, pregunta lo que quieras —lo animé, pues no quería que se le quedara nada dentro.

—¿Qué relación tienes con el padre de la niña? —fue lo primero que preguntó.

—Ninguna, ni siquiera nos miramos…

—No me mientas, por favor. He visto como ese hombre os miraba con absoluta adoración y como la relación entre ustedes era de lo más cordial —me dijo, como decepcionado.

—Ese no es el padre de Dafne.

—¿Entonces? Por favor, cuéntamelo todo y desde el principio, porque me estáis volviendo loco y no entiendo absolutamente nada — dijo, y no pude reprimir una carcajada —. Me alegro que te haga gracia la situación, porque a mí no me hace ninguna.

—No es eso, lo que me hace gracia es verte tan perdido. Pero no te preocupes, que yo te lo cuento todo ahora mismo —le dije.

Empecé a contarle mi historia con Martín, el padre de Dafne, como se marchó, de la noche a la mañana, y no había sido capaz de pararse con ella cuando se había cruzado por la calle, ni siquiera sabía su nombre.

Le expliqué que el hombre que había visto el otro día, y al que mi hija llamó papi, es en realidad su abuelo, mi padre, el que sentía adoración por las dos, y que había sido un apoyo enorme en mi vida y en la de mi hija.

—Joder, no se puede ser más idiota que yo. Pues no pensé que el hombre era tu pareja, el padre de la niña…

—Es normal, y no es la primera vez que nos ocurre. Entre que mi padre es joven, y que se mantiene super bien, y si a eso le sumamos la manera de llamarlo mi hija…

—Tengo que pedirte disculpas, porque de verdad que pensé cosas horribles sobre ti —me dijo, un tanto avergonzado.

—Créeme, jamás besaría a otro hombre teniendo pareja. Me parece que el respeto entre dos personas que tienen una relación es primordial. Si no te entiendes con él, o si ya no estás enamorada de esa persona, lo mejor es cortar por lo sano y cada uno por su lado —le dije, y lo vi sonreír.

—Gracias, Dios mío, ¡por fin una persona que piensa igual que yo! — exclamó tan fuerte, que hasta los niños vinieron a ver qué ocurría.

—Mami, ¿qué le pasa a este hombre, le ha tocado la lotería? —preguntó mi hija, negando con la cabeza.

—Mejor, pequeña, me ha tocado la mejor persona que me podía haber tocado —le respondió él.

—Uf, menos mal que a mi madre le ha tocado el normalito —contestó Darío, haciendo que soltáramos una carcajada por la manera en la que lo dijo.

Volvimos a la terraza donde estaban sentados Jaime y Paula, que esperaban nuestro regreso para pedir la comida. Raúl me había cogido de la mano y yo no me quise soltar. Con la otra llevaba a mi hija y yo a Darío, ya que teníamos que cruzar una carretera.

—Veo que habéis hablado y solucionado todo. ¿Me equivoco? —preguntó Paula.

—Todavía tenemos mucho de lo que hablar, pero lo más importante ya lo hemos aclarado —le contestó Raúl.

—Pues eso es lo importante. Lo demás, el tiempo lo dirá —respondió Jaime.

Nos sentamos a comer y por fin salió a la luz lo que habían tramado esos dos. Por la mañana, habían hablado por teléfono, quedando en que nos encontraríamos los cuatro en la hamburguesería, pero, por supuesto, a espaldas nuestras.

Jaime sabía por encima quién era el hombre con el que me vio Raúl, pero no le dijo nada a su amigo, pues decía que era cosa mía. Según Paula, ambos sabían que estábamos hechos el uno para el otro, y no iban a parar hasta que no habláramos y aclaráramos todo.

Después de comer, bajamos a la playa, donde, tanto Jaime como Raúl se pusieron a jugar a la pelota con los niños. Ver a mi hija reír de esa manera con otro hombre que no fuera mi padre, me hizo sentir bien, era como si esa pieza del puzle que no encajaba, de pronto, encontrara su lugar, como si todo cuadrara.

—Mami, ¿nos puede acompañar Raúl a casa? —me preguntó mi hija, una vez que empezó a oscurecer y decidimos marcharnos.

—Jaime viene con nosotros —dijo Darío, muy orgulloso.

—Si él quiere, por mí no hay problemas —le respondí, algo cortada.

—Para mí, sería un placer que me dejaras acompañaros —contestó Raúl.

—Y ya te puedes quedar a cenar con nosotros. Mi madre cocina muy bien, nos puede hacer una tortilla de patatas, de esas que hace y están buenísimas —dijo mi hija.

—Dafne, no pongas a nadie en un compromiso. Lo mismo Raúl tiene algo que hacer…

—Sí que tengo, cenar con vosotras, y no hay mejor plan que ese —me respondió.

Nos subimos en mi coche, ya que había ido hasta allí en él, y había dejado aparcado a pocos metros de la hamburguesería. Justo pasamos por la casa que a mi hija le gustaba, cuando Raúl habló.

—Esta es mi casa, para que cuando vengáis por aquí, llaméis y paséis a saludarme. Aunque, ahora que lo pienso… ¿Qué os parece si el fin de semana que viene lo pasamos aquí los cuatro? —nos dijo.

—Por mí no hay problema, solo que tendrá que ser cuando salga del trabajo, pues hasta las tres estaré trabajando —le contesté.

—Bueno, si quieres, yo puedo recoger a Dafne y pasar a por ti, así estarías más tranquila —me dijo Raúl, y no supe que contestar, pero mi hija me salvó.

—Raúl, mi papi… bueno, mi abuelito, es el que me recoge en mi casa, le puedo decir que me traiga a la tuya y esperamos ahí a mamá, así os conocéis. Ya verás lo bueno que es, además de guapo —le dijo Dafne.

—Me parece una idea fantástica, de verdad.

Llegamos al coche y nos montamos, poniendo rumbo a mi casa. Menos mal que antes de salir me gustaba dejarlo todo arreglado y recogido, por lo que la tenía para pasar revista.

—Mi casa es muy pequeñita, no vayas a esperar un palacio —le dije, antes de abrir la puerta.

—Es un palacio porque en ella viven una reina y una princesa —me contestó, y se ganó a mi hija al cien por cien.

—Mami, este hombre me gusta, no dejes que te lo quiten, tiene que ser tu novio, sí o sí —dijo mi hija, haciendo que Raúl soltara una carcajada.

—¿No eres tú demasiado pequeña para saber tanto? —le pregunté a mi hija.

—Es que soy muy aplicada, ya lo sabes. En mi clase no sabe leer nadie, y yo ya lo hago desde hace tiempo, desde que la abuela me regaló la Tablet con el juego ese de las letras. Así no necesito a nadie cuando tengo ganas de leer un cuento —dijo, entrando directamente a su habitación para cambiarse.

—Es muy educada y madura para su edad —me dijo Raúl.

—Eso es gracias a mis padres. A pesar de ser su única nieta, desde que nació le inculcaron que el dinero no cae del cielo y que, si pide algo y no se le compra, no es porque no queramos, sino porque en esta ocasión no se puede —le expliqué.

—Pues enhorabuena, porque lo habéis conseguido y de sobra.

—No es fácil educar a una niña sola y sin una figura paterna, aunque, para eso, he tenido a mi familia, para que no le faltara nunca esa referencia, para que no lo echara de menos.

—No entiendo como un hombre puede hacer eso. Porque una cosa es que no estés enamorado de su madre, pero… ¿desechar a un hijo? Eso no lo haría jamás, desde ya te lo digo —me respondió, y supe que hablaba en serio.

Me metí en la cocina mientras él se sentaba con mi hija en el sofá a ver una de esas películas que tanto le gustaban. Intentó ayudarme, pero ese era mi terreno y cuando entraba en él, no me gustaba tener a nadie merodeando por mi alrededor. Llamadme maniática si queréis, pero es que era algo superior a mis fuerzas, me ponía nerviosa, no podía remediarlo.

Preparé una tortilla de patatas, tal y como me había pedido mi hija, y una ensalada para acompañar. Puse la mesa para los tres, porque sabía que mi hija, en cuanto que terminara de cenar, se quedaría dormida, pues se había duchado en cuanto llegó, sin que nos diéramos prácticamente cuenta.

Capítulo 9



Raúl

—Raúl, ¿a ti te gusta mi madre para que sea tu novia? —me preguntó Dafne en cuanto nos quedamos a solas.

—Me gusta mucho, Dafne. ¿Qué te parecería a ti si se lo pidiera? —le pregunté, pues la opinión de la niña era muy importante.

—A mí me parecería fabuloso. Solo ha tenido un novio, aparte de mi padre, que dice mi abuela que salió volando cuando se enteró que yo venía. Y ese tampoco me quiso… A lo mejor mi madre no tiene novio nunca por mi culpa —me dijo la niña, y os prometo que me entró un dolor en el pecho que me estaba ahogando.

—¿Cómo va a ser eso? Eres una niña adorable, y si esos hombres no te han querido en su vida, peor para ellos, así te tendré yo —le dije, con los ojos anegados en lágrimas, porque me dolía mucho la manera en la que lo estaba contando la niña.

Estaba seguro de que su madre no sabía nada de eso, porque, de lo contrario, le habría aclarado todo, pues se veía que estaba sufriendo por ese tema. Cuando la niña se quedase dormida, se lo contaría para que hablara con ella.

—Venga, que ya está la cena en la mesa —nos dijo Mónica desde la cocina.

—Mamá, he estado hablando con Raúl, y a él no le importa que tengas una hija. Este sí que es un candidato a ser tu novio —le dijo, y solté una carcajada, hasta que vi la cara a su madre.

—Dafne, te he dicho millones de veces que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y que, si los hombres que han pasado por mi vida no te aceptaban, no merecían estar ni a mi lado, ni al tuyo —le dijo, con una mezcla de dolor y pena.

—Pensé que tú no sabias nada de este tema —le dije en voz baja, cuando la niña se fue al sofá mientras nosotros recogíamos la cocina.

—No sabes lo que lloró cuando se enteró que el último hombre con el que salí dijo que no quería conocerla. El momento en el que notó que ya no salía con él, no pudo evitar echarse las culpas de todo, y así es siempre. Está convencida de que, si yo no tengo novio, es por su culpa y ya no sé como decirle que no es por ella —me respondió.

—Yo también se lo he dicho ahora, cuando he estado hablando con ella. Es muy inteligente, y no puede evitar pensar eso. Con el tiempo se dará cuenta de que nada tiene que ver, entre otras cosas porque yo no me pienso mover de vuestro lado —le dije.

La abracé por la espalda, y le dejé un beso en el cuello para luego, darle la vuelta, ponerla de cara a mí, y besarla como quería, esta vez sin prisa, sin remordimientos, saboreando cada centímetro de su boca.

—Te diría todo lo que me provocas, pero creo que no hace falta —le dije, ya que mi erección era evidente.

—Lo mismo que me provocas tú a mí —me contestó, y me besó de nuevo.

Nos sentamos en el sofá, donde sirvió una copa para cada uno, eso sí, sin alcohol, que mañana teníamos que trabajar y no queríamos ir con dolor de

cabeza ni nada parecido.

Os prometo que, si no hubiera estado la niña allí, la habría hecho mía en ese mismo sofá, pero quería que fuera ella la que marcara el ritmo, que no confundiéramos a la niña con nuestros actos.

—Será mejor que me vaya, pues no quiero que hagas algo de lo que te arrepientas más tarde —le dije a Mónica.

—No es eso, es que me gustaría ir algo más despacio, que nos conociéramos más, antes de acostarme contigo. No es que no lo desee, porque me estaría mintiendo a mí misma, pero prefiero que estemos seguros y que no sea cosa de una sola noche —me dijo, y estuve completamente de acuerdo con ella.

—Me parece una idea magnífica. Mañana no sé si me dará tiempo a recogerte en el trabajo, pero luego, en cuanto pueda, y siempre que me facilites tu número de teléfono, te llamaré por si podemos vernos —le dije, sonriente.

Me anotó su número en la agenda de mi teléfono, haciéndose una llamada perdida para tener el mío, y me acompañó hasta la puerta. Estaba completamente seguro de que Jaime no dormiría esta noche en mi casa, que la pasaría con Paula, por lo que estaría solo cuando llegara.

Pedí un taxi, puesto que mi casa estaba un poquito lejos de donde se encontraba la de Mónica. Estaba esperando en la puerta, cuando lo vi, era su padre, que estaba tirando la basura, y no me pude reprimir el ir a saludarlo.

—Buenas noches, usted es el padre de Mónica, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, veo que ya habéis hablado. Mi nieta tiene la costumbre de llamarme papi, y eso crea confusiones —me dijo, estrechándome la mano.

—Quería disculparme con usted por la manera en la que me marché el otro día. Pero, tal y como usted ha dicho, le confundí con la pareja de su hija, y, por

ende, con el padre de su nieta, y eso me descolocó un poco, para que voy a negarlo —le expliqué.

—Ay, muchacho, no tienes que pedir disculpas, es normal que te vieras sobrepasado por la situación. Mi nieta está encantada contigo, me ha llamado por teléfono esta tarde, en cuanto llegó a su casa con vosotros —me dijo, y solté una carcajada.

—Veo que lo de guardar un secreto no va con ella —dije, entre risas.

—Uy, te queda mucho por aprender con ella. Te aseguro que, mañana, en cuanto la recoja del colegio, me pondrá al día con pelos y señales, sobre todo lo que habéis hablado y hecho a lo largo del día de hoy —me respondió, sin parar de reírse.

—Me ha encantado conocerlo, señor. Mi nombre es Raúl, y debo marcharme ya, está aquí mi taxi para llevarme a casa —le dije, ofreciéndole mi mano.

—Igualmente, chaval. Yo soy Jose, y espero verte más a menudo —me contestó, estrechándome la mano y dándome un abrazo a modo de despedida.

Durante todo el trayecto fui pensando en lo gilipollas que había sido pensando esas cosas de Mónica, pues estaba claro que ella no era de ese tipo de mujeres. Estaba abriendo la puerta, cuando sonó mi teléfono, era mi madre, de la que no sabía nada desde hacía unos meses, respiré hondo y contesté la llamada.

—Hola, mamá —le respondí.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Hola, mamá? —me contestó, como si fuera un sacrilegio la forma en la que la había saludado.

—Es que estás un poco lejos para hacerte la reverencia —le dije, irónicamente.

—Deja la ironía, como si no supiera que tu amiguito no te ha contado lo que ha pasado con tu hermano. Tienes que venir, que para eso eres su hermano mayor, su mujer amenaza con pedir el divorcio si no deja a esa otra mujer…

—Como es lógico y normal. Lo que no entiendo es que hace todavía con él —la interrumpí.

—¿Perdona? Es su mujer, y si ha buscado fuera el calor de esa mujer es porque la que tiene en casa no se lo daba —intentó justificarlo.

—Si con esta llamada estás buscando que te dé la razón a ti o a mi hermano, lo llevas claro. Si se ha liado con esa mujer es porque no quiere a la suya, que está muy bien como adorno y para jugar a la familia feliz, pero no porque esté realmente enamorado de ella. Lo que tiene que hacer es divorciarse y dejar de hacerle daño a las personas.

—¡Esto es inaudito! Tendrías que estar apoyando a tu hermano, no a tu cuñada. A no ser que quieras que deje libre a su mujer para ir a por ella. No creas que no me he dado cuenta de la manera en que la tratas, pero eso no lo pienso consentir, por encima de mi cadáver —me dijo, y solté una carcajada.

—Mamá, si la trataba de esa manera no es porque esté interesado en ella, sino porque sé que no es la primera vez que mi hermano le pone los cuernos. De hecho, la mujer con la que lo ha pillado no es la amante oficial, que esa tiene muchos más años que él y le tiene puesto un piso en el centro. Si yo fuera ella, me dedicaría a seguirlo un fin de semana de esos que dice que tiene un viaje de negocios y descubriría quien era mi hermano en realidad —le dije, y no me contestó, simplemente colgó la llamada.

—Perfecto, Iker es el que le pone los cuernos a su mujer, y encima soy yo el malo. Cada día me alegro más de haberme marchado de allí —dije mirando el teléfono, pues ya estaba hablando solo.

Capítulo 10

Mónica

Esa noche, antes de acostarme, recibí un mensaje de buenas noches de Raúl, que me hizo irme a la cama con una sonrisa en los labios. Me parecía mentira que, por fin, una historia sentimental me fuera a salir bien.

El hecho de que mi hija se hiciera responsable de mi situación amorosa me mataba. Le había hecho entender, por activa y por pasiva que no era su culpa, que era lo más bonito que la vida me había regalado, pero ella no se bajaba del burro.

Ver a Raúl interactuar con ella, cuando ni siquiera nos habíamos acostado todavía, ver el cariño y la dulzura con la que la trataba, me hacía pensar que era el hombre perfecto para nosotras.

Esa mañana me levanté y como siempre, desperté a Dafne y le di el uniforme para que se vistiera, mientras yo preparaba el desayuno. Cuando salió de su habitación, ya estaba todo preparado.

—Mami, ¿hoy me recoges tú del cole? —me preguntó, y es que era raro el día que yo podía hacerlo, pues tenía fijo el turno de mañana y ella no quería quedarse en el comedor.

—No lo creo, mi vida. Seguramente lo hará el abuelo. ¿Por qué? —le pregunté, porque me resultaba extraño que me preguntara eso.

—Es que Miriam siempre me dice que yo no tengo ni madre ni padre, porque no me recogen nunca —me dijo, con tristeza.

—Pues le dices a Miriam que cuando quiera, venga a casa un domingo, que verá como sí que tienes mamá, lo que pasa es que tiene que trabajar para que a ti no te falte de nada. Seguro que su madre no se mueve de su casa, y por eso le da tiempo a ir a recogerla —le contesté, y os prometo que algo se me encogió en el corazón.

—Me gustaría tanto que un día fuerais Raúl y tú a recogerme, los dos juntos…

—Te prometo que, en cuanto tenga un día libre, lo cuadro con él e iremos a recogerte. Pero no te diremos nada, será una sorpresa —le dije, dándole un beso en la cabecita.

—Gracias, mami.

—No me des las gracias, primero porque lo hago con todo el amor del mundo, y segundo, porque es mi obligación como madre. Ahora, termínate el desayuno, o llegaremos tarde —le dije, yendo a mi habitación para terminar de coger mis cosas.

Salimos con tiempo de mi casa, y pudimos ir tranquilas hasta el colegio, donde, casualidades de la vida, estaba Miriam con su madre en la puerta. Esa niña, al igual que su mamá, era un poquito repelente, de esas que se creen por encima de los demás, y no me gustaba nada.

—Mamá, ahí está Miriam. Como hoy hemos llegado más temprano, va a poder ver que sí que tengo mamá —me dijo mi hija.

—Venga, vamos a saludarla —le dije, cogiendo a mi niña de la mano.

—Hola, ¿eres la nueva niñera de Dafne? —me preguntó su madre, en un tono que no me gustó nada.

—Hola, pues no, no soy la nueva niñera, soy su madre —le dije, orgullosa.

—¿Su madre a tu edad? Desde luego que la juventud de hoy en día no sabe más que arruinarse la vida —me dijo, como con desprecio.

—¿Tener un hijo es arruinarse la vida? Difiero mucho de su manera de pensar. Ser madre, a la edad que sea, es un regalo. La única diferencia es que yo he tenido que luchar por sacarla adelante, mientras que a usted se lo han dado todo hecho. Y ahora, si me disculpa, tengo que dejar a mi hija, como todas las mañanas, e irme al trabajo —le dije, con una sonrisa más falsa que ella.

—Esa niña es igual de gilipollas que su madre —le dije a mi hija, mientras la llevaba hasta la fila.

—Es lo que yo pensaba, mami, pero yo no puedo decir la palabrota, que luego me castigas —me dijo, y solté una carcajada.

—No dejes que nunca, nada ni nadie, te pisotee, que crean que están por encima de ti, porque nadie es más que nadie, por mucho dinero o posición social que puedan tener —le dije a mi niña, dándole un beso y diciéndole que luego la veía.

—Te quiero, mami —me dijo desde la fila.

—Y yo a ti, mi amor —le contesté.

Estaba entrando en el supermercado por la puerta de los empleados, cuando me di de bruces con Montse, y su habitual cara de estreñida. Me hizo un gesto para que la siguiera, y con todo el dolor de mi corazón, porque sabía que me iba a arruinar el día, con lo contenta que yo venía, lo hice.

—Hoy doblas turno, porque Olivia está enferma —me dijo, como si me estuviera haciendo un favor.

—¿En serio? ¿No hay otra persona que pueda hacerlo? Joder, Montse, sabes que tengo que dejar a la niña con mis padres…

—Ese no es mi problema, no la hubieses tenido. El resto de tus compañeros no pueden hoy, tienen cosas que hacer —me dijo, con maldad.

—Me parece muy ruin por tu parte, pero no me puedo negar. Eso sí, quiero el viernes libre y no es negociable —le dije, entrando en el vestuario para dejar mis cosas en la taquilla.

—Eso lo tendré que ver con tus compañeros, no te prometo nada —escuché que me decía a lo lejos.

Cogí el móvil para enviarle a mi padre un mensaje y contarle la situación, pues no quería que se asustara y no sabía si podría escribirle más tarde.

Mónica: *Papá, la estúpida de Montse me ha puesto doble turno hoy, por lo que saldré a las tantas del trabajo. No creo que me dé tiempo ni de ir a cenar con ella. Por favor, dale un beso y dile que la quiero, mañana la recojo temprano para llevarla al colegio.*

Papá: *No te preocupes, hija. Espero que, a cambio, te dé un día libre que puedas pasar con la niña. Si quieres, puedes venir a cenar y a dormir a casa, si lo vas a hacer, avísame para tenerlo todo listo. Yo también te quiero a ti.*

Dejé el móvil en la taquilla, dentro del bolso, y me fui a mi puesto, con una cara de agobiada que no podía con ella, mientras que la amargada de Montse me miraba desde la otra parte del pasillo, con satisfacción por haberme jorobado el día.

La mañana transcurrió sin poder ir ni a tomar un café, de la cantidad de gente que acudió ese día al supermercado, estaba deseando que dieran las tres para poder salir a comer.

—Tú serás la última en salir a comer, Mónica. Lo harás cuando venga tu compañera, la que está de turno partido —me dijo, y os juro que me entraron ganas de cogerla por el cuello.

—¿Te has empeñado en putearme hoy, Montse? No me parece justo, ya que soy la que primero ha entrado hoy a trabajar, y la que más horas voy a

echar. Pero ¿sabes qué? No vas a conseguir amargarme, si tengo que esperar, pues esperaré —le dije con mi mejor sonrisa. Esa no sabía con quién había ido a dar.

Salí a comer pasadas las tres y media, y me dijo que me diera prisa, porque el super estaba otra vez hasta la bola de gente, pero hice como que no la había escuchado. Tenía una hora para hacerlo e iba a aguantar hasta el último minuto, así me tuviera que pedir tres cafés seguidos para conseguirlo.

Cogí mi bolso y miré el móvil, por si tenía algún mensaje de mi padre, pero no tenía nada, por lo que marqué su número para hablar con mi hija.

—Hola mi amor. ¿Has comido bien? —le pregunté, pues fue ella la que contestó. Estaba segura de que mi padre le había pasado el teléfono.

—Hola, mami. Sí, la abuela ha hecho mi comida preferida, y me ha dicho que, esta noche, pedirá una pizza. ¿Hoy no te veo? —me dijo, con pena.

—No, cariño, porque no sé a qué hora voy a salir hoy. Te recojo mañana y te llevo al cole, además, te prometo que, el viernes, también te recogeré y pasaremos toda la tarde juntas —le dije, y la escuché gritar de felicidad.

Me daba igual lo que me dijera Montse, el viernes me lo cogía libre, sí o sí, aunque tuviera que ir a hablar con el dueño del supermercado para conseguirlo.

Justo cuando estaba colgando la llamada, vi a Raúl, que aparecía por la esquina, traía cara de agobiado, aunque no más que yo.

—Pensé que ya no te encontraría aquí —me dijo, nada más verme.

—Hoy me han puteado bien, tengo turno doble —le dije, poniendo carita de pena, y el soltó una risa.

—¿Has comido? —me dijo y negué con la cabeza —Pues nada, vente conmigo, que yo tampoco lo he hecho. Te invito ahí enfrente, porque supongo que no tendrás mucho tiempo.

Capítulo 11



Raúl

La reunión con la constructora se alargó más de lo que yo pretendía, ya que quisieron ver el edificio in situ, y hacer una inspección técnica, para comprobar el estado de la instalación eléctrica y de la fontanería.

—Todo eso está bien, sería tan solo redistribuir el edificio por dentro y ampliar la parte de la fontanería para el spa y demás, pero no te preocupes, que no será nada del otro mundo —me dijo el contratista.

—¿Qué tiempo tardareis en tenerlo todo listo? Lo digo porque tendría que contactar con la decoradora de interiores y fechar la inauguración —le conté.

—Pues, creo que, entre cuatro y seis meses, no menos.

—Está bien, estaría dentro del plazo previsto. Cuanto antes esté en funcionamiento, antes podré recuperar la inversión —le dije.

Volvimos a su despacho, donde firmamos la documentación y pagué la mitad del importe de la reforma. Cuando terminara y estuviera todo listo y según lo pactado, abonaría la otra mitad.

Eran casi las tres de la tarde cuando me monté en el coche, que sumado al tiempo que tardé en llegar hasta la zona donde se encontraba mi casa y el

supermercado, cuando llegara ya no encontraría a Mónica allí. De todos modos, lo iba a intentar.

Aparqué el coche y fui dando un paseo hasta el super, donde, casualidades de la vida, vi a Mónica saliendo de su puesto de trabajo. Me acerqué a ella y estuvimos hablando, hasta que me di cuenta de que ella tampoco había comido, y la invité en el restaurante de enfrente.

—No entiendo esa manía que te tiene la encargada, porque se nota a leguas —le dije, pues era cierto, se notaba que le tenía cierta inquina.

—Ni yo tampoco, porque no es que yo sea una de esas empleadas que siempre estén dando problemas o a la que los clientes no quieran, más bien todo lo contrario —me dijo.

—A lo mejor es eso, que no le has plantado cara lo suficiente y por eso piensa que puede hacer contigo lo que le dé la gana.

—Pues ya se lo he dicho, que el viernes me lo tomo libre, por el doble turno de hoy. Mucho más sabiendo que el sábado es el día que me toca libre por cuadrante, y pienso pasar todo el fin de semana con mi hija…

—¿Tienes libre el fin de semana? Te propongo algo, para las dos. Verás, tengo que volver a mi ciudad para revisar un asunto en mi hotel, pero no me llevará más de un par de horas. Había pensado que podríais venir conmigo. Nos iríamos el viernes por la mañana y volveríamos el domingo por la tarde, así te podría enseñar mis orígenes —le dije, deseando que me dijera que sí.

—¿Has dicho tu hotel? ¿Tienes un hotel? Me caigo muerta ahora mismo —me dijo, provocándome una carcajada.

—En realidad, tengo dos. Bueno, tengo uno en marcha y otro en proyecto, que de eso era la reunión que he tenido esta mañana, con la constructora que llevará a cabo la reforma —le conté, y vi como su rostro cambiaba.

—Pensaba que eras un trabajador normal, y resulta que eres de posibles…

—¿Y eso que tiene que ver? Sigo siendo el mismo Raúl que conociste en el pasillo del supermercado. Espero que eso no te haga mirarme con otros ojos.

—Lo cierto es que ya tuve una mala experiencia con alguien de distinta clase social que yo, en concreto con su familia, que es la misma que la de mi hija, y no me gustaría volver a pasar por eso, porque ahora Dafne se daría cuenta.

—No todos somos iguales, Mónica, y te lo pienso demostrar. Por cierto, me has dicho que esta noche la niña está con tus padres, ¿verdad?

—Sí, claro, cuando yo salga del trabajo, ya estará dormida, y no me gusta sacarla así, pues se podría poner enferma —me dijo.

—Perfecto, pues entonces, te recojo y nos vamos a cenar a mi casa. Te prometo un baño caliente con sales minerales, y por la ropa no te preocupes, que ahora paso por casa de tu padre y le pido que me prepare una mochila —le respondí.

—¿Cómo es qué conoces a mi padre? De verdad que esta comida va a terminar sentándome mal —me dijo, en plan dramática, y no pude contener la carcajada.

—Fue anoche, cuando salí de tu casa, me lo encontré tirando la basura y estuvimos hablando un rato. Es un hombre muy simpático, y me trató con mucho cariño. Al suegro ya me lo tengo ganado —le dije, y ahora la que soltó la carcajada fue ella.

—Está bien, como ya sabes el portal, te diré que el piso es el tercero H, lo que no te puedo asegurar es que mi hija no se quiera apalancar también.

—Pues si se quiere venir conmigo, y siempre que sus abuelos me den permiso, porque el tuyo supongo que ya lo tengo, me la traigo y listo —le dije.

—Ahora le enviaré un mensaje a mi padre para que lo tenga todo preparado. Gracias, Raúl, por ser como eres con nosotras.

—¿Cómo se supone que soy?

—Atento y cariñoso, y no te importa incluir a la niña en nuestros planes. Eso no me había pasado nunca, con ningún hombre con los que he estado —me dijo, y no pude hacer otra cosa que darle un abrazo.

La dejé en la puerta del supermercado, dándole un beso, mientras que veía a la encargada dentro, que se le iba a desencajar la mandíbula al vernos.

Volví a coger el coche y me puse rumbo a la casa de sus padres. Aparqué y, no sin algo de vergüenza, llamé al telefonillo que me había dicho, contestándome una señora.

—Buenas tardes, señora, soy Raúl, creo que…

—Sí, cariño, te abro —me dijo, sin dejarme acabar la frase.

Cuando subí, me la encontré en el umbral de la puerta, esperándome. Me dio un abrazo que me llegó al alma.

—Ay, Raúl, cuanto he oído hablar de ti a mi nieta. Yo soy Rosa, la madre de Mónica —me dijo, dándome dos besos.

—¡Raúl! —exclamó Dafne desde el salón, y vino corriendo a darme un abrazo, que, por supuesto, correspondí, agachándome a su altura para cogerla en brazos.

—Hola, princesa. ¿Estás más alta desde ayer? Porque más guapa te aseguro que sí —le dije, y la vi como sonreía.

—Hola, Raúl, ahora mismo te doy la mochila de mi hija —me dijo Jose, que venía detrás de la niña.

—Mi abuelo me ha dicho que, como tu casa está más cerca, mi madre se queda a dormir contigo. Hoy me da lo mismo, porque mi abuela va a pedir pizza, pero el próximo día me voy con ustedes —me dijo Dafne, explicándolo todo a su manera.

—Como quieras, ya he hablado con tu madre, y el viernes nos vamos a ir de viaje los tres, aprovechando que ella no trabaja en todo el fin de semana —le dije, y empezó a dar saltos por toda la casa.

—Buena cosa le has dicho, ahora la tendrás preguntándote por ese viaje cada vez que te vea —me dijo su abuela.

—Me encanta la ilusión que le hace cualquier plan, es como si, para ella, todo fuera nuevo —le dije, acariciando su cabecita.

—Es que es así. No ha salido de esta ciudad nunca, porque las circunstancias no nos lo han permitido. Primero, porque era demasiado pequeña y necesitaba mucho cuidado, y luego, cuando ya fue más mayor, sus necesidades eran otras, pero teníamos el mismo gasto. Su madre siempre prefirió gastar el dinero en ella, antes que, en unas vacaciones, por pequeñas que fueran.

—Como buena madre. Pero, si puedo y está en mi mano, eso se va a acabar. Antes de que os enteréis por nadie, os diré que tengo dos hoteles que me generan buenos beneficios, pero no por ello me voy a reír de Mónica. No os puedo decir que estoy enamorado, porque todavía es muy pronto, pero sí que me gustaría que supierais que me gusta mucho, y que voy a intentar conquistarla —les expliqué y vi como Rosa rompía a llorar.

—Eres bueno, Raúl, y eso se nota a leguas. No creo, ni por asomo, que seas como el padre de Dafne, al que yo calé desde el primer día, pero era su vida, no la mía, y no podía decirle nada. Lo único bueno que nos dejó Martín fue a esta preciosidad, que es lo mejor de nuestra vida —me dijo Jose, mientras su mujer asentía.

Me despedí de ellos y me marché a casa, pues quería dejar todo listo para cuando fuera a recoger a Mónica, y para ello, tenía que decirle a Jaime que nos dejara a solas, pero no hizo falta, pues él salía para pasar la tarde y la noche en casa de Paula, con Darío, que había organizado un maratón de Harry Potter, y es que era tan fan de la saga como mi amigo.

Capítulo 12



Mónica

—Te ha faltado tiempo para liarte con ese cliente… —me dijo Montse, en cuanto que me vio entrar.

—Lo que haga o deje de hacer en mi vida privada, no es asunto tuyo —le contesté.

—Sí que es asunto mío, si usas los pasillos del supermercado para ligar —me dijo, como si fuera algo habitual en mí.

—No me jodas, Montse. Sabes de sobra que, en todo el tiempo que llevo trabajando, jamás ha ocurrido nada de eso que estás diciendo. Si Raúl y yo nos hemos enamorado…

—Enamorados, dice, la muy ingenua. No me hagas reír, por favor. Un hombre como ese no se podría fijar jamás en una mujer como tú, insulsa y encima con una hija de otro hombre. Eres y serás, una distracción para él. Ah, por cierto, el viernes no lo tienes libre —me dijo, y me hervía la sangre de escucharla.

—Pues, entonces, lo siento por ti, pero me parece que me voy a poner mala, porque tengo un viaje programado, al que no pienso renunciar por nada del mundo —le dije, sin poderme callar.

Dejé el bolso en mi taquilla y me fui a mi caja, intentando que todo lo que me había dicho no me afectara, porque sus palabras me dolieron muchísimo, tanto por mí, como por lo que había dicho de mi hija.

No pensaba dar mi brazo a torcer con respecto al día libre, por ello, no dudé, mientras que ella salió para no sé qué, subir para hablar con el dueño del supermercado, aprovechando que estaba allí.

—Buenas tardes, Mónica. ¿Puedo ayudarte en algo? —me preguntó, en cuanto me vio en la puerta.

—Buenas tardes, señor Gutiérrez. Venía a hablar con usted —le respondí.

—Adelante, cuénteme —me dijo, bastante interesado.

—Verá, señor, su nuera…

—Esa mujer no es mi nuera. Más quisiera ella que mi hijo le pusiera un anillo en el dedo, pero eso no ha sucedido, ni sucederá jamás, por la cuenta que le trae. Dicho eso, le rogaría que se dirigiera a ella por su nombre.

—Discúlpeme, señor Gutiérrez. Como le iba diciendo, Montse, sin aviso previo, me ha colocado hoy un turno doble, que estoy cumpliendo, pero a cambio, le he pedido que me diera el viernes de descanso, para así sumarlo a mi fin de semana libre. No solo no me lo ha dado, sino que se ha mofado de mí —le expliqué, mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—No me lo puedo creer. Sabe de sobra que lo primero son los empleados, sin ellos no habríamos llegado a donde estamos hoy en día. Por supuesto que tendrá usted ese día libre, aparte de ver reflejado en su nómina estas horas extras. Por otro lado, le voy a dar mi teléfono personal para que cuando tenga cualquier problema con ella, haga usted el favor de comunicármelo —me dijo, y me hizo sentir segura, para que lo voy a negar.

—Muchísimas gracias, señor Gutiérrez.

—No hay que darlas, Mónica. Lleva cuatro años trabajando con nosotros, y jamás he tenido queja de su trabajo, es lo menos que podía hacer por usted —me dijo, dándome la mano.

Salí del despacho con un sentimiento encontrado. Por un lado, me sentía como la niña a la que una compañera no la deja tranquila en el recreo, e iba a chivarse a la profesora. Por otro lado, me sentía feliz de poder haber puesto a Montse en su sitio, pues ya se estaba pasando con su forma de tratarme, como si yo le debiera algo.

Seguí en mi puesto hasta que llegó la hora de marcharme, que fue justo cuando me la encontré en el vestuario. Bueno, más bien me estaba esperando.

—Si te piensas que por ir a hablar con mi suegro te vas a quedar con mi puesto de encargada, lo llevas claro —me dijo, con furia.

—Ni lo pretendo ni lo quiero. Donde estoy, lo hago muy a gusto. Lo único que he ido es a pedir lo que me corresponde, ni más ni menos. No pienso consentir que me pisotees más —le dije, cogiendo mi bolso para marcharme, pero me agarró del brazo de una manera muy violenta.

—Ándate con ojo, Mónica, porque no me pienso quedar de brazos cruzados. Además, ese hombre con el que vas no va a ser tuyo, porque yo lo vi primero.

—No hables de las personas como si fueran objetos. Raúl no es tuyo, ni de nadie.

Salí de allí bastante enfadada, hasta que lo vi en la puerta y me cambió el humor drásticamente. Era algo que nunca me había ocurrido, pero que con él era habitual, tenía ese poder, el de hacer que mi carácter cambiara en cuestión de segundos.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal ha ido la segunda parte del turno? —me preguntó, después de darme un breve beso en los labios.

—Digamos que ha sido productivo. He ido a hablar con el dueño del supermercado, y le he dejado claro a Montse que no me pienso amilanar ante sus amenazas ni sus palabras despectivas hacia mí o hacia mi hija —le conté.

Cuando llegamos a su casa me sorprendió muchísimo todo. Había encendido la chimenea, por lo que el ambiente era de lo más cálido. No es que en mi ciudad las temperaturas fueran demasiado frías habitualmente, pero ese día, en concreto, el viento era de lo más gélido.

Me llevó de la mano hasta el cuarto de baño, donde me había preparado la bañera con agua caliente y sales minerales, con un olor que llamaba a sumergirse en ella.

—Date un baño relajante mientras termino la cena. Ahí tienes la ropa que me ha dado tu padre —me dijo, señalando la mochila.

—Gracias, Raúl. Nunca nadie me había tratado de esta manera —le dije, agradecida de verdad.

—No tienes que darlas. Es lo menos que te mereces —me dijo, besándome antes de salir de allí.

Estuve un rato en remojo, y salí de allí de lo más relajada. Cogí la mochila que Raúl había dejado sobre la encimera del lavabo y al abrirla, solté una carcajada que sonó en toda la casa.

—No me lo puedo creer, de verdad que no —murmuré para mí, porque no había nadie más en la habitación.

¿El motivo de mi risa y de mi incredulidad? Muy sencillo, mi padre me había metido como ropa interior la más sexy que tenía en todo el cajón, y que fue un regalo de Paula en plan de broma, un día que nos fuimos de compra.

Me puse la mini braguita, que mostraba más de lo que tapaba, y la camisola que había metido a modo de pijama, unos calcetines gordos, porque nunca me había gustado tener zapatillas cuando estaba en casa.

—Vaya, veo que tu padre no ha pensado en mí —me dijo, mirándome de arriba abajo.

—Yo creo que, más bien, todo lo contrario —le dije, y soltó una carcajada.

Nos sentamos a cenar, entre miradas cómplices, que decían más que las palabras, risas y caricias mal disimuladas. Cuando terminamos de cenar, y en el momento en el que me disponía a recoger la mesa, Raúl me abrazó por la espalda, dejándome entre su cuerpo y la encimera.

—No sabes lo que provocas en mí —me dijo, pegando su erección a mi trasero.

—Lo mismo que tú en mí —le contesté, cogiendo su mano y llevándola hasta mi entrepierna, para que viera lo húmeda que estaba.

—Dios mío, esto es maravilloso —me respondió.

Me dio la vuelta y me besó, sin apartar la mano de mi entrepierna. Apartó la braguita a un lado y con sus dedos, empezó a acariciar mi sexo de arriba abajo, provocándome unos gemidos difíciles de disimular.

—No quiero que nuestra primera vez sea aquí, encima de una mesa, deprisa y corriendo, quiero que sea lento, y disfrutando del momento —me dijo, separándose de mí y tomando mi mano para llevarme al dormitorio.

Entramos en su habitación y se dispuso a quitarme la camiseta, tirándola a un lado. Tengo que reconocer que su forma de mirarme me encendió de una manera en la que nunca me había encontrado antes.

Me depositó suavemente en la cama, despojándose también de la parte superior de su pijama, quedándose tan solo con un pantalón de algodón que le caía sobre la cadera, dejando ver una V perfecta en su anatomía. Me dio vergüenza que me viera desnuda, pues mi cuerpo ya no era como antes, y todavía quedaba la cicatriz de la cesárea del nacimiento de Dafne.

—No te tapes, eres preciosa y quiero ver tu cuerpo al completo —me dijo, separándose de mí un poco para apreciarme mejor.

—Me da un poco de vergüenza, no vayas a desilusionarte con mi cuerpo —le comenté, a media voz.

—¿Estás loca? No puede haber un cuerpo mejor que el tuyo, te lo aseguro —me respondió, dándome un beso que me dejó sin aliento.

Capítulo 13



Raúl

Tenerla ahí, delante de mis ojos, tan solo con una minúscula braguita, me volvió loco, y así se lo demostré. Tenía que conseguir que no sintiera vergüenza alguna, pues su cuerpo era el más hermoso que había contemplado en mi vida.

Fui bajando con mis besos por todo su cuerpo, haciendo especial hincapié en su cicatriz, esa que debería de mostrar como el mayor de sus logros, pues fue la consecuencia de traer a su hija al mundo.

Metí mis dedos por el lateral de su braguita, hasta conseguir sacarla por sus piernas. Su sexo, completamente depilado y brillante por sus fluidos, se me antojó como el mayor de los manjares, y no pude ni me quise resistir.

Abrí sus pliegues y metí mi cabeza entre sus piernas, donde me dediqué a saborearla hasta que conseguí que tuviera su primer orgasmo. Tengo que reconocer que no me costó ningún trabajo, pues estaba tan excitada que alcanzó el clímax en pocos minutos.

Hice el camino inverso y cuando llegué hasta su boca de nuevo, la besé de una manera posesiva, hambrienta, pues quería demostrarle que, para mí, ella era lo primero, al igual que su hija, a la que había cogido muchísimo cariño.

En un momento dado, ella invirtió las posiciones, quedando encima de mí. Sentir sus besos en mi pecho y en mi vientre, me pusieron aún más duro, si es que eso era posible. Bajó mi pantalón sin ningún esfuerzo, dejando mi miembro al aire, pues en mi casa no solía usar ropa interior, me sentía como aprisionado.

Supe de antemano lo que pretendía hacer e intenté que frenara, pero no lo conseguí. Notar el calor de sus labios en mi miembro y su lengua lamiendo mi glande, fue la mejor sensación del mundo. En mi vida me había sentido de esa manera, por muchas relaciones que había tenido.

—Para, o terminaré antes de empezar —le dije, cogiéndole del brazo.

Subió por mi cuerpo, hasta llegar a mi boca, dejando mi miembro a la altura de su sexo, penetrándose con él. Me incorporé hasta estar a la altura de sus pechos, esos que metí en mi boca, los lamí y los besé. Sentirla piel con piel, su interior, suave y caliente, me estaba volviendo loco.

—La sensación es increíble, pero no hemos tomado precauciones —le dije, entre gemidos y jadeos.

—No hay problema, tomo la píldora desde que tuve a Dafne, por un tema hormonal. Además de eso, hace mucho tiempo que no estoy con ningún hombre —me contestó, y vi el cielo abierto, como se suele decir.

—Pues entonces, no he dicho nada —le respondí, y volví a invertir las posiciones.

Estuvimos cambiando de posturas un buen rato, hasta que ambos alcanzamos el clímax. Caímos derrotados uno encima del otro, hasta que conseguí recuperar un poquito el aire y controlé mi respiración.

Una vez que eso ocurrió, me levanté de la cama, cogiéndola a ella en brazos, para llevarla hasta el baño. Regulé la temperatura del agua, y nos metimos bajo el chorro de la ducha. Nos duchamos entre besos y caricias cómplices. Cualquiera que nos viera desde fuera podría pensar que éramos una pareja ya consolidada, de lo bien que nos compenetrábamos.

—Será mejor que nos vayamos a la cama, o mañana llegarás tarde al trabajo —le dije, una vez que terminamos de secarnos.

—¿Al trabajo? Si tengo que ir antes a recoger a Dafne para llevarla al colegio, si no voy se va a enfadar, de verdad —me respondió.

—Vale, pues pongamos el despertador una hora antes, así la recogemos y, antes de que entre al colegio, la llevamos a desayunar con nosotros —le dije, y me miró con una dulzura que no había visto nunca.

—¿Por qué eres tan bueno con nosotras? Quiero decir, Dafne no es tu responsabilidad, sin embargo, no dudas en incluirla en nuestros planes.

—Porque entiendo que sois un pack indivisible. Tu hija es lo más importante para ti y, por ende, lo debe ser para mí también, puesto que no concibes la vida sin ella. Aparte de eso, es una niña que se hace querer, de eso no hay duda —le respondí, puesto que no podía hacerlo de otra manera.

Me dio un breve beso en los labios, antes de dejar reposar su cabeza sobre mi pecho. Pasé mi brazo por su espalda y me dediqué a dejarle caricias mientras iba notando como su respiración cada vez era más relajada, hasta que me di cuenta de que se había quedado dormida, y cerré yo también los ojos, dejando que el sueño se apoderara de mí.

Me desperté en cuanto escuché el sonido del despertador, y me levanté para hacer un café y tomarlo antes de salir a por Dafne. Cuando lo tuve todo listo, me dispuse a despertar a Mónica, pero al llegar a mi habitación, la encontré ya levantada y terminando de ponerse su uniforme.

—Bajemos a tomar un café antes de irnos, ya desayunamos con la niña en el bar junto al colegio —le dije, y asintió.

—Le va a hacer una ilusión enorme que la llevemos los dos —me respondió, y se me ocurrió una idea.

—Hoy no tengo nada que hacer, si te parece bien, puedo recogerla, y después, recogerte a ti para que vayamos a comer los tres juntos —le propuse.

—Por mí no hay ningún problema, pero eso tendrás que negociarlo con el abuelo, que es el que se encarga a diario. Eso sí, si vamos a comer juntos, lo hacemos en mi casa, nada de tirar el dinero en restaurantes ni nada parecido —me dijo.

—Bueno, lo vamos viendo —respondí.

Salimos de mi casa y nos montamos en el coche, tomando el rumbo de la casa de los padres de Mónica. Al entrar, cuando la niña nos vio, salió corriendo a nuestro encuentro.

—Raúl… ¿hoy me llevas tú también al colegio? —me preguntó, como con miedo.

—Si tú quieres, claro que sí, pero antes vamos a desayunar en el bar que hay al lado.

—Ole, hoy desayunamos churritos, con lo que a mí me gustan —dijo la niña, que ya tenía el uniforme puesto e iba a coger su mochila.

—Jose, me gustaría, si te parece bien, recoger a Dafne hoy del colegio, para comer juntos —le dije, esperando que su respuesta fuera afirmativa.

—Por supuesto que sí, chaval, por mí no hay ningún problema. Pero yo también tengo una propuesta, que vengáis aquí a comer, mi mujer ha dejado listo un potaje de alubias que quita las penas del sentido —me dijo y me supo a gloria.

—¿Sabes el tiempo que hace que no me como un plato de potaje? Me has ganado por completo, porque nada se compara con un buen plato de comida casera —le dije, con una sonrisa.

Salimos con tiempo suficiente para hacer lo que teníamos pensado, por eso aparqué el coche casi en la misma puerta del colegio. Habitualmente eso era misión imposible, pero ese día parecía que todo nos venía rodado.

—Yo quiero una leche con cacao, calentita, y un platito de churros —dijo Dafne, cuando nos sentamos.

—Dafne, un plato es mucho, que luego te entrará fatiga, y estás en el cole —le dijo su madre.

—Bueno, pues uno para las dos y, si Raúl no se lo come entero, pues me como uno o dos de su plato. Pero con mucha azúcar, por favor —contestó la niña.

—Eso, eso, con mucha azúcar, que nos dé a las dos la energía suficiente para enfrentar el día. A ti con tu seño y a mí, con mi fantástica encargada —le dijo su madre, y solté una carcajada.

—Es que, cuando tomo mucho azúcar me pongo un poquito nerviosa, y la seño me dice que me va a tener que amarrar a la silla para que me esté quieta. Así que, mami, mejor le echas mucha azúcar a tu parte, y a la mía, un poquito menos, que no quiero terminar castigada sin recreo —dijo la niña, y todos nos reímos, hasta la camarera que vino a tomarnos nota.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a la puerta del colegio. Yo llevaba a Mónica cogida de una mano, y a la niña de la otra. Al llegar, una madre tuvo el descaro de acercarse a nosotros, y preguntar con toda la desfachatez quién era yo, mientras que la niña que iba con ella miraba a Dafne como con envidia.

—Soy su pareja, señora, me parece que es evidente —le contesté, de mala manera.

—Es que no estamos acostumbradas a verla con otro hombre que no sea el abuelo de la niña —me respondió, como si Mónica no tuviera derecho a rehacer su vida.

—Pues eso va a quedar lejos, porque nos verá muy a menudo por aquí, a los dos, juntos —le dije, echándole el brazo por encima a Mónica.

De verdad que no entendía por qué la gente era tan entrometida, porque, acto seguido, la vimos como se iba hasta el corrillo donde estaban las demás madres, que no paraban de cuchichear entre ellas sin apartar la mirada de nosotros.

Capítulo 14



Mónica

Dejamos el corrillo de cotillas a nuestras espaldas, porque tenía que hablar con la profesora para comentarle que Dafne no iría el viernes a clase, ya que pensamos en irnos de viaje temprano y así aprovechar el día.

Me dejó en la puerta del supermercado, dándome un beso en los labios. Quedó en que recogía a la niña del colegio, que hoy no iría al comedor, y pasarían a recogerme para ir a comer a casa de mis padres.

—Mónica, hoy no te puedes ir a tu hora, tendrás que quedarte, al menos, un par de horas más, ya que tu compañera entrará más tarde, ha pedido permiso para ir al médico —me dijo Montse, que se había enterado de mis planes, lo que no se esperaba era mi respuesta.

—Pues lo siento por ella y por ti, porque a las tres en punto estaré en la calle. Si mi compañera tiene que ir al médico, que coja cita por la mañana, que la tiene toda libre —le respondí.

—¿Perdona? La que lo vas a sentir eres tú, porque como no te quedes…

—Como no me quede, nada, porque tengo el teléfono del dueño, tan solo tengo que llamarlo e informarlo. No me puedes putear siempre a mí. Aquí hay gente que no tiene ninguna responsabilidad, y que no dudo que se podría

quedar a cubrir a la compañera, pero siempre me eliges a mí. De verdad que no entiendo la inquina que me tienes —le dije, y entonces se destapó el pastel.

—¿Todavía no has caído en quién soy? Pues yo no tengo ningún problema en revelarte mi identidad —me respondió, y la miré extrañada.

—No tengo ni idea de quién eres.

—Yo era la novia oficial de Martín, cuando apareciste tú. Me dejó por tu culpa y cuando estaba a punto de que volviera conmigo, sales tú embarazada y desapareció del mapa —me dijo con furia.

—¿Perdona? Yo no le quité el novio a nadie. Es más, si llego a saber que no era un hombre, ni me hubiera acercado a él —le dije con rabia.

—Pues pienso hacer todo lo que esté en mi mano para hundirte la vida, tenlo claro.

—Como me vuelvas a amenazar, la que vas a terminar hundida serás tú —le dije, zanjando la conversación y yendo a ocupar mi puesto de trabajo.

Por mucho que intenté disimular mi enfado, no lo logré del todo, ya que no fueron pocos los clientes que me preguntaron si me ocurría algo.

Recuerdo que Martín estaba saliendo con alguien cuando lo conocí, pero jamás me dijo que iban en serio. Según él, sus padres no la veían con buenos ojos, ya que decían que la veían de lo más interesada, y por eso terminaron. En ningún momento me contó que la había dejado por mí.

Ese pensamiento estuvo rondando mi cabeza durante toda mi jornada laboral, pero, en cuanto que vi que era la hora de finalizar, apagué mi caja y me dirigí al vestuario.

—Te he dicho que te tenías que quedar —me dijo Montse, viniendo detrás de mí.

—Y yo te he dicho que no. Siempre me toca a mí, y esta vez no va a poder ser, lo siento, tengo que recoger a mi hija del colegio y…

—¡Y nada! —me gritó, justo cuando entraba el dueño.

—¿Qué está pasando aquí, Mónica? —me preguntó.

—¡Qué está desafiando una orden mía! —exclamó ella.

—¿Te llamas Mónica? No, ¿verdad? Pues a ti no te estoy preguntando —le respondió él, muy seriamente.

—Señor Gutiérrez, otra vez quiere que eche más horas de las que me corresponden, y no voy a ceder de nuevo. Hay muchos empleados que pueden cubrir a mi compañera, no entiendo por qué siempre me toca a mí —le dije, sin soltar mi bolso, que ya lo tenía colgado del hombro.

—¿Por qué es esta vez, Montse? —le preguntó, esta vez a ella.

—Porque su compañera ha pedido entrar más tarde, ya que tiene una cita médica —le contestó ella, como si fuera algo obvio.

—Esa compañera, como puedo comprobar, no está en horario de turno partido, por lo cual ha podido coger la cita en horario de mañana, o cogerse una baja si realmente está enferma, y así poder compaginar los turnos de todos. Dicho esto, y como has sido tú la que has autorizado ese medio permiso, serás la que ocupes el puesto que queda sin cubrir hasta que la empleada vuelva —le dijo, dejándola con la boca abierta.

—Eso es rebajarme de puesto y no lo pienso hacer —lo desafió.

—Tienes dos opciones, Montse: o te pones en la caja ahora mismo, o recoges tus cosas, porque estarás despedida —le dijo.

Me miró de una manera que daba miedo verla, se dio media vuelta y se dirigió a la caja donde tenía que incorporarse mi compañera. Su enfado era

evidente, pero me dio igual, salí de allí con una satisfacción difícil de disimular.

—¿Y esa cara? ¿Te han aumentado el sueldo? —me dijo Raúl, que me estaba esperando en la puerta junto a mi hija.

—Creo que es mejor que eso. Es como si me hubiera tocado el gordo de la lotería de Navidad —respondí, con una sonrisa.

—Pues ya estás tardando en contarlo, mami. Así nos ponemos felices nosotros también —dijo mi hija, adelantándose a lo que yo iba a contar.

—Por fin han puesto a Montse en su lugar. El dueño le ha dado dos opciones, o la caja o el despido. Pretendía que me volviera a quedar dos horas más fuera de mi horario, y no lo he consentido —le conté a los dos.

—Muy bien hecho, ya está bien de que haga abuso de poder — dijo Raúl.

—Y ya me he enterado del motivo de la inquina, ya te contaré después —le dije, una vez que estuvo la niña sentada en su silla de seguridad, una que había comprado mi padre para su coche y que le había dejado a Raúl.

Nos montamos en el coche y nos fuimos a casa de mis padres. Mi madre hoy había salido más temprano de lo habitual, ya que tenían que venir a cambiar el escaparate, que unos gamberros habían quebrado, sin llegar a romperlo porque era de seguridad, y no podían tener abierto al público, por lo que tan solo se quedaron los dueños.

—Abueli, ya estamos en casa —dijo Dafne, nada más abrir la puerta con mi llave.

—Buenas tardes, princesa. ¿Qué tal todo en el cole? —le preguntó mi padre.

—Pues como siempre, salvo porque me he peleado con Miriam. Me ha dicho que su padre es más guapo que el mío, y yo le he dicho que me alegraba

por ella, porque como el mío no sé cómo es… —dijo la niña, encogiéndose de hombros.

—Y ella, ¿cómo lo sabe? —le preguntó Raúl.

—Se piensa que tú eres mi padre, o eso me dijo, y entonces, le contesté que más quisiera ella. Si eres hasta más guapo que mi abuelo, que ya es decir —dijo, haciendo reír a todos.

—Dafne, no me gusta que te pelees con nadie, cuanto menos por tonterías de ese tipo. Cada uno es como es, el físico tan solo es un envoltorio, lo importante está dentro de las personas —le dije a mi hija, pues no me gustaba que fuera tan superficial como la tal Miriam y su madre.

—¿Esa Miriam era la niña que estaba con la mujer de esta mañana? —me preguntó Raúl.

—La misma, que, además, es igualita que su puñetera madre, tanto de entrometida como de superficial —le comenté, una vez que estuvimos a solas, ya que mi hija fue con mi padre a quitarse el uniforme y mi madre bajó a comprar el pan.

—Me parece que va a haber que darle un buen corte a esa mujer. Más fuerte del que le dimos esta mañana —me respondió él.

—No merece la pena, créeme. A palabras necias, oídos sordos. ¿Acaso no crees que van al supermercado por el simple hecho de cotillear? Casi todos los días, lo que ocurre es que yo no les hago caso, me limito a hacer mi trabajo, nada más.

—Cuando he ido a recoger a Dafne, el mismo corrillo de la mañana se han intentado acercar a mí, pero yo, en el momento en el que me di cuenta de sus intenciones, me di la vuelta y les di la espalda —me contaba Raúl.

—Como entres al trapo, pobre de ti, porque no te van a dejar tranquilo. Que se lo digan a mi padre, que lo acribillan en cada cumpleaños al que lleva a

mi hija. Ha terminado por dejarla en el local e irse a la calle hasta que yo llego, por si le ocurre algo —le conté, y soltó una carcajada.

Capítulo 15



Raúl

Había llegado el día del viaje, y tanto la niña como Mónica se quedaron en mi casa a dormir esa noche. Nos levantamos temprano, nos pusimos ropa cómoda para viajar, y bajamos a desayunar.

—Estoy de lo más nerviosa —dijo la pequeña Dafne.

—No tienes por qué estarlo, preciosa. Lo vamos a pasar genial, ya lo verás —le contesté.

—Es que nunca he viajado en avión, y me da un poquitito de miedo, pero muy poquito, eh, no te vayas a pensar que soy una cobarde — respondió la niña, y solté una carcajada. Solo ella podía estar preocupada por eso.

—¿Tú, una cobarde? Pero si eres la niña más valiente que conozco. Eso no lo podría pensar en la vida, cariño —le dije, ante la atenta mirada de Mónica.

—Ojalá y fueras tú mi padre, en vez del otro, que es más feo que pegarle a un padre con un calcetín sudado —murmuró, pero tanto su madre como yo nos dimos cuenta.

—¿Tú cómo sabes que es feo? —le preguntó la madre, preocupada.

—Es que… me dijo que no te dijera nada, pero el otro día fue al colegio, y traía a un niño pequeño, que me dijo que era mi hermanito…

—¿Perdona? En cinco años no da señales de vida y ahora, de repente, ¿se cuela en el colegio? Es que no me lo puedo creer, de verdad. ¿Qué más te dijo? Dafne, no quiero que me ocultes nada, y mucho menos una cosa así —le dijo Mónica a su hija, enfadada.

—Vamos a tranquilizarnos, por favor. Venga, ahora durante el vuelo, le cuentas a tu madre absolutamente todo, no quiero que te dejes ni una coma. Y, si vuelves a ocultar una cosa así, te prometo que no vendrás más con nosotros, nos iremos tu madre y yo, solos —le dije, y eso era lo peor que se le podía decir, puesto que, para ella, que la incluyeran en los planes era sinónimo de cariño.

Salimos de la casa en un taxi, que sería el encargado de llevarnos hasta el aeropuerto. La cara de Mónica era un poema, pues se mezclaba la pena con la preocupación. La de la niña no era menos, pues ella arrastraba el sentimiento de culpa de no haberle contado nada a su madre.

Embarcamos en cuanto llegamos, ya que había elegido asientos de primera clase. No era un vuelo largo, pues no sería más de cuarenta y cinco minutos o una hora, pero quería que ambas fueran cómodas.

—Ahora es el momento de que nos cuentes todo, Dafne —le dije, una vez que estuvimos instalados y el avión había despegado.

—Fue la semana pasada… el día que me peleé con Miriam. Estábamos en el recreo y alguien me avisó de que me estaban llamando desde la verja. Como la seño no nos deja acercarnos, dije que iba a hacer pipí, y me acerqué…

—¿No se te ocurrió que te podía haber llevado con él y no ver más ni a los abuelos ni a mí? —le dijo su madre, y la niña se echó a llorar.

—Me dijo que era mi papá, y que ese bebé era mi hermano. Que quería conocerme y que iba a hacer todo lo posible para que pudiera pasar tiempo con él. También me dijo que no te dijera nada, porque entonces tú buscarías

unos abogados y no dejarías que yo lo viera, ni a él ni a mi hermanito. Yo solo quería conocer a mi padre, mami, pero no me quiero ir con él nunca, me quiero quedar con vosotros —dijo la niña, sin dejar de llorar.

—No llores, mi amor. Te prometo que eso no sucederá nunca, pero no puedes ocultarnos cosas así. Cuando estemos de vuelta, buscaremos unos buenos abogados que no permitan eso —les dije, pero más para la madre que para ella.

Cuando la niña se quedó dormida, debido al llanto, vi como Mónica se secaba las lágrimas del rostro, y me volví hacia ella.

—No lo voy a permitir, Mónica, no podrá hacer lo que él quiere —le dije, tomando sus manos y acariciándolas.

—Tiene mucho dinero, Raúl. Yo no tengo nada. En cuanto el juez vea su situación y la mía, no dudará en quitármela. Mucho más cuando yo tenga que llevar un abogado de oficio —me dijo, llorando a mares.

—¿Abogado de oficio? Eso no va a ser posible, no mientras yo esté a vuestro lado. Buscaremos los mejores abogados de familia que haya en la ciudad, no nos vamos a quedar de brazos cruzados.

—Ese acercamiento tiene que llevar asociado otro motivo, Raúl. ¿A qué viene ahora ese interés? ¿Y llevar al niño? No entiendo nada, pero algo está ocultando, eso sí que lo tengo claro —me dijo, secándose las lágrimas para que la niña no se diera cuenta.

—Ese puente lo cruzaremos cuando volvamos. Ahora, vamos a disfrutar con la niña de este fin de semana que tenemos por delante —le dije, y la besé en los labios.

Nos fuimos hasta mi hotel, donde tenía toda una planta para mí y mis invitados. Desde que me hice cargo de él, vendí mi casa y vivía allí. Para mí era mucho más fácil, ya que lo tenía todo a la mano, y no tenía que ir de un lado para otro.

—Buenos días, señor Orihuela. Ahora mismo aviso para que bajen por su equipaje —me dijo la chica de la recepción.

—Buenos días, Claudia, no hace falta, ya lo subimos nosotros. Lo que sí quiero que me preparen es la sala de reuniones. En un par de horas vendrán a buscarme, quiero que me avisen y lo lleven allí, donde lo atenderé —le dije y ella fue tomando nota.

—¿Vivías aquí? —me preguntó la niña, completamente sorprendida.

—¿Te gusta? No es tan bonito como mi casa de tu ciudad, pero aquí también se está bien —le respondí, acariciando su pelo.

—Me encanta, pero es verdad lo que dices, la de allí es mucho más bonita, con su jardín, su piscina. Tengo unas ganas de que llegue el verano para poder bañarme…

—¿Quieres bañarte en la piscina? ¿Habéis traído bañador? —les pregunté.

—¿Cómo vamos a traer bañador con el frío que hace? — dijo la niña.

—No os preocupéis por eso, ahora mismo aviso a Claudia y os sube unos de la boutique del hotel. Aquí tenemos piscina climatizada, de interior…

—¿De verdad voy a poder bañarme en enero? Los de mi clase no me van a creer. Mami, me tendrás que hacer un montón de fotos para que me vean —le dijo la niña a su madre, que la miraba con todo el amor del mundo.

Cuando bajé a la reunión las dejé a las dos disfrutando de la piscina, y quedé en que pasaría a buscarlas cuando terminara, ya que no pensaba que me llevara más de una hora, hora y media como mucho.

Nada más pasar por la recepción, me lo encontré, con una cara que parecía diez años más mayor que la última vez que lo vi. Mi hermano Iker, preguntando por mí, donde podía localizarme, pues se había enterado que estaba en la ciudad.

—¿Te ocurre algo, Iker? —le pregunté, acercándome a él por la espalda.

—¡Hermanito! Menos mal que te encuentro. Necesito hablar contigo…

—Ahora no puedo, Iker, tengo una reunión, que para eso he venido —le respondí.

—Raúl, es una cuestión de vida o muerte. Te aseguro que, si no fuera eso, no estaría ahora mismo aquí —me dijo, con un tono de preocupación que me alertó.

—Está bien, espérame en el bar, en cuanto salga de la reunión me acerco a hablar contigo —le dije.

—¿No puedo esperarte arriba, en tu suite?

—No, porque no he venido solo y no quiero que Mónica se sienta intimidada con un hombre que no conoce.

—Así que Mónica, ¿eh? Con ese nombre tiene que ser de lo más exótica.

—Sí, claro, como que no es un nombre de lo más común. No empieces, Iker, o al final te marcharás de aquí sin hablar conmigo —le dije, pues ya conocía su manera de actuar.

—Tranquilo, hermano, que ya me callo. Te espero allí, no tardes, por favor —me dijo.

Entré a la sala de reuniones, donde me estaba esperando el gerente de la empresa proveedora de los suministros del hotel, y con quién iba a negociar los del nuevo, esperando llegar a un acuerdo, puesto que no tenía problema ninguno.

Una hora después había salido de la reunión, con un acuerdo firmado. Como me esperaba mi hermano y no sabía el tiempo que tardaría con él, le escribí un mensaje a Mónica, para que se reuniera con nosotros en el restaurante.

Raúl: *Mi amor, ha venido mi hermano de improviso. Reúnete con nosotros en el restaurante, así comemos juntos.*

Mónica: *Si quieres hablar a solas con él, no te preocupes por nosotras, que nos vamos a comer las dos.*

Raúl: *Para nada, si no bajáis, subo a por vosotras. Nada va a hacer que no cumpla mi promesa de pasar el tiempo juntos.*

Capítulo 16



Mónica

Recibí ese mensaje y una sonrisa me salió sola, no fue por lo que dijo, sino por la manera en la que contaba con nosotros, en la que nos incluía en sus planes.

—Dafne, venga, date una ducha y vístete, que nos están esperando en el restaurante —le dije a mi hija, pues yo ya me había duchado.

—Voy, mamá. ¿Me puedo vestir cómoda o tengo que vestirme para salir?

—Puedes vestirte para salir, pero cómoda. No hace falta que te pongas como la que va de boda —le contesté, negando con la cabeza.

—Mira, será mejor que me elijas tú la ropa, así no tengo que aguantar luego que me digas que no sé vestirme, que parece que voy a una fiesta de disfraces —me contestó, haciendo que me saliera una carcajada.

—Anda, petarda, tira para la ducha y cuando salgas, tendrás la ropa encima de la cama.

La suite de Raúl era como un pequeño apartamento, en el que había dos habitaciones independientes, cada una con su baño, una pequeña cocina, que era más que nada para calentar algo en el microondas, porque estaba completamente segura de que la comida se la subían del restaurante del hotel.

También contaba con un salón y una preciosa terraza desde la que se podía divisar el mar.

Me vestí con unos pantalones de esos calentitos y un jersey abrigadito de cuello a la caja. Lo combiné con unas botas de mediacaña y cogí mi abrigo, junto a mi gorro y mi bufanda, por si acaso salíamos del hotel.

Para Dafne le cogí unos leggins de esos de pelitos por dentro, junto a un jersey tipo vestido y sus botas de pelitos. Así mismo, le cogí su chaquetón largo y su conjunto de gorro y bufanda preferidos.

—Mami, ya he salido del baño —me dijo, con una toalla liada en la cabeza.

—Ven aquí para secarte el pelo, o terminarás cogiendo una pulmonía —le respondí.

Entramos en su baño de nuevo, donde, con el secador que había sujeto a la pared, le sequé el pelo. Mi hija no tenía el pelo muy largo, ni muy gordo, más bien finito, por lo que no tardé más de cinco minutos en que lo tuviera seco. Se lo recogí en una trenza, que a ella le encantaba, y la ayudé a vestirse, porque eso sí, mi hija se tomaba las cosas con mucha calma.

—O te ayudo a vestirte, o bajaremos para la cena, en vez de para la comida —le dije, y ella puso los ojos en blancos.

—Tampoco eres tú exagerada ni nada —me contestó.

Cinco minutos después estábamos las dos en el ascensor, bajando hasta donde estaban Raúl con su hermano esperándonos. Estaba un poquito nerviosa, la verdad, porque me resultaba violento inmiscuirme en sus asuntos familiares, pero había sido él quien había insistido.

—Buenas tardes —dije, al llegar a la mesa donde estaba mi chico con su hermano.

—Hola, cariño. Sentaos, por favor. Mirad, este es mi hermano, Iker —me dijo y vi como ese hombre, que debía tener mi edad, más o menos, me miraba de una manera que no me gustó nada, con una mezcla de desprecio y lujuria.

—¿Cariño? Pensé que íbamos a comer a solas, sin interrupciones de ninguna mujer, mucho menos con una niña —dijo su hermano.

—Pues, si no te viene bien, ya sabes dónde está la puerta. Eres tú el que has venido a interrumpir mis planes, no yo los tuyos —le dijo Raúl, muy tranquilo.

—Será mejor que me vaya, no te preocupes, Raúl, voy a dar un paseo con la niña y comeremos en alguna hamburguesería, así puedes hablar con tu hermano con tranquilidad —le dije, sin llegar a sentarme.

—Ni se te ocurra, Mónica. Estoy aquí contigo, no con nadie de mi familia —me contestó Raúl.

—Por favor, no me pongas en esta tesitura, es lo mejor para todos, de verdad. Cuando termines, me llamas y te digo donde estamos —le contesté, de manera suplicante.

—Está bien, pero no os vayáis muy lejos, que en media hora estoy con vosotras. Id yendo para la hamburguesería que hay en la acera de enfrente, que enseguida estoy allí —me dijo, y supe que no tendría nada que hacer.

Salimos de allí y cruzamos la calle hasta la hamburguesería que nos había dicho Raúl. Nos sentamos en su interior, ya que fuera hacía un frío que pelaba.

—Mamá, no me gusta ese hombre que estaba con Raúl —me dijo Dafne.

—A mí tampoco, cariño, pero es su hermano —le dije.

Aproveché que estábamos las dos a solas para indagar un poquito más en el tema de su padre. La niña me aseguró que tan solo fue una vez, que ya no había ido más, y que el niño, su hermano, parecía que estaba malito. No supo

decirme nada más, pero sí que no era como otros bebés, que su padre le dijo que tenía un año, pero que parecía mucho más pequeñito.

Media hora después, llegó Raúl, con una cara que denotaba el enfado que tenía, pero no quise preguntar, no al menos, delante de la niña. Pero no me hizo falta, pues en cuanto terminamos de comer, Dafne se fue a jugar a un pequeño parque de bolas que había en el recinto, junto a otros niños que ya estaban allí.

—No entiendo a mi hermano, te lo juro. No se puede tener menos vergüenza que él — dijo Raúl.

—Te veo enfadado —le respondí.

—Furioso, más bien, pero no tengo ganas de hablar de ello. Hagamos como que no ha venido hoy y sigamos con todos nuestros planes, como si no existiera —me dijo, y respeté su deseo cambiando de tema.

Salimos de la hamburguesería y nos fuimos a dar un paseo por el centro de la ciudad, donde estaba el hotel. El casco antiguo era precioso, pero nuestra ciudad cabía en un solo barrio de ahí. Dafne miraba todo con mucha atención, y lo que le dijo Raúl la terminó de emocionar.

—Creo que nos vamos a volver al hotel, porque mañana vamos a ir a Port Aventura, que está aquí al lado. Le diré a la chica de recepción que nos reserve un coche para que nos recoja temprano, y que nos saque el pase para no tener que esperar en las atracciones. ¿Qué te parece, Dafne? —le preguntó Raúl, y la niña empezó a pegar saltos de alegría.

—¿En serio? Que sepas que eres el mejor novio del mundo. Si mi madre se pelea contigo, me esperas, que yo seré tu novia —le respondió la niña.

Entramos de nuevo en la suite, y Dafne fue directa a la que consideraba su habitación, se puso el pijama calentito y se sentó en el sofá con su Tablet, a ver dibujos animados.

—Dafne, puedes ponerlo en la televisión, cariño —le dijo Raúl, que hizo lo mismo que ella, pues ya no íbamos a salir más.

—Es por si vosotros queréis ver algo, a mí no me importa verlos en la Tablet, de verdad —le dijo la niña.

—No, mi amor, tu madre y yo nos vamos a tomar un café en la cocina —le respondió él, y entonces, la niña dejó el dispositivo encima de la mesa y encendió la televisión.

Nos sentamos en la mesa con un café cada uno por delante, así como con unas pastitas, viendo como la niña estaba sentada mirando los dibujos animados.

—He estado hablando con Dafne sobre la visita de su padre —le dije.

—¿Qué te ha contado?

—Me ha dicho que solo fue una vez, y que el niño parecía más pequeño de lo que era. No sé si ese será el motivo por el que quiere tener contacto con la niña —le dije.

—He contratado a un detective privado. Esta mañana hablé con Jaime, y él se ha encargado de todo. En unos días tendremos el primer informe sobre Martín, y de eso, podremos intuir, si no es que lo sepamos a ciencia cierta, el motivo de su acercamiento —me dijo, y no sé por qué, pero suspiré con tranquilidad.

Raúl mandó que nos subieran la cena. La niña quería pizza, y él le dijo que iba a probar la mejor que comería en su vida, puesto que el cocinero era italiano y hacía hasta la masa casera.

—Verás como te vas a chupar los dedos, mi niña —le dijo Raúl, en cuanto llamaron a la puerta los del servicio de habitaciones.

—Huele que alimenta, Raúl —le dije yo.

—Pues mejor sabe, te lo garantizo. Gracias, Óscar —le dijo al camarero que nos la sirvió en la mesa del salón.

—A usted, señor Orihuela — contestó él, cogiendo la propina que le había dado Raúl, con una sonrisa.

Capítulo 17



Raúl

—¿Se puede saber a qué coño has venido? —le dije a mi hermano, furioso por como había tratado a Mónica y a la niña.

—No sabía que tenía que pedir audiencia para hablar con mi hermano —me contestó.

—Si fuéramos dos hermanos normales, pues no, pero tratándose de ti y de mí, lo más lógico es que me hubieras llamado, para avisarme, al menos.

—No veo que la zarrapastrosa esa y la bastarda de su hija hayan tenido que hacer nada de eso. No te negaré que está buena, porque lo está. Cuando te canses, dale mi número de teléfono, que un buen polvo sí que tiene —me dijo, y me levanté con la intención de darle un puñetazo, pero me contuve, no quería montar un numerito allí mismo.

—Si te vuelves a dirigir a ellas de esa manera, tu siguiente visita va a ser al dentista, porque te pienso dejar sin dientes —le contesté, furioso.

—Está bien, lo siento ¿vale? Acepta mis disculpas, por favor. Lo que tengo que pedirte es serio, dejemos todo a un lado, te lo ruego —me dijo, y noté como cambió el tono, por lo que deduje que sería fuerte lo que me tenía que contar.

—Venga, dime ya lo que me tengas que decir, que no tengo tiempo. Mis chicas me están esperando.

—Tengo un problema muy gordo, Raúl. Necesito tu ayuda, de manera urgente, o cientos de familias se verán en la calle.

—¿De qué estás hablando, Iker?

—De la empresa. Hice una mala inversión con dinero de la empresa, y ahora no tengo para pagar los sueldos ni los seguros sociales de los empleados. Si no me ayudas, me tendré que declarar en quiebra y en concurso de acreedores —me soltó, como el que me decía que si no le dejaba un pantalón se tendría que poner un chándal.

—Yo no tengo dinero para eso. He comprado el edificio del segundo hotel, y he tenido que pedir un préstamo para poder llevar a cabo las reformas. Pero, aunque lo tuviera, no te dejaría nada, mucho menos así, a la ligera.

—Pues pides otro préstamo, es sencillo.

—Pídelo tú, si lo ves tan fácil —le contesté.

—No me jodas, Raúl. Este hotel da muy buenos beneficios, no me creo que no tengas ese dinero…

—Los mismos beneficios que da la empresa que estás gestionando, si no te lo tiraras en tus vicios y en mujeres. Sienta la cabeza de una puta vez, Iker.

Me levanté de esa mesa y salí de allí con un cabreo que era evidente. Crucé la carretera, intentando calmarme por el camino, pero el trayecto era demasiado corto como para que eso sucediera.

Pasamos la tarde juntos, y nos marchamos al hotel temprano, pues tenía otros planes. Esa mañana nos levantamos temprano, teníamos un coche en la puerta esperándonos, para llevarnos a Port Aventura.

Cuando llegamos allí y la niña vio el parque de atracciones, no sabía como cerrar la boca, mientras miraba a uno y otro lado, sin saber a dónde quería ir primero.

—Es precioso, Raúl. Gracias por traerme —me dijo, completamente emocionada.

—No tienes que agradecer nada, preciosa. Tan solo tienes que disfrutarlo, y para eso, dime donde nos montamos primero. Eso sí, en las atracciones en las que puedas subirte por tu edad y altura —le dije, cogiéndola en brazos.

—Creo que en aquella de allí me puedo montar. Venga, vamos —me dijo, para darme a continuación un beso en la mejilla.

La mañana transcurrió de una manera rápida y completamente entretenida. Cuando quisimos darnos cuenta, era ya la hora de comer, por lo que nos pusimos en la cola de uno de los restaurantes del interior del recinto.

—Esperadme aquí un momento, enseguida vuelvo —les dije, y salí porque había visto una sudadera para Dafne que sabía que le iba a encantar.

Entré en la tienda y no solo compré eso, si no que salí de allí cargado de bolsas, tanto para la niña como para la madre, a la que le compré una pulsera que me encantó.

—¿Dónde vas, alma de cántaro? ¿Has dejado algo en la tienda? —dijo Mónica, y soltó una carcajada.

—Entré para comprar una sudadera que había visto, y terminé comprando todo lo que me ha gustado. Eso sí, no lo abriremos aquí, sino en el hotel, donde lo podréis ver con mayor detenimiento —le contesté, y asintieron con la cabeza.

—Raúl, eres muy bueno, y no quiero que te vayas nunca de nuestro lado —me dijo la niña, dándome un abrazo.

—No seas pelota, Dafne —le dijo su madre, que estaba viendo, al igual que yo, que ambos nos estábamos encariñando con el otro.

—No es peloteo, mamá. Es que lo siento así.

—Ya lo sé, cariño, y me da miedo que la cosa no salga bien y lo pases mal —respondió su madre, esta última parte casi en un susurro, por lo que le cogí la mano y le di un apretón.

—Eso no va a pasar, así que no pensemos de esa manera. Lo nuestro acaba de comenzar, y el tiempo dirá a donde nos va a llevar —le respondí.

Seguimos disfrutando del parque, eso sí, yo cargando con todas las bolsas, hasta que llegó la hora del cierre, en la que volvimos a llamar al chófer para que nos recogiera.

Llegamos al hotel y al bajarnos del coche la escuché, como si estuviera pregonando algo, lo que me sorprendió enormemente, porque ella solía mirar muchos las apariencias.

—¡Tú! No me puedo creer que le hayas negado la ayuda a tu hermano, y, sin embargo, tengas dinero para los caprichos de estas dos…

—No sigas, o te arrepentirás de esas palabras para el resto de tus días —le dije, a modo de advertencia.

—Tú sí que te vas a arrepentir de lo que estás haciendo. Dejarás en la calle a cientos de familias…

—Yo no voy a dejar en la calle a nadie, puesto que no soy el que ha dirigido esa empresa. La mía, la que yo dirijo, va a las mil maravillas —le respondí.

Noté como Mónica quería entrar en el hotel, pero no la dejé. No me avergonzaba de ella, por lo que la mantuve a mi lado, sujetándola de mi mano, fuertemente.

—Tienes que hacer algo, Raúl. El legado de la familia está en juego, no puedes consentir que se pierda —me volvió a decir.

—No te prometo nada, pero en caso de que me decida a hacer algo, no será un préstamo, no será un dinero a fondo perdido, será una compra de parte de la empresa, dependiendo de la cantidad de dinero que tenga que desembolsar y, por supuesto, mi hermano estaría fuera de la gerencia, que ocuparía alguien de mi entera confianza —le contesté a mi madre, que se llevó las manos a la cabeza.

—¿De qué estás hablando? Tu hermano no puede desaparecer de la empresa, es la cara visible, el que representa a la familia —me dijo furiosa.

—Precisamente por eso. No puede ir de escándalo en escándalo, ya nadie lo toma en serio y no pienso arriesgar mi patrimonio por su culpa. Lo que tiene que hacer es dejar a todas esas amantes y centrarse en su familia, apartar las fiestas, los vicios y el juego, solo entonces volverá a conseguir la credibilidad que necesita —le dije.

¿Cómo terminó la conversación? Pues mi madre por un lado y yo por otro, con puntos de vistas completamente distintos y con ella soltando sapos y culebras por la boca, despotricando sobre mi persona y la gente de la que me rodeaba.

—Me parece que a tu familia no le hemos caído muy bien —me dijo Dafne, con preocupación.

—Uy, cariño, a mi familia no le caigo bien ni yo, así que ni te preocupes por eso. Digamos que son un tanto peculiares, que solo miran por las apariencias —le contesté.

—Dafne, mi amor. ¿Nos puedes dejar a solas? Tengo que hablar con Raúl cosas de mayores —le dijo Mónica a su hija, que asintió, saliendo del salón para ir hasta su habitación, donde se encerró con la Tablet.

—Tú dirás, pero antes, quiero que tengas clarísimo, que la opinión de mi familia me la trae al pairo. Dicho esto, dime lo que necesites —le dije,

tomando sus manos después de sentarnos en el sofá.

—Esto ya lo he vivido antes, concretamente con el padre de Dafne, y al final, la que salió perdiendo fui yo…

—Ni yo soy como el padre de Dafne, ni tú vas a salir perdiendo.

—Es que, ya no sería solo yo, ahora también está la niña, que se ha encariñado contigo. No podría soportar verla sufrir. Tan solo te voy a pedir una cosa: si lo nuestro no funciona, si llega un momento en el que tengamos que terminar, no lo pagues con la niña, por favor —me dijo, preocupada.

—Esa niña no es de mi sangre, pero es como si lo fuera —le contesté.

Capítulo 18



Mónica

Era la hora de volver a casa, y tenía tantas ganas como miedo. Miedo a enfrentarme a la realidad, pues, salvo los momentos puntuales en los que tuvimos esa especie de enfrentamiento con la familia de Raúl, habíamos pasado un fin de semana fantástico.

Raúl habló con Dafne, le fue contando que su familia no interferiría en lo que sentía por ella, como tampoco lo haría en la relación que ambos compartían. Mi hija se quedó algo más tranquila por lo que le dijo, pero no del todo, pues seguía con algo de preocupación.

Llegamos a mi casa, pues mi hija quería que esa noche durmiéramos todos juntos aquí, le costaba separarse de Raúl, y él no dudó en consentirla. Me daba la impresión de que la iba a mimar demasiado, y no en cosas materiales, que también, y lo había demostrado durante todo el fin de semana.

—Estoy derrotada, mami. Pide algo de comer que no tarde mucho, porque me muero de sueño —me dijo, yendo hasta su habitación para coger su ropa y darse una ducha.

—¿Qué te apetece, cariño? —le preguntó mi chico a la niña.

—Me da igual, con que no tarde más de quince minutos, me conformo —dijo la niña, haciendo que soltáramos una carcajada.

—Pues voy a pedir McDonalds, entonces —le dijo él, mientras ella bailaba de camino a la ducha.

—La consientes demasiado, Raulito, y yo no puedo hacer tanto —le dije, a modo de riña.

—Tú no puedes, de momento, pero para eso estoy yo. Además, quisiera proponerte algo —me dijo, y lo miré extrañada.

—Miedo me dan tus propuestas. Dale, a ver con qué me sorprendes —le contesté.

—Quiero que cuando esté el nuevo hotel abierto, dejes el supermercado y te vengas a trabajar conmigo. En la recepción, en horario de mañana y de lunes a viernes, para que el resto del tiempo lo pases con Dafne —me dijo, y no supe que contestar.

—La verdad, no sé qué decirte.

—No tienes que decirme nada ahora, tienes tiempo para pensarlo —dijo, mientras yo asentía con la cabeza.

Justo estaba saliendo Dafne de su habitación, ya con su pijama nuevo puesto, uno que le había comprado Raúl en el parque, a juego con su bata y las zapatillas.

—Ve a ducharte tú mientras yo pongo la mesa, para que cuando venga la comida, ya esté todo listo —le dije a Raúl, ya que él tardaba menos tiempo que yo.

—No, prefiero ayudarte a poner la mesa y ducharme después, cuando ya hayamos cenado —me dijo, guiñándome un ojo, y supe lo que me quería decir.

—Está bien, ve llevando los platos y los vasos, por favor —le dije, aguantando la risa.

La niña, en el momento en el que terminó de comer, ni siquiera se sentó en el sofá, directamente se fue a su habitación, preparó el uniforme para el día siguiente, metió su desayuno en la mochila, y se metió en la cama.

—Que tengas dulces sueños, mi niña —le dijo Raúl, dándole un beso en la cabecita.

—Que descanses, mi amor —le dije yo, saliendo de su habitación y cerrando la puerta.

Nos fuimos a la cocina para recoger todo y meterlo en el lavavajillas, pero no nos dio tiempo a más, pues Raúl me acorraló contra la encimera, besando mi cuello, que sabía que me volvía loca.

—Será mejor que nos vayamos a la ducha —me dijo, susurrando en mi oído, mientras me mordisqueaba el lóbulo de mi oreja.

—Ya sé yo el tipo de ducha que quieres que nos demos — contesté, riendo.

Entramos en el cuarto de baño de mi habitación, cerrando la puerta tras nosotros, por si acaso a Dafne le daba por entrar, que no era lo común, ya que, aunque estuviéramos las dos solas, le enseñé que antes se llamaba a la puerta.

Para empezar, nos tiramos el uno en la boca del otro, besándonos con hambre, como si nuestra sed se pudiera saciar con esos besos. Poco a poco la ropa fue cayendo a nuestros pies hasta terminar completamente desnudos.

Esa ducha fue el preámbulo de la noche que nos esperaba, pues estuvimos perdiéndonos en el cuerpo del otro hasta bien entrada la madrugada. Siempre me pasaba lo mismo con Raúl, era como si no tuviera suficiente de él, como si necesitara más y más, a pesar de terminar completamente saciada en cada encuentro.

Cuando sonó el despertador me quería morir, pues no habíamos dormido más de tres o cuatro horas. Ese día me levanté como si tuviera piedras en los pies. Por suerte para mí, mientras yo ayudaba a Dafne con su uniforme y su peinado, Raúl fue preparando el desayuno para los tres.

—Con lo bien que he estado durante todo el fin de semana, y ahora tengo que volver a verle la cara a Montse —dije, poniendo carita de pena.

—Bueno, piensa en mi propuesta y verás que ya te queda menos para perderla de vista.

—Además de todo eso, tengo en mi cabeza la aparición de Martín. Algo me dice que hay una intención detrás de todo, y no pienso parar hasta averiguarlo, así me tenga que dejar la vida en ello —le dije a Raúl.

—En cuanto llegue a mi casa, me pondré en contacto con el detective, a ver si ha podido averiguar algo. Te recojo a la salida del trabajo y te cuento —me respondió.

—¿Hoy también me recoges tú? —le preguntó Dafne a Raúl.

—Hoy no puedo, preciosa, porque tengo una reunión y no sé si terminaré a tiempo, pero mañana, seguro que lo hago —le contestó.

—Además, llevas muchos días sin ver al abuelo, seguro que te echa de menos y tiene muchas ganas de verte —le dije, para que no se pusiera triste.

—Y yo a él. Me muero por darle un beso y un abrazo —contestó, mientras se ponía el chaquetón antes de salir.

Tras dejar a la niña en el colegio, ante los murmullos y cotilleos de las de siempre, me dejó en la puerta de mi trabajo, dándome un beso en los labios, antes de que me bajara del coche.

—Te recojo cuando termines tu horario y comemos juntos —me dijo.

—Perfecto. Ahora me toca enfrentarme a la fiera —le contesté, y soltó una carcajada.

Dicho y hecho, tal y como puse un pie en el supermercado, allí estaba ella, esperándome, con cara de perro mojado.

—Buenos días, Montse. ¿Qué tal el fin de semana? —le pregunté, intentando sonar cordial.

—No mejor que el tuyo, pero desde ya te digo que te prepares, porque te vas a enfrentar a la peor semana de tu vida —me dijo con desprecio.

—Si eso ocurre, ya me enfrentaré a ello con la mejor de las sonrisas —le contesté, aunque por dentro estaba de lo más nerviosa.

—Uy, no creo, chica, porque te vas a quedar sin lo que más quieres, y yo ayudaré a ello. Por fin se va a hacer justicia —me contestó, y se marchó, dejándome allí con el alma partida, porque lo que más quería era a mi hija.

La mañana se me hizo eterna, esperando que, en cualquier momento apareciera alguien que me dijera que tenía que entregar a mi hija o que le había pasado algo. Sentía una presión en el pecho que casi me impedía respirar, pero no le iba a decir nada a nadie, no quería que Montse me viera vulnerable y por ello, tenía puesta como una careta.

En cuanto terminó mi jornada laboral, lo primero que hice fue coger mi teléfono del bolso que tenía en la taquilla y llamar a mi padre.

—¿La niña está bien? —pregunté, algo acongojada.

—Perfectamente, en el salón jugando, esperando a que llegues para comer —me contestó mi padre, y os juro que respiré tranquila, por primera vez en toda la mañana.

—Gracias a Dios —murmuré, más para mí que para nadie.

—Mónica, ¿ocurre algo? —me preguntó él, preocupado.

—No dejes a la niña sola y, por favor, cualquier cosa que recibáis o que notéis, que esté fuera de lugar, llamad a la policía. Ahora os cuento en cuanto llegue a casa, no quiero hacerlo por teléfono —le dije, y corté la llamada.

Salí de allí sin volver a ver a Montse, y eso me tranquilizó, pues demasiado tenía encima como para tener que aguantar también sus comentarios malvados, su mirada de desprecio y su tono al decirme las cosas.

—¿Te ocurre algo, Mónica? —me preguntó Raúl, preocupado.

—Vamos a casa de mis padres, por favor. Allí os lo explico a todos a la vez —le dije, y él no entró en más detalles, sino que puso rumbo a donde le había dicho.

Raúl conducía con el ceño fruncido y en completo silencio. Me había dicho que iba a contactar con el detective privado, pero me daba miedo preguntarle si lo había logrado, enfrentarme a lo que Martín se traía entre manos.

Capítulo 19



Raúl

Lo primero que hice al llegar a mi casa y entrar en mi despacho, fue ponerme en contacto con el detective privado que había contratado para investigar a Martín.

—Buenos días, señor Álvarez. Soy Raúl Orihuela, y me gustaría saber si hay alguna novedad al respecto del caso que le encargué —le dije.

—Buenos días, señor Orihuela. Pues sí que tengo novedades, pero no me gustaría tratarlas por teléfono. Iba a contactarle para citarnos. ¿Dónde y cuándo podemos vernos? —me dijo.

—Si le parece bien, le paso la ubicación de mi casa y podemos vernos en una hora —le dije.

—Perfecto. Allí estaré, pues tengo mucho que contarle —me contestó.

Esa hora se me hizo eterna, pues por mi cabeza pasaron todos los escenarios posibles, desde los más débiles hasta los más fuertes, y no sabía como sentirme ni como actuar delante de Mónica cuando se lo tuviera que contar.

Transcurrido ese tiempo, llamaron a la puerta y me levanté como un resorte, pues no os podéis imaginar las ganas que tenía de conocer todo lo que

ese hombre estaba maquinando.

—Buenos días, señor Álvarez. Pase a mi despacho, por favor —le dije, indicándole el camino.

—Buenos días. Preferiría que me llamara por mi nombre de pila, porque tengo la impresión de que nos vamos a ver muy a menudo —me dijo.

—Está bien, en ese caso, yo soy Raúl —le respondí.

Nos sentamos, cada uno en un lado del escritorio, y vi como Mario sacó una carpeta que contenía todo lo que había investigado, con fotos y distintos documentos.

Me lo tendió para que le echara un primer vistazo, y lo que vi me dejó completamente contrariado, pues no entendía nada.

—Esa misma cara es la que puse yo cuando lo descubrí —me dijo él.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver Montse con este hombre? —pregunté.

Mario me contó que eran grandes amigos, que en el pasado habían tenido una relación, que se cortó con la aparición de Mónica, y ahí entendí la inquina que le tenía a mi chica.

Ella era la encargada de poner al día a Martín de todo lo referente a la niña, desde el colegio en el que estaba hasta sus hábitos. Mi aparición había sido una contrariedad, puesto que ellos estaban planeando quitarle a la niña, alegando un ambiente familiar, ya que su padre estaba casado y tenía otro hijo.

—Lo que no me cabe en la cabeza es el motivo por el que quiere a la niña después de tanto tiempo sin querer saber nada de ella —le dije.

—Ahí es donde entro yo. Su hijo tiene una enfermedad de esas consideradas raras, y necesita la sangre de un hermano para encontrar una cura —me dijo, y os prometo que me quedé helado.

—Entonces… ¿ese es el motivo por el que se ha acercado a la niña? ¿No es por cariño real? Cuando Mónica se entere no sé cómo va a reaccionar.

—Si me aceptas un consejo, yo iría buscando ya a los mejores abogados para que se encarguen del tema. Yo, por mi parte, seguiré investigando. Toma, quédate con el dosier como prueba —me dijo, despidiéndose de mí.

Casi sin darme cuenta, y entre los documentos que me había facilitado Mario, llegó la hora de ir a buscar a Mónica. No sabía cómo le iba a contar todo lo que había descubierto el detective, pero tenía que hacerlo.

Antes de salir, llamé a Jaime, para que se pusiera en contacto con nuestros abogados y que nos aconsejaran algún bufete de familia, pero no uno cualquiera, quería al mejor, me costara lo que me costase.

—Dile que quiero al mejor, a uno que despedace a ese tipo, que tan solo se ha acercado a la niña por interés —le dije a Jaime.

—No me puedo creer que haya gente tan mala, que considere que hay hijos de primera y de segunda — contestó Jaime.

—¿Y lo dices tú? Como si yo no lo hubiera vivido en mis propias carnes. Por eso mismo no quiero que Dafne se vea envuelta en una guerra como esa —le respondí.

—Pero no es lo mismo, tu madre no te ha buscado para salvar la vida de tu hermano, Raúl —me dijo él, que no sabía lo que había pasado ese fin de semana.

—No en el sentido literal, pero sí en el figurado…

Le conté todo lo que había ocurrido con mi hermano Iker ese fin de semana, así como mi madre vino a reclamarme y a exigirme que le salvara el culo. No supo que decirme, tan solo se levantó y me abrazó.

—Quiero que hagas un estudio de mercado de la empresa familiar. Si voy a soltar dinero, voy a invertir, nada de dar todo por nada. Pero antes, tengo que

asegurarme de que la empresa da beneficios, no pienso perder mi patrimonio por nada —le dije.

—No te preocupes, que me pongo a ello. Ahora, ve a por tu chica al trabajo, que yo voy a hacer lo mismo con Paula.

—Te ha dado fuerte con esa chica, ¿eh?

—No lo sabes tú bien. Además, está Darío, que es un niño de lo más especial, maduro y que tan solo quiere ver a su madre feliz.

—Es lo mismo que ocurre con Dafne, por eso me tiene ganado el corazón —le contesté.

Me despedí de Jaime, cogí las llaves del coche y me puse en camino del supermercado, que estaba en la calle de detrás de mi casa, pero si teníamos que ir a alguna otra parte, sería más fácil así.

Cuando vi la cara de Mónica al montarse en el coche, supe que algo ocurría, y ella misma me lo confirmó, aunque no entró en detalles, prefería que lo hiciéramos en casa de sus padres, estando todos juntos. Yo aprovecharía también para contarles lo que sabía. Entre todos podríamos conseguir que Martín no se saliera con la suya.

El trayecto lo hicimos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Eso no evitó que notara su nerviosismo y preocupación, y eso que todavía no se había enterado de lo peor, o al menos eso pensaba.

—Mami, Raúl, menos mal que llegáis, porque me estoy muriendo de hambre —dijo Dafne en cuanto que nos vio atravesar el umbral de la puerta.

—Hola mi vida —le dijo su madre, cogiéndola en brazos y comiéndosela a besos, mientras sus lágrimas caían sin control.

—Dafne, mi amor, ve a poner los cubiertos en la mesa, mientras saco la comida del horno —le dijo la abuela, para que no se diera cuenta de que su madre estaba llorando.

—¿Qué ocurre? Dímelo ya de una vez por todas, por favor. Desde esa llamada que me has hecho antes, tengo un nudo en el estómago —le dijo Jose a su hija.

—Papá, ahora no. Cuando terminemos de comer, vamos al salón y os lo cuento a todos. No quiero que la niña se entere ni se preocupe —dijo Mónica, y yo me atreví también a hablar.

—Yo también tengo algo que contaros, referente al mismo tema. He tenido noticias del detective privado, pero como dice Mónica, será mejor que lo hablemos luego —les dije, y su padre asintió con la cabeza.

Durante la comida intentamos disimular lo máximo posible, por la niña, para que no se diera cuenta ni notara nuestra preocupación, pero no lo conseguimos del todo.

—¿Qué pasa hoy? Estáis todos muy callados —preguntó.

—Un mal día en el trabajo, hija. Nada de lo que preocuparse —le dijo su madre, fingiendo una sonrisa.

—Pues ya es puntería que lo hayáis tenido todos a la vez —dijo, con inocencia.

—Eso pasa más a menudo de lo que piensas, Dafne. Lo que ocurre es que, hay días que nos lo tomamos mejor que otros —le contesté, siguiendo con lo que había dicho su madre.

Cuando terminamos de comer, la niña se fue a su habitación, decía que quería ver los dibujos, porque a su abuela le gustaba ver el programa de cotilleos de por la tarde y a ella le aburría muchísimo.

Rosa puso una cafetera y las tazas en la mesa de la cocina, junto al azucarero y la leche, además de unos bombones de chocolate, que decían que eran para enfrentarnos a lo amargo que nos estaba deparando la vida.

—Montse me ha dicho que me van a quitar lo que más quiero —dijo Mónica, sin poder parar de llorar.

—Eso es muy elástico, Mónica, y no es tan fácil como piensas. Antes tendrá que demostrar muchas cosas que no podrá hacerlo, porque serán mentira —le dijo su padre, algo más aliviado.

—¿Acaso te crees que él no lo tiene todo pensado? El dinero hace mucho, papá, y yo no tengo para contratar los abogados que tendrán ellos —dijo Mónica, con pesar.

—Pero ahí entro yo. Por eso no te tienes que preocupar, porque que ya tengo a Jaime buscando a los mejores de la ciudad. Aunque no es en eso en lo que tenemos que centrar nuestra atención en estos momentos.

Capítulo 20



Mónica

En el momento en el que escuché esas palabras de Raúl, supe que la información que él tenía no me iba a gustar nada, e iba a ser un motivo más de preocupación.

—¿Qué es lo que te ha contado el detective, Raúl? —le preguntó mi padre, directamente, pues todos queríamos tener todas las cartas encima de la mesa, y saber a qué enfrentarnos.

—El detective ha descubierto más de lo que nos podríamos llegar a imaginar —nos dijo, poniendo una carpeta encima de la mesa.

Raúl nos contó todo, con pelos y señales. El instante en el que escuché lo de la enfermedad del niño, todo me cuadró, y os prometo que me faltó poco para perder el conocimiento.

Se había acercado a mi hija porque la quería como conejito de indias, para que investigaran con su sangre una cura para su hermano, y no porque le tuviera ningún afecto.

El pensar que podría salirse con la suya, en que se pudiera llevar a mi hija y alejarla de mí y de su entorno, me provocó una crisis de ansiedad. Me faltaba el aire, tenía un dolor en el pecho que no había sentido nunca, y eso me asustó muchísimo.

—Mónica, ¿qué te ocurre? Habla, di algo, por lo que tú más quieras —me decía Raúl, al que escuchaba de lejos, como si no estuviéramos los dos en la misma habitación.

—No puedo respirar —dije, a media voz.

—Llama a una ambulancia, Jose, rápido —le dijo mi madre a mi padre.

Todo esto lo veía y escuchaba como si no me estuviera pasando a mí. Fue una sensación de lo más extraña y desagradable, porque era como si esa escena la estuviera viendo desde fuera, como si yo fuera un espectador más.

La ambulancia no tardó en llegar, y me pusieron una pastilla debajo de la lengua, que me sirvió para relajarme. Raúl se encargó de llevarme hasta la cama que utilizaba cuando estaba soltera, y en la que me quedaba siempre que dormía en casa de mis padres.

Ellos se marcharon de allí, fueron hasta la cocina, donde siguieron hablando de todo ese tema. Mis padres acordaron que pedirían mi baja laboral, por estrés acumulado, y Raúl dijo que no iríamos con él a su casa. De todo eso me enteré después, cuando ya me recuperé un poco y pude salir de la habitación.

Por suerte, mi niña no se había enterado de nada, ya que se quedó dormida en su cuarto durante el rato que vino la ambulancia a atenderme. Cuando se despertó, le dijeron que yo estaba cansada y con dolor de cabeza, y que por eso me había tumbado un poco. Ella, en su ingenuidad e inocencia, se lo creyó.

—Vamos a pasar por tu casa a recoger ropa, os quedareis en la mía —me dijo Raúl.

—Sí, así tendremos el colegio y el trabajo cerca —le contesté, y negué con la cabeza.

—No, tú estás de baja por estrés, y estarás el tiempo que sea necesario. Con respecto a la niña, y para no dejarte sola, tu padre vendrá a recogerla para

llevarla antes de entrar a trabajar —me contestó.

No dije nada, pues que no tenía ganas de discutir, pero mi baja no iba a durar más de un par de días, eso lo tenía clarísimo. En primer lugar, porque el trabajo me impediría pensar más de lo debido en el tema de mi hija, y en segundo, porque no iba a permitir que me echaran y que Martín tuviera otro motivo más que alegar en el juzgado.

Esa noche apenas pude dormir, pensando en el papel que jugaría Montse en todo esto, porque estaba claro que sería importante para Martín y, por supuesto, en mi contra.

—¿Qué estás pensando, mi amor? —me preguntó Raúl, abrazado a mí en la cama.

—En lo injusta que ha sido la vida conmigo. Nunca le he hecho daño a nadie. Podría haber denunciado a Martín cuando nació Dafne, obligarlo a cumplir como padre y, sin embargo, no lo hice. No lo obligué a algo que no quería hacer, lo dejé seguir con su vida, mientras que la mía se caía a trozos —le contesté.

—Pues todo esto va a cambiar. Ahora estoy yo aquí, y no voy a permitir que se salga con la suya —me contestó.

—¿Y si consigue llevarse a Dafne? Martín ni siquiera vive en la misma ciudad, no podré ver a mi hija, y eso me mataría, Raúl, te lo juro. Sería con lo único con lo que no podría vivir —me sinceré.

—Ya te he dicho que no lo voy a permitir. Ahora, descansemos, que mañana será otro día y nos sentaremos con los abogados a preparar todo el caso. Seremos nosotros los que demos el primer paso, nos adelantaremos a sus intenciones, y eso los dejará completamente descolocados —me respondió, abrazándome y dejándome un beso en la cabeza.

Cuando me levanté, ya se habían llevado a mi hija para el colegio. Las pastillas que me tomé, que me recetaron los chicos de la ambulancia, me

hicieron caer en un sueño profundo, que me permitió descansar sin tener nada en la cabeza dándome vueltas.

—¿Qué hora es? —pregunté, pues no sabía a qué hora venían los abogados.

—Son las once menos cuarto. No he querido despertarte, así que me he ocupado yo de ayudar a Dafne con el uniforme, aunque del peinado se ha encargado tu padre, que para eso soy un negado —me contó Raúl, y esbocé una sonrisa.

—¿Han llegado ya los abogados?

—No, antes viene el detective, que ha descubierto algo más, y que nos vendrá bien para la demanda —me contó, justo cuando llamaron a la puerta.

—No habléis sin que yo esté delante. Tardo un minuto en ponerme el chándal y bajar —le dije, ya que todavía estaba en pijama.

Me fui a la planta superior, me di una ducha ligera y me cambié de ropa, para bajar diez minutos después. Cuando llegué al despacho, me encontré allí con Mario y con Raúl, que miraban algunas fotos.

—¿Qué fotos son esas? —pregunté, acercándome a ellos.

—Son fotos de Martín, en el colegio, hablando con una de las profesoras, que tiene sujeta a Dafne por la mano. Según Mario, la profesora se dio cuenta de que un hombre se acercaba a la niña, y fue a interesarse por el motivo —me contó Raúl.

—Las conversaciones están grabadas en este pendrive. En ellas, podréis escuchar como Martín le dice que no sabía que era padre, que se ha enterado hace unos meses, y que quiere tener contacto con la niña —me dijo Mario.

—¿Cómo puede tener tan poquísima vergüenza? Tengo los mensajes que le envié, tengo la nota que me dejó, a modo de recordatorio de que mi hija tan solo me tenía a mí —les dije, y noté como Mario sonreía.

—No te puedes imaginar lo que eso va a suponer en el caso —me dijo Raúl, y lo miré sin entender nada.

—No entiendo lo que me quieres decir, Raúl —dije.

—Pues es muy sencillo. Según hemos podido comprobar, la estrategia de Martín va a ser decir que no sabía que era padre, que tú se lo ocultaste, por lo que no ha podido ejercer como tal. Pero si tienes la nota que él te dejó, en la que dice que no está preparado para un embarazo y que se marcha, lo podremos tirar por tierra. Además, podremos mostrar pruebas de su intención real —me dijo Raúl, sonriente.

—Era tan sencillo como venir a hablar conmigo. Decirme lo que le ocurría a su hijo y yo no hubiera puesto ninguna traba a que se le hicieran las pruebas necesarias a mi hija por si eran compatibles. El bebé no tiene culpa de la maldad con la que ha actuado su padre —le dije, pues realmente lo sentía.

—Pero no todo el mundo actuaría como tú. Yo mismo, si estuviera en tu lugar, lo mismo y le decía que se fuera a tomar porculo, que a mi hija no le iba a tocar ni un pelo —me dijo Mario, con sinceridad.

—Yo conozco a Mónica, y no sería capaz de hacer eso, no cuando la vida de un niño está en juego —le respondió Raúl, cogiéndome de la mano.

—¿Y Montse? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —pregunté, pues era la única pieza que me quedaba por encajar.

—Ahora viene lo mejor. Martín está a punto de divorciarse de su mujer, que ya está harta de aguantar infidelidades. Ahí entra en juego Montse, pues le ha prometido que, en cuanto consigan que su hijo se ponga bien, firmarán el divorcio y, entonces, ella será la dueña de su corazón. La ha convencido de que se le nublaron los sentidos cuando la abandonó, y que jamás ha podido olvidarla —me contó Mario.

—Y ella, por supuesto, no va a perder la oportunidad, porque así mata dos pájaros de un tiro. Consigue al hombre de dinero que está buscando y tiene su tan deseada venganza contra mí —le contesté.

Capítulo 21



Raúl

Los abogados no tardaron en llegar y en revisar toda la documentación y pruebas que habíamos conseguido recopilar. En cuanto se enteraron de que Mónica seguía guardando esa nota, se frotaron las manos.

—Desde ya les decimos que este caso está ganado. Ahora bien, ¿estaría interesada en que Martín se hiciera cargo de la manutención de la niña? —le preguntó uno de los abogados.

—De él no quiero absolutamente nada. Lo que sí me gustaría es que, todo esto, quedara separado por completo de lo del niño. Estoy dispuesta a firmar para que se le hagan a mi hija todas las pruebas necesarias para conocer su compatibilidad y salvar la vida de ese bebé, que no tiene culpa de nada —volvió a decir ella.

—Si eso es lo que quiere, podríamos intentar llegar a un acuerdo antes de presentar la demanda. En mi opinión, creo que eso es lo único que él busca, por lo que, podemos plantearle que él firme la renuncia a la niña si usted se compromete a realizarle las pruebas a Dafne —dijo otro de ellos.

—Podemos intentarlo, aunque teniendo a Montse por detrás, y si es cierto que han vuelto a estar juntos, no creo que acceda, pero por intentarlo que no sea —les respondió.

Los abogados empezaron a redactar un acuerdo, que, por supuesto, iría firmado por Mónica, como muestra de buena voluntad. Se lo harían llegar a través de un burofax esa misma mañana, esperando su respuesta lo antes posible.

Cuando se marcharon y nos quedamos a solas, Mónica se puso algo nerviosa, pues no las tenía todas consigo. En ello estábamos, cuando recibió una llamada del colegio de la niña.

—Hola, buenas tardes. Le llamamos del colegio de su hija Dafne, hay aquí una pareja de policías que dicen que vienen a por la niña, pero no se la pienso dar hasta que usted no haya venido — dijo la tutora de la niña, y a Mónica se le vino el mundo encima.

—Ahora mismo vamos para allá, en diez minutos estaremos allí —le dije, quitándole el teléfono a mi chica de la mano, que se había quedado sin poder moverse.

—La policía…

—Ahora no, Mónica, no es el momento. Ahora tienes que ser esa leona que lucha por sus cachorros, y no permitir que nadie los toque. Ya he llamado a los abogados, que, casualmente, estaban muy cerca del colegio, ya nos están esperando allí —le dije, haciendo que reaccionara.

—Tienes razón, ahora me toca ser fuerte, por mí, pero, sobre todo, por mi hija —me respondió, poniéndose el chaquetón y cogiendo su bolso.

Fuimos andando, ya que el colegio de la niña estaba a dos calles y tardaríamos más buscando aparcamiento que lo que íbamos a tardar en llegar a pie. Al llegar, nuestros abogados estaban ya en la puerta, revisando la orden que llevaba la policía. Al vernos, no dudaron en acercarse a nosotros.

—Es una demanda que ha presentado Martín, para pedir medidas cautelares, que consisten en la custodia temporal de la niña —nos dijo, y Mónica tuvo que sentarse en un escalón, pues casi se desmaya.

—¿Qué podemos hacer al respecto? —pregunté.

—Nos vamos ahora mismo al juzgado de guardia, con todas las pruebas que nos habéis entregado. Ni siquiera nos ha dado tiempo a enviarle el burofax, íbamos de camino para hacerlo —dijo uno de los abogados.

—Yo me quedaré aquí con vosotros, e intentaremos que la niña no salga hasta que no tengamos la anulación de esas medidas cautelares, pero no puedo prometer nada —dijo otro de los abogados.

—Si mi hija se tiene que ir con él, me muero. No puedo consentirlo, tengo que verlo, tengo que hablar con él y hacerle entender que mi niña es mi vida —dijo Mónica, que se levantó y salió corriendo, sin que me diera tiempo a pararla.

—Mónica, espera, vamos a ver qué ocurre con los abogados —le grité, pero no hubo manera de que me escuchara.

La entendía, pero con eso tan solo podía empeorar las cosas. En caso de que a Martín le diera por llamar a la policía, podría terminar hasta detenida. Les pedía a todos los santos del cielo que eso no ocurriera, porque sería lo único que le faltaría a todo esto para empezar a tener el caso en contra.

Una hora después, aparecía el abogado con una orden judicial que anulaba las medidas cautelares solicitadas por el padre de la niña. Avisé a Jose de lo que ocurría, y no dudó en plantarse allí en menos de media hora.

—Siempre supe que Martín no era trigo limpio, que terminaría por arruinar la vida de mi hija, y no por el embarazo, sino por lo que venía después —me dijo.

—Lo importante es encontrarla, pues ha salido de aquí como alma que lleva el diablo, y no tengo ni idea de dónde puede estar —le dije.

—¿Te encargas tú de llevarte a la niña? Yo sé la dirección de Martín, y no dudo en que estará allí, intentando convencerlo —me contestó, y se me ocurrió algo mejor.

—Será mejor que me des la ubicación de la casa, así podré ir yo a buscarla, y demostrarle a ese gilipollas que Mónica no está sola, que tiene los recursos suficientes para enfrentarlo —le conté mis planes, y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Conmigo sabe que cuenta, pero no se espera que tenga también el apoyo de una pareja.

Quedamos en eso, en que Jose se llevaría a la niña a su casa mientras yo iba a buscar a su madre. Cogí el coche, pues la dirección de Martín se encontraba al otro lado de la ciudad. Intenté contactar con Mónica, pero no contestaba a mis llamadas, por lo que decidí a enviarle un mensaje.

Raúl: *Ya está todo solucionado, la niña se encuentra en casa de tus padres. Voy camino a la dirección de Martín. Si estás allí, no te muevas hasta que yo llegue. Te quiero.*

Era la primera vez que lo verbalizaba, y no me gustaba que hubiera sido a través de un mensaje, pero no quería quedarme con eso dentro. Tenía que saber cuáles eran mis sentimientos, para que tuviera claro que podía contar conmigo y con todos mis recursos.

Cuando llegué al barrio en el que se encontraba la casa, no me costó trabajo dar con ella. Aparqué delante de la construcción, que se veía de lo más ostentosa y elegante, y me dispuse a bajar para encontrarla.

—Buenas tardes, vengo buscando a Mónica —le dije, a la persona que me abrió la puerta, y que no era ni Martín ni Montse, la encargada del supermercado, sino que me encontré con una mujer mayor, muy elegante.

—Esa mujer está hablando con mi hijo en el despacho, y no creo que pueda ser interrumpida esa reunión, que es de vital importancia —me contestó, muy altiva.

—O me deja pasar a buscar a mi chica, o llamo ahora mismo a la policía, en sus manos está.

—Está bien, pero que sepa que no es de mi agrado dejar pasar a desconocidos a mi casa. Por lo tanto, usted esperará aquí hasta que yo vaya a buscarla —me dijo, mirándome con desprecio.

Cerró la puerta en mis narices, después de que se dirigiera a mí como si fuera inferior a ella. No me gustaba hacer alarde de mi dinero, y por ello me vestía con prendas normales, no de esas que costaban un pastizal y hacían el mismo servicio. Tampoco me gustaba usar joyas ni nada por el estilo, tan solo llevaba un reloj que me regaló mi abuelo cuando me gradué en la universidad, pero lo hacía sin que nadie lo viera, guardado debajo de la manga de la ropa.

Diez minutos después, salía Mónica, junto a Martín. Los ojos de ambos estaban rojos, señal de que habían llorado juntos, y eso no sabía si me agradaba o me disgustaba, ya que no era conocedor de los motivos que le habían llevado a ello.

—Disculpa a mi madre y su prepotencia, por favor. Pasa, yo soy Martín —me dijo, en un tono de lo más conciliador.

—No te preocupes, sé lo que es eso. Mi nombre es Raúl, soy la pareja de Mónica —le contesté, dejando clara mi posición, y consiguiendo que él esbozara una sonrisa.

—Estamos llegando a un acuerdo, dejando claras las cosas. Me gustaría que vinieran los abogados para dejarlo todo listo. ¿Sería posible? —me preguntó Mónica.

—Por supuesto, dame un minuto que los avise. Eso sí, más vale que le adviertas a tu madre que vienen tres desconocidos más, no me gustaría que tuvieran que redactar el documento en el alfeizar de la ventana —le dije, y Martín soltó una carcajada.

Capítulo 22



Mónica

No me lo pensé dos veces, salí corriendo para hablar con Martín. Tenía que conseguir que me entendiera, hablar con él de madre a padre. Sabía que estaban en la casa en la que pasaban el verano, puesto que el médico que estaba tratando a su hijo era de la ciudad.

Escuchaba a Raúl llamarme a lo lejos, pero ni siquiera volví la cara, paré el primer taxi que pasaba y le di la dirección de Martín, deseosa de llegar lo antes posible.

—Martín, tengo que hablar contigo —le dije, a través del interfono de la puerta.

—No hay nada de lo que hablar, Mónica. Dafne es tan hija mía como tuya, y ya es hora de que me haga cargo de mis obligaciones —me dijo, sin abrir la puerta.

—Sé lo de la enfermedad de tu hijo, y estoy dispuesta a permitir que Dafne se haga las pruebas, pero no puedo perderla, Martín, es mi vida —le dije, y noté como la puerta se abría.

—¿Me estás hablando en serio, Mónica? —me preguntó, mientras que yo asentí con la cabeza.

—Sí, pero con condiciones que tenemos que tratar —le respondí.

Pasamos al despacho, ante la atenta mirada de la madre de Martín, que, tal y como siempre hacía, me miraba con desprecio, como si ella fuera superior a todo el mundo.

—Espero que lo que busques no sea dinero, porque, desde ya te digo que no lo vas a conseguir. De mi cuenta no saldrá ni un céntimo para esa niña —me dijo, con su característica altivez.

—Mamá, no estamos en condiciones de exigir nada, más bien todo lo contrario. Le daría mi vida, si eso fuera lo que me pidiera, a cambio de salvar a Nico — le contestó él.

No voy a negar que sentí envidia, que me hubiera gustado que luchara así por mi hija, pero entendí que, para ninguno de ellos, estaban en igualdad de condiciones. Mi hija siempre sería la niña que había nacido fuera del matrimonio, en un momento en el que no era el adecuado para su padre, mientras que Nico, fue un embarazo programado, un niño deseado que lo era todo para él.

—¿Qué es lo que quieres a cambio de permitir que Dafne salve a su hermano? —me preguntó, directamente.

—Lo único que quiero es que te comprometas a que no te llevarás a Dafne de mi lado, nunca —le dije.

—Mónica yo… pensé que no tenía derecho a pedirte nada. En cinco años no he dado señales de vida, nunca me he ocupado de mi hija, y ahora… ¿con qué cara me presentaba ante vosotros para explicarte mi problema? Simplemente pensé que, reclamando la paternidad de Dafne, pidiendo una custodia compartida, no necesitaría tu permiso —me dijo, y empezó a llorar.

—Los niños no tiene por qué pagar los platos rotos de lo que haya pasado entre los mayores, y haciendo eso tan egoísta por tu parte, lo único que conseguirías es que la niña no fuera feliz, y eso no estoy dispuesta a permitirlo —le contesté.

—Me gustaría conocer a la niña. Sé que, para ella no seré más que ese amigo de su madre que viene a verla de vez en cuando, pero lo necesito para vivir en paz conmigo mismo.

—La niña sabe que eres su padre, y nunca le mentiría en eso. Pero también sabe que, cuando ella nació, tú no estuviste presente, al igual que en estos cinco años. No vayas a pensar que te la puedes ganar con cuatro carantoñas y unos cuantos juguetes, porque Dafne no es nada materialista. Estoy segura de que te hará un tercer grado, y te aconsejo que le digas la verdad, es como un detector portátil de mentiras —le dije, orgullosa.

Se me llenaba la boca al hablar de mi hija, lo hacía con orgullo, como la persona que mejor la conoce, mientras que mis lágrimas no dejaban de caer. Al hablarle se dio cuenta de lo que mi hija significaba para mí, como supongo que lo sería para cualquier madre, y no dudó en abrazarme.

—Enhorabuena, Mónica, te has convertido en una madre ejemplar. Jamás se me volverá a ocurrir intentar separar a Dafne de tu lado —me dijo.

—Gracias, Martín, pero como comprenderás, tu palabra no tiene ningún valor para mí, será mejor que todo esto lo dejemos firmado ante los abogados, como un acuerdo privado que presentaremos en el juzgado —le dije, y lo entendió.

Estábamos negociando las cláusulas de todo lo que dejaríamos plasmado en ese acuerdo, cuando entró su madre en el despacho, con su cara avinagrada, para no perder la costumbre.

—Ahí afuera hay un hombre que pregunta por ti. Con la misma poca clase que tú. Tiene que ser uno de los que trabajan en el supermercado, a juzgar por como va vestido y por su actitud —nos dijo.

—Debe ser Raúl, mi pareja. Salí corriendo y lo dejé allí, delante de la puerta del colegio, y debe haber hablado con mi padre, de lo contrario, no estaría aquí —le dije, levantándome para salir del despacho.

—Espera, te acompaño —me dijo.

Efectivamente, era mi chico, con la cara un tanto preocupada. En cuanto me vio, noté como algo cambiaba en su semblante, era una mezcla de miedo y alivio, no sé cómo explicarlo.

Martín se presentó, al igual que hizo él, y lo invitó a que pasara al despacho, pero al final decidimos esperar a que llegaran los abogados, tanto los míos como los suyos, no queríamos que ninguno de los dos pensara que el otro se podía haber aprovechado de la situación.

—Me gustaría incluir una cláusula en la que se reflejara mi intención de pasar un fin de semana al mes con la niña. Pero siempre será aquí, donde vive su madre, y siempre que ella esté de acuerdo —dijo Martín.

—Por mí no hay problema, pero ya te digo que tendrás que darle muchísimas explicaciones antes de conseguir que te vea como su padre —le respondí.

—También quiero hacerme cargo de la manutención, y darle mis apellidos, que era lo que tendría que haber hecho desde el primer momento en que me enteré, y no dejarme llevar por las opiniones de los demás —continuó Martín.

—No necesitamos nada, con mi sueldo y la ayuda de mis padres, y ahora la de Raúl, Dafne no tiene ninguna carencia —respondí, orgullosa.

—Lo sé, y no se trata de lo que puedas o no necesitar, sino de que es mi obligación, de que mi hija también tiene el mismo derecho que Nico. Además, haré una compensación de una sola vez, correspondiente al importe de la mensualidad de estos cinco años.

No sabía que decir. Notaba a Martín tan cambiado, que me parecía mentira que estuviéramos allí, juntos, hablando como lo que éramos, dos adultos responsables de una niña que nos necesitaba a ambos por igual, independientemente de lo que hiciéramos como personas, éramos padres.

Lo dejamos todo plasmado en esa especie de contrato, que nuestros abogados se encargaron de llevar al juzgado. Al día siguiente, me comprometí a llevar a Dafne a la clínica donde estaban tratando a Nico, para que le

hicieran las pruebas de compatibilidad, y empezar cuanto antes con el tratamiento del niño.

—Tengo una duda. ¿Qué pinta Montse en tu vida en estos momentos? —le pregunté, pues no me podía quedar con la duda dentro.

—¿Montse? Nada, por mucho que ella se empeñe en ir diciendo que me voy a divorciar y que me casaré con ella. Nunca me ha llenado, el tiempo que estuvimos juntos fue por su insistencia, y porque éramos dos niños —me dijo.

—Se echó un novio, que casualmente es el hijo del dueño del supermercado donde trabajo, y que la colocó ahí, de encargada. Su única misión es hacerme la vida imposible —le conté, mientras Raúl me cogía la mano.

—Pero eso terminará pronto, ya que vendrá a trabajar a mi hotel, en un horario completamente flexible, para que se pueda ocupar de su hija. Y todo eso, mientras termina esa carrera universitaria que dejó a medias por atender a Dafne —le dijo Raúl, y la cara de su madre cambió por completo.

—Eres el propietario de ese hotel nuevo que están reformando, ¿verdad? —le preguntó, como si necesitara aclaración.

—Sí, señora, ese mismo. Ningún repartidor ni reponedor del supermercado, que eso es lo que usted pensó cuando me vio —le respondió Raúl, y tanto Martín como yo rompimos en una carcajada.

—Yo…

—Usted es una clasista, al igual que lo es mi madre y mi hermano, así que estoy acostumbrado a la manera de mirar que tienen ustedes a las personas. No me afecta, pero tampoco las quiero cerca —le cortó, haciendo que su cara se pusiera roja como un tomate.

—Será mejor que me marche y os deje a solas —dijo, sin saber qué decir ni qué hacer.

—No se preocupe, señora, que ya nos marchamos nosotros —le contesté yo, yendo hacia el coche de Raúl, quedando con Martín en vernos al día siguiente en la clínica a primera hora.

Capítulo 23



Raúl

El semblante de Mónica había cambiado, se había relajado por completo, y eso me gustó muchísimo, pues ahora volvía a ser la misma que yo conocí al principio, esa que se enfrentaba a las adversidades con una sonrisa.

—De repente, se me ha abierto el apetito. Vamos al supermercado a comprar chuches de las que le gustan a Dafne, esta tarde quiero una sesión de pelis y mantita —me dijo Mónica.

—Me apunto. Vamos, y así le podremos plantar cara a Montse. Quería proponerte algo, que dejes el trabajo y te pongas a estudiar. Me puedes ayudar con el tema de la apertura del hotel, y yo te daré un sueldo, no será mucho, pero a los mil quinientos euros puedo llegar, al menos al principio —le dije, y la vi como me miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Me lo está diciendo en serio? ¿Con contrato de por medio? No me malinterpretes, pero, después de todo lo que me ha pasado en la vida, ya no confío ni en mí misma —me dijo, y solté una carcajada.

—En cuanto me digas que sí, hablaré con el asesor para que te prepare el contrato, que será de asistente personal —le respondí, puesto que había cambiado de opinión, quería que estuviera a mi lado todo el tiempo, la necesitaba cerca.

—¿No me dijiste que trabajaría de recepcionista?

—Pues ahora he cambiado de opinión, y como necesito una asistente, pues mejor tú que nadie. Así, cuando tenga que viajar por trabajo, no lo tendré que hacer con nadie más que no seas tú —le dije, tomándola por la cintura antes de entrar en el supermercado.

—Mira a quién tenemos aquí, a la que se supone que está de baja por enfermedad, cuando no tiene absolutamente nada —le dijo Montse, destilando maldad.

—Tengo un parte médico, pero ¿sabes qué? Vete a la mierda, Montse. Te ha salido el tiro por la culata, en todos los aspectos. Venimos de hablar con Martín, y tu maldad no ha servido absolutamente para nada —le dijo, sonriendo.

—Vas a terminar sin tu hija, te lo garantizo. Y yo lo haré con él, y criaré a tu hija como si fuera mía —le contestó la otra, que no se había enterado de la misa la mitad.

—Sigue soñando. Para tu información, hemos firmado un acuerdo en el que nada de lo que estás diciendo va a suceder —le contestó Mónica.

Entramos en el supermercado y cogimos un carro, que llenamos de chucherías de todas las que les gustaban a mis chicas. En ello estábamos, cuando vimos venir a Montse, con cara de pocos amigos, todo hay que decirlo.

—El gerente quiere verte —le dijo, con una cara de maldad que no era normal.

—¡Qué bueno! Porque yo también tengo que hablar con el señor Gutiérrez —le dijo Mónica, actuando de manera completamente contraria a como ella esperaba que actuara.

—Sube al despacho, cariño, que yo voy pasando esto por la caja y te espero en el coche —le dije, dejándole un beso en los labios.

La vi subir por las escaleras que llevaban hasta la planta del despacho, mientras yo me dirigía hasta la caja, no sin antes coger también algo para la cena, porque tenía claro que la comida la haríamos en casa de sus padres.

—Te estás equivocando con esa mujer, no está a tu altura, tú te mereces algo más —me dijo Montse, sujetándome por el brazo de una manera poco adecuada.

—Me parece que se está usted sobre limitando conmigo —le dije, mirando su mano en mi brazo.

—Le estoy diciendo lo que todo el mundo que la conoce piensa, que es mucho pollo para tan poco arroz.

—A lo mejor es que prefiero las dosis pequeñas, que suelen ser más sabrosas que las grandes, donde se suele meter mucho ingrediente de segunda —le contesté.

—Haz lo que creas conveniente, pero desde ya te digo que terminarás arrepintiéndote —me dijo, acariciándome el brazo.

Me solté de un tirón, y me dirigí a la caja. En cuanto terminé de guardar las cosas en las bolsas, me fui hasta el coche. Ojalá y Mónica hubiera aceptado mi oferta laboral y se despidiera del supermercado, porque de otro modo, tener que aguantar a esa petarda durante todo el día, tenía que ser agotador.

Media hora después, salió Mónica, con la cara sonriente y un cheque en la mano, que me decía que sí, que había terminado con todo lo que le unía a ese lugar.

—Se terminó, por fin. Y mira que, de no ser por Montse, me habría dado pena, pero ahora no, ahora soy libre —me dijo, para darme un abrazo a continuación.

—Deduzco que todo ha ido bien —le dije.

—Mejor que eso. Montse subió para hablar con el dueño, con la clara intención de ponerlo en mi contra, pero para no variar, tampoco le salió bien. El señor Gutiérrez me recriminó que estuviera de compras estando de baja, sin haber visto ni siquiera el parte que me envió el médico.

—Y le dijiste una de las tuyas, ¿me equivoco? —le pregunté, con una sonrisa en los labios.

—Para nada. Tan solo le dije que, si lo hubiera leído, vería que mi cuerpo había colapsado por el estrés, por agotamiento, y que mucho tenía que ver la actitud de su encargada conmigo, los turnos que me obligaba a cumplir, sabiendo que tenía una hija.

—Se tuvo que descomponer, porque le podrías haber buscado una ruina a la empresa.

—Por eso, aproveché la oportunidad. Le dije que lo mejor para todos, era que me firmara el despido, pero no voluntario, porque si lo hacía así, no tendría derecho ni a finiquito ni a prestación alguna. Firmamos una finalización de contrato, ya que el mío era por obras y servicios, de esos que se podían rescindir en cualquier momento.

—Y has salido de allí, con el finiquito, los papeles para solicitar el paro, y una sonrisa de oreja a oreja —le dije, soltando una carcajada.

—Ni que lo digas, y encima, me está agradecido por lo que pude haber hecho y no hice. Lo que sí he hecho es avisarlo de lo que está haciendo su querida nuera, que pretende liarse con Martín, poniéndole los cuernos a su novio —me respondió.

—Pues, entonces, ahora tiene que estar echándole la bronca.

—Uy, para nada. Ahora lo que tiene que estar haciendo es avisar a su hijo para que le tienda una trampa y la coja infraganti. Él que está como loco porque la deje, ha encontrado el motivo perfecto —me contestó, riendo.

Entre risas, cogimos el camino hasta la casa de sus padres, donde nos estaban esperando con los brazos abiertos, pues no sabían nada de lo que había sucedido en casa de Martín.

Su hija, nada más entrar, les dio un abrazo, que los tranquilizó, pues en su rostro veían la felicidad y eso solo podía significar una cosa, que todo se había arreglado y que la niña no se separaría de su madre.

Nos sentamos a comer, pues tan solo lo había hecho la niña, mientras que ella se sentaba en el salón a ver los dibujos animados.

Mónica les contó a sus padres todo lo que había sucedido, a los acuerdos que habían llegado y mi oferta de trabajo, que ella dijo que aceptaría, pero siempre y cuando hubiera trabajo de verdad. Mientras que eso no ocurría, cobraría el paro y se dedicaría a su hija, y me pareció lo más lógico del mundo.

—Entonces, brindemos por ello, pues por una vez, nos ha salido todo bien —dijo Rosa, levantando una copa de vino blanco.

—Sí, mamá. Por primera vez en mi vida, todo empieza a cobrar sentido, todas las piezas empiezan a encajar y a mi favor. Todo está saliendo tan bien, que me da hasta miedo pensar en el batacazo que me puede pegar el destino —dijo Mónica, como con pesar.

—No pienses de esa manera, Mónica. Es hora de que todo te salga bien, que demasiado has sufrido ya en esta vida —le respondí, tomando su mano.

—Raúl, estoy tan acostumbrada a perder que cuando gano, me enfado —me dijo, y me dio una pena horrible que una mujer tan joven y bonita como ella pensara de esa manera.

Me levanté en ese momento y le di un abrazo, era lo que me salía, era mi manera de demostrarle que nunca más estaría sola, que yo las protegería con mi vida, si hiciera falta.

—Te quiero, Mónica, y quiero que sepas que estaré aquí siempre para ustedes —le dije, tomando su rostro con mis manos.

—Yo también te quiero, Raúl, pero no hagas promesas que no sabes si vas a poder cumplir —me respondió, y comprendí que no eran palabras lo que Mónica necesitaba, sino hechos, y se lo demostraría.

Capítulo 24



Mónica

Eran las ocho de la mañana cuando Dafne y yo llegamos a la puerta de la clínica. Allí estaba Martín con Nico, esperándonos. Raúl había ido a aparcar, llegaría cuando hubiera dejado el coche en el aparcamiento.

La tarde anterior estuvimos hablando con la niña de su padre. Me hizo preguntas que no supe contestar, y así se lo hice saber. Si quería respuestas, se lo tendría que preguntar a Martín, pues no quería decirle algo que no fuera cierto.

—Hola Dafne —le dijo Martín cuando llegó, agachándose a su altura.

—Hola Martín. Lo siento, pero no te puedo decir papá, porque durante toda mi vida, mi papi ha sido mi abuelo Jose —le respondió la niña, y su padre soltó una carcajada.

—Así me gusta, directa y sin dobleces. No te preocupes, que lo entiendo, si quieres, puedes tratarme como a un amigo. Con el tiempo, estoy seguro de que nos conoceremos mejor y me verás de otra manera —le respondió.

—Mira, hagamos una cosa: te diré tito Martín, y ya, cuando yo lo crea conveniente, podremos ser padre e hija.

Mi niña, a su corta edad, tenía una madurez increíble, que la hacía tener las cosas muy claras. Ella necesitaba saciar todas sus dudas, y hasta que eso no ocurriera, no lo vería de otra forma. Ya se lo advertí a Martín en su momento, y ahora lo estaba confirmando.

Entramos a la consulta, justo cuando llegaba Raúl. Mi hija salió corriendo y se tiró en sus brazos, como si no hiciera ni diez minutos que se habían separado. Tenían una conexión especial y era palpable a simple vista.

—Ojalá y algún día haga lo mismo conmigo. Ahora que la veo, me doy cuenta de lo idiota que fui rechazándola, de lo imbécil que he sido en no acercarme a ella en todos estos años —me dijo, y no supe que contestar.

—No te puedo asegurar que eso vaya a suceder, la clave la tienes tú, contestándole a todo, sin mentiras ni excusas. Es mejor decirle la verdad, porque como descubra que le has mentido, entonces sí que no va a querer saber nada más de ti.

El doctor nos explicó en qué consistían las pruebas que le harían a la niña, pues su hermano necesitaba, como primera opción, un trasplante de médula, para subir sus defensas. A partir de ahí, verían si era suficiente con eso o necesitaba alguna terapia más.

—¿Dónde está su madre? —le pregunté, pues me resultaba raro que no estuviera allí estando su hijo tan delicado.

—Se marchó, en cuanto que nació Nico y nos dijeron lo que tenía. Según ella, no estaba preparada para eso. Ahora, viendo a Dafne, sé que se va a arrepentir. Me firmó el divorcio en la misma habitación del paritorio, renunciando al niño y cediéndome la custodia —me contó.

—Me dijeron que estaba harta de tus infidelidades, pero no sabía que había firmado el divorcio.

—Jamás le fui infiel, pero eso es lo que ella ha ido contando por ahí para cubrirse las espaldas. Nadie sabe siquiera que tiene un hijo, se lo ocultó a todo el mundo. A veces pienso que ella lo tenía todo planeado y que, aunque el niño

hubiera nacido sano como una pera, lo hubiera hecho igual. La enfermedad de Nico fue la excusa perfecta. Incluso está diciendo entre sus amistades que el niño es de una amante y que yo se lo he quitado —dijo, acariciando al niño.

—No entiendo como un progenitor, sea padre o madre, se desentiende de sus hijos, como si fuera un trasto viejo que pudieras tirar a la basura —le respondí.

Tuvimos que llevar a Dafne a una sala, donde la iban a preparar para hacerle una analítica de sangre, así como una resonancia magnética. Estaba de lo más nerviosa. Nico, sin embargo, estaba tan acostumbrado a esto que se reía al ver a su hermana actuar así.

—Es una pena que, siendo tan pequeño, ya haya pasado por todo este calvario de hospitales —le dije a Raúl, una vez que nos quedamos solos, pues dentro no dejaban a nadie, aunque la veíamos y nos veían por un cristal.

—Esperemos que su hermana sea capaz de salvarle la vida —me respondió, dejándome un beso en la cabeza.

—Eso espero, por el bien del niño.

Unas tres horas después, ya teníamos los resultados. La niña era completamente compatible con su hermano, por lo que, en un principio, todo iría bien.

Vi a Martín llorar como un bebé, abrazando a los dos niños, y ni Raúl ni yo pudimos aguantar las lágrimas al verlo. Era como si hubiera encontrado el mayor de los tesoros, que era la salud de su hijo.

Nos dijeron que Dafne tendría que quedarse ingresada, al igual que el niño, para ir preparándolos para el trasplante. Raúl y yo nos miramos, y decidimos que nos quedaríamos los dos esa noche, y así Martín podría ir a descansar, pues se notaba que llevaba días sin hacerlo correctamente.

—No puedo irme y dejar a mi niño aquí, en manos de los extraños de un hospital —nos dijo.

—Estaremos nosotros, Martín. Así descansarás, que el camino que te espera será largo —le contestó Raúl.

—Da igual. Estar a su lado es lo que me mantiene en pie. Si lo dejo y me voy a casa, me derrumbaré y no puedo permitírmelo ahora —nos contestó, y lo entendimos.

—Está bien, pero que sepas que nosotros estaremos aquí, por si quieres ir a darte una ducha o a coger ropa —le dije yo.

—Eso sí, aunque no creo que tarde más de una hora en volver —nos dijo.

Cuando nos dieron el ingreso, pedimos que los niños estuvieran juntos, y no nos pusieron ningún problema en eso. Nico era un niño encantador, sonriente y la mar de simpático, que se ganaba el cariño de todos en un abrir y cerrar de ojos.

—Mira, mami, como se ríe Nico conmigo —me decía Dafne, haciéndole gracias al niño.

—Es muy guapo y simpático —le dijo Raúl, que se levantó para darle de comer, pues acababan de traer la comida, después de eso, ya no podrían comer nada más hasta que no se hiciera el trasplante.

Durante toda la noche, ninguno de los tres cerramos ni un ojo, pues estábamos de lo más nerviosos. Todos queríamos que saliera bien, que ese niño se curara y que todo volviera a la normalidad.

A primera hora bajaron a los niños a quirófano, pero nos dijeron que todo sería muy rápido, que, como mucho, tardarían un par de horas en subirlos. Dos horas que se nos hicieron eternas, pues ninguno sabía ya que hacer para entretenerse.

La madre de Martín tampoco apareció por el hospital. Según ella, no le gustaban y le resultaban depresivos. Sin embargo, los que sí estuvieron fueron mis padres, a los que Martín no sabía ni como mirarlos a la cara.

—Os debo una disculpa…

—A nosotros no nos debes nada, Martín. Ni siquiera a mi hija, a la única que le debes algo es a Dafne, y no en el tema económico, sino en el afectivo, a la que le rentas cinco años de cariño —le contestó mi padre.

—A ella le debo mucho más que eso, y pienso conseguir que me perdone. De momento me ha dicho que el único padre que conoce eres tú, Jose, y tiene toda la razón del mundo, pues eres el que te has encargado de que tenga esa figura paterna presente en su vida —le contestó Martín.

—Y ahora también Raúl, con el que tiene locura —le respondió mi padre.

—Eso he podido comprobarlo. Sin ninguna duda, la conexión que tienen es brutal, es como si fueran uno solo, se entienden tan solo con una mirada. Ojalá algún día, mi relación fuese así con ella, pero lo tengo demasiado complicado.

Así estuvimos hablando hasta que nos avisaron de que todo había salido perfectamente, que en unos minutos los subían a la habitación. Todos nos abrazamos entre sí, puesto que la salud del niño podía mejorar muchísimo si todo iba como tenía que ir.

—Creo que voy a ir a comprarle a la niña su comida favorita, porque cuando se despierte del todo, estará famélica —dijo mi padre, saliendo de la sala de espera.

—Jose, espera, que te voy a dar para que le traigas algún juguete a los dos, para que se puedan entretener —le dijo Martín.

—A Dafne, lo único que puede distraerla es un cuaderno de colorear y una caja de lápices de colores, y eso puedo comprarlo yo. Ya luego, bajas tú, y así también te despejas, que todavía te quedan unos días en el hospital —le respondió mi padre.

—A Nico le ocurre lo mismo. No sabe, como es obvio por el tiempo que tiene, pero eso de hacer rayones en un papel, le encanta. Si no te importa, sube

otro para él, por favor —le contestó, Martín.

—Martín, los niños no tienen la culpa de lo que hagan los mayores. Jamás se me ocurriría traer algo para Dafne y no hacerlo para Nico —respondió mi padre, y salió de allí.

Capítulo 25



Raúl

Una vez que la niña ya tuvo el alta y estuvo en su casa, yo volví a la mía. Tenía allí mi despacho y mucho trabajo pendiente. Mónica decidió que, mientras que cobrara el subsidio de desempleo, iba a estar al cuidado de su hija, y a mí me pareció perfecto.

—Cuéntame que es lo que has descubierto de la empresa familiar. ¿En qué estado se encuentra? —le dije a Jaime, que se había encargado de hacer el estudio de mercado.

—La cosa está peor de lo que te puedes imaginar, Raúl — respondió él, dejando una carpeta encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunté, porque no me podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

—El resultado del estudio de mercado, además de varios temas más que deberías saber.

Lo leí con detenimiento. Mi hermano Iker había estado desviando dinero de la empresa a su cuenta privada, de manera que pudiera cubrir todos sus vicios, hasta el punto de que no había liquidez ni para pagar los seguros sociales de los empleados.

La empresa tenía una larga lista de acreedores, proveedores a los que no se les habían abonado sus productos y servicios, y que estaban perdiendo la paciencia, amenazando con demandar.

—Mi madre no debe saber nada de esto, o actuaría de otra manera —le dije a mi amigo, que me miraba incrédulo.

—Claro que lo sabe, Raúl, pero es su hijo preferido, y tiene que taparlo como sea. No se ha dado cuenta de que es imposible tapar el Sol con un dedo, por mucho que parezca que sí —me respondió él.

—Tengo que volver allí, por teléfono no se pueden tratar estos temas. ¿Te quedas tú a cargo de todo esto, por favor? —le pedí, sabiendo cuál sería su respuesta.

—Por supuesto que sí, pero no te pierdas allí, te lo suplico. Tu vida está aquí, junto a Mónica y la niña —me dijo, pues sabía que la cosa era bastante complicada.

—Eso lo tengo claro, amigo. Voy a preparar la maleta y a despedirme de mis chicas, pues no sé el tiempo que tardaré en arreglarlo todo.

Con la maleta hecha y un billete de avión comprado para esa misma tarde, subí en mi coche y me desplacé hasta la casa de Mónica, que no sabía nada de mi llegada, pues pensaba darle una sorpresa y hablar con ella cara a cara.

—¿Qué haces aquí? No me malinterpretes, que estoy encantada con tu visita, pero no me la esperaba —me dijo, al abrirme la puerta.

—Vengo a hablar contigo. Tengo que ir a mi ciudad, y no sé el tiempo que tardaré en volver, ya que hay un asunto familiar que requiere mi atención, y no podré regresar hasta que no lo deje resuelto —le dije, sentándome en el sofá.

Le conté todo lo que había descubierto de la empresa familiar, y como pensaba arreglarlo, mientras ella me escuchaba atentamente. Vi como su rostro pasaba de la alegría inicial al desconcierto y la desilusión que tenía ahora.

—Si no te digo que os vengáis conmigo es porque, como te he dicho antes, no será cuestión de días, sino más bien de semanas, y no quiero sacar a la niña de su rutina —le dije, tomando su cara con mis manos, para darle un beso en los labios.

—Lo sabía, era demasiado bonito para ser cierto. No suelo tener tan buena suerte. Pero no te preocupes, que lo entiendo…

—No, no lo has entendido, en absoluto. No estoy rompiendo contigo, ni siquiera me lo he planteado, tan solo he venido a decirte que, aunque no esté a tu lado, a vuestro lado, físicamente, siempre estaréis en mi corazón. Cuando vuelva, me gustaría que os vinierais a vivir conmigo —le dije, y noté como sus lágrimas iban resbalando por sus mejillas.

—Cuando vuelvas, hablamos. Tengo claro que tu madre no te dejará volver tan fácilmente…

—Te prometo que, si tardo más de dos semanas, vuelvo a por vosotras. La niña no está obligada a ir al colegio, por lo que le podemos pedir a su profesora lo que van dando y que lo haga en casa, con nosotros —le dije, pues por nada en el mundo quería que se sintiera abandonada.

—Está bien, pero ten contacto con nosotras todos los días —me pidió, y no me pude contener.

La besé de nuevo, un beso que empezó siendo dulce, para terminar, convirtiéndose en la chispa que encendió la llama de nuestra pasión. La cogí en brazos, haciendo que rodeara mi cintura con sus piernas, y la senté encima de la mesa del salón.

Fui bajando con mis besos por su cuello, hasta llegar a sus pechos, donde me regodeé con mi lengua, haciendo que sus gemidos sonaran aún más fuertes, mientras que mis manos iban hasta el centro de su placer, haciendo círculos con mis dedos y consiguiendo que tuviera su primer orgasmo.

No tenía mucho tiempo, o terminaría perdiendo el avión, pero no pensaba irme con ese calentón, que a saber cuándo podría volver a estar con ella en

esta misma situación.

Le bajé el pantalón hasta los tobillos, al igual que hice con el mío, que dejé caer hasta el suelo, y la penetré con un fuerte empellón, haciendo que gritara de placer.

No fue lento ni dulce, fue rápido y fuerte, haciendo que ambos alcanzáramos el clímax en poco tiempo. Mónica tembló entre mis brazos, mientras nos besábamos en profundidad, mientras que yo solté un gruñido, casi un grito, que tuve que acallar con su boca.

Cuando normalizamos nuestras respiraciones, la bajé de la mesa y la ayudé a vestirse, del mismo modo que yo también lo hice. Nos quedamos mirándonos a los ojos, de una manera que no sabría describir, pues era pena, pero también esperanza e ilusión.

—Tengo que irme. Por favor, dale un fuerte beso a Dafne de mi parte y dile que, en cuanto pueda, le hago videollamada. Esta noche te llamo —le dije, yendo hacia la puerta.

—Está bien. Que tengas un buen viaje —me dijo con pena, y me volví para besarla de nuevo.

No os voy a decir que no me costara separarme de ella, porque estaría mintiendo. Pero del mismo modo entendía que, en estos momentos, mi sitio estaba allí, en mi ciudad, intentando solucionar todo el desastre que mi hermano había causado.

Me monté en el avión con un nudo en el pecho. Me hubiese gustado despedirme de Dafne, decirle que la quería, pero no pude, ya que se encontraba en el colegio.

No dudaba del amor de Mónica hacia mí, pero me escocía bastante irme ahora que había aparecido Martín, que, aunque no lo quisiera hacer, era como un encantador de serpientes, hasta el punto de ganarse a la niña en pocos días.

Tenía claro que mi chica no dejaría a su hija a solas con él, todavía le duraba el miedo de que se la pudiera llevar lejos de ella, aunque estuviera firmado el documento que ella tenía en su poder. Si Martín venía a buscarla, una de dos: o se iba con ellos o se quedaban en su casa, y no sabía cuál de las dos cosas me daba más miedo.

Casi sin darme cuenta, el avión estaba aterrizando. Llevaba equipaje de mano, por lo que no tendría que pasar por la cinta, sino que saldría directamente hasta la zona de llegada de pasajeros.

Avisé al hotel, en cuanto tuve el billete y supe a la hora que llegaría, para que me enviaran un coche a recogerme. Lo primero que haría sería llamar a mi madre y a mi hermano, para que estuvieran a primera hora en mi suite. Pensaba poner todas las cartas sobre la mesa. No los dejaría tirados, pero tampoco iba a regalar mi dinero. Si ellos no estaban de acuerdo con mis condiciones, me volvería y listo, no llevaría a cabo ninguna de las acciones que tenía pensadas hacer.

—Iker, te quiero aquí, en mi suite del hotel, mañana a las ocho —le dije, cuando me contestó al teléfono.

—Joder, hermano, ya podrías haber elegido otra hora, que esta noche estoy invitado a una fiesta a la que no puedo faltar —me dijo, como si todo el problema no fuera con él.

—Pues llamas y dices que no te encuentras bien. He dejado mi vida, parada por tu culpa y no pienso perder ni un minuto innecesariamente.

—Está bien, iré, me tomaré una copa para hacer acto de presencia, y me marcharé a casa temprano.

—Me da exactamente igual lo que hagas, pero si no estás aquí a la hora indicada, me marcho y os coméis el marrón vosotros.

A continuación, marqué el número de mi madre, que me respondió de la misma manera que mi hermano, y a la que le contesté lo mismo, pese a todas sus protestas y reticencias. No pensaba ceder, por mucho que me insistiera.

Una vez que dejé todo eso listo, marqué el teléfono de Mónica, pues no era demasiado tarde y me apetecía hablar con ella y con la niña.

Capítulo 26



Mónica

Cuando lo vi salir por la puerta, me derrumbé. No me lo podía creer, ahora que por fin todo estaba bien en mi vida, el destino nos separaba, asestándome un nuevo golpe.

No es que fuera algo definitivo, pero tampoco sería rápido, por lo que la esperanza de que pudiéramos estar juntos de nuevo a corto plazo, era nula. Todo ello sin contar con que su madre no moviera los hilos para que se quedara allí, que todo era posible.

Me limpié las lágrimas y me dispuse a buscar a Dafne al colegio. Normalmente lo hacíamos los dos, pero hoy me tocaba hacerlo sola. Martín todavía seguía en el hospital con Nico, que evolucionaba muy bien de su enfermedad, pero al que todavía le quedaban un par de días más, antes de que le dieran el alta. Después de eso, todos los que estuvieran a su lado, tendrían que llevar mascarilla, pues todavía tenía las defensas muy bajas.

—¿Hoy no vienes acompañada? —me preguntó la madre de Miriam, con mucha maldad.

—No, mi chico ha tenido que salir de viaje de negocios —le respondí, sin hacerle prácticamente caso.

—Claro, eso es lo que dicen todos cuando se van con las amantes —respondió otra madre de las del corrillo.

—Que me lo digan a mí, todos los que hizo mi ex —dijo otra.

Por minuto que pasaba me iba enervando más y notaba como mi sangre hervía por mis venas. O mi hija salía rápido, o terminaría por contestarles algo que no quería, pero que se lo estaban ganando a pulso.

Afortunadamente para ellas, Dafne salió en ese mismo momento, junto a su inseparable Darío, al que había ido a recoger Jaime, que sentía pasión por ese niño.

—Hola amiga, ¿qué tal estás? —me preguntó en cuanto que me vio y se acercó a mí.

—Hola, Jaime. Aquí, aguantando el tirón —le respondí.

—No quiero que te lo tomes así, Mónica. Raúl está profundamente enamorado de ti, y su marcha se ha debido a algo que no podía tratar desde aquí, pero no dudo de que, en cuanto tenga la oportunidad de volver, lo hará —me contestó.

—Tengo tan mala suerte en la vida, que ya no sé ni qué pensar, la verdad. Pero bueno, tampoco me quiero adelantar a los acontecimientos, ya el tiempo lo dirá —le contesté, algo desanimada.

—Paula y yo vamos a salir esta tarde con el niño al parque. ¿Por qué no te vienes?

—En realidad, no tengo ninguna gana, te lo prometo, pero creo que, si me quedo en mi casa será peor y Dafne lo echará más de menos, ya que está acostumbrada a pasar las tardes jugando con él y conmigo —le respondí.

—Pues entonces, nos vemos debajo de tu casa a las cinco. Así también nosotros pasamos un rato juntos, que hace mucho que no lo hacemos.

Llegué a casa de mis padres, donde mi padre, nada más verme la cara, supo que algo ocurría, y no dudó en preguntarme, cuando la niña entró a su cuarto a cambiarse.

—¿Qué ha ocurrido, Mónica? Tu cara, de ayer a hoy, ha dado un cambio radical —me preguntó.

—Es Raúl, ha tenido que marcharse y no sé cuándo volverá…

Le conté todo lo que él me había dicho esa misma mañana, sacando mis propias conclusiones, antes las que mi padre negaba con la cabeza.

—¿Por qué eres tan negativa, Mónica? —me preguntó mi padre.

—¿Será por qué todo me sale mal en esta vida? —le respondí.

No pudimos seguir hablando, ya que la niña llegó hasta la cocina y nos tuvimos que callar. A Dafne le había dicho que Raúl había tenido que salir de viajes por trabajo, pero que se acordaba de ella y que la quería muchísimo. No preguntó cuando volvía, por lo que no tuve que mentirle, para mí fue un alivio.

Cuando llegó mi madre nos sentamos a comer, dejando zanjado ese tema, ya que a ella le dijimos lo mismo que a la niña. La confianza que tenía con mi padre no era comparable a la que tenía con mi madre. Él era mi paño de lágrimas, mi mejor amigo y mi confidente, y mi madre era consciente de ello.

Estaba tomándome un café, cuando mi teléfono vibró, era un mensaje de Paula, que miré sonriente antes de leerlo.

Paula: *Churri, te estamos esperando en el banquito del parque de enfrente de tu casa. Dile a tu preciosa hija que Darío se ha bajado una pelota, que no vaya a coger nada más.*

Mónica: *Ahora mismo bajo, capullita de alelí. Eso de que mi hija no quiera coger algo para bajar, más despacito, ya sabes que, cuando se enfadan, se van cada uno para un lado.*

No pude reprimir soltar una carcajada, porque la manera en la que Paula enviaba esos mensajes no era para menos. Era la única capaz de sacarme una risa en mis peores momentos, siempre había sido así. A pesar de la diferencia de edad que había entre las dos, pues ella era bastante más mayor que yo, desde que los niños se hicieron amigos en la guardería, no nos habíamos separado.

Juntas habíamos vivido su separación y su divorcio, mi hombro le había servido para soltar todas esas lágrimas que no se atrevió a derramar con nadie más. Su matrimonio era de esos de películas, Paula estaba completamente enamorada de su marido y hubiera apostado sus manos por él, hasta que un día, cuando llegó a casa del trabajo, lo encontró con las maletas preparadas.

Ella pensaba que se iba de viaje de negocios, como otras tantas veces, pero nada más lejos de la realidad. Se había enamorado de una de sus compañeras, con la que había iniciado una aventura. El embarazo de su amante fue la excusa que necesitó para enfrentarse a Paula y pedirle el divorcio.

De su hijo no se había olvidado, pero tampoco se ocupaba de él como debiera. Se lo tenía que llevar con él cada dos fines de semana, pero siempre encontraba un motivo para no hacerlo, terminando por llevárselo una vez al mes, generalmente un sábado, dejándolo en casa de su madre al otro día a primera hora.

Darío, al principio lloraba porque su padre siempre fue su héroe, pero desde que había aparecido Jaime en la vida de mi amiga, podría decir que incluso se alegraba de que no fueran a recogerlo.

El novio de su madre era del que no dudaba en tirarse con él al suelo para jugar a los coches, o de sentarse en una mesa a colorear, pasando por irse al parque a jugar a la pelota, como era el momento en el que nos encontrábamos, en el que mi amiga y yo estábamos sentadas en uno de los bancos, mientras que él le daba patadas a un balón, jugando con los niños.

—Amiga, no podía haber tenido más suerte que conociendo a este hombre. Desde que su padre se marchó, no había vuelto a escuchar a Darío reír de esa manera —me decía Paula.

—Ni que lo digas. No solo está coladito por ti, sino que también lo está del niño. Encontrar a un hombre así, cuesta trabajo —le respondí.

—Pero tú también lo has encontrado, aunque ahora no esté a tu lado.

—No las tengo todas conmigo, te lo aseguro. Su madre es como una bruja sin escoba, y su hermano, un pervertido que le tira los trastos a todo lo que se menea, aunque sea una escoba con faldas.

—Pero eso no tiene nada que ver con lo que siente por ti, porque eso no te voy a consentir que me lo discutas.

—Sabes, a veces los sentimientos no son suficientes, y tengo la impresión de que en esta ocasión no lo va a ser.

—No me seas más negativa, hazme el favor —me dijo, justo cuando mi teléfono empezó a sonar, era él quién me llamaba.

—Hola, ¿qué tal el viaje? —le pregunté.

—Hola, mi amor, pues como siempre. Todavía no llevo ni un día aquí, y ya estoy deseando volver.

—Y yo de que vuelvas, pero me da la impresión de que eso no va a suceder pronto —le dije, con pena.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso suceda. Si veo que tardo más de lo previsto, te prometí que os traería a mi lado, y no pienso romper mi promesa.

Estuvimos un buen rato más hablando, hasta que el sol se escondió y empezó a hacer frío en el parque, momento en el que nos fuimos de nuevo a casa. Durante el trayecto estuvo hablando con la niña, que le decía que quería que volviera pronto, que se ponía triste de no verlo. Tuve que reprimir las lágrimas, ya que ver a mi hija así me partía el alma.

Capítulo 27



Raúl

Esa noche me costó coger el sueño, las palabras de Dafne me dolieron mucho, por lo mal que lo podía estar pasando, y me propuse acabarlo todo lo antes posible.

Estaba terminando de prepararme un café, cuando llamaron a la puerta de mi suite. Eran mi hermano y mi madre, que venía con una cara como si fuera ella la que me estuviera haciendo un favor a mí. No me iba a andar por las ramas, iría directo al grano.

—Pasad y sentaos en el salón, ahora mismo vuelvo —les dije, yendo a mi habitación, donde tenía el dosier que había preparado Jaime.

—¿Hoy no has venido con la muerta de hambre esa y su bastarda? —preguntó mi madre, con mucha maldad.

—La única muerta de hambre que hay en mi vida en estos momentos, eres tú, mamá. Así que, más te vale tener el piquito cerrado, porque la cosa podría ser mucho peor de lo que estás imaginando —le contesté, bastante serio.

—Hermano, no te negaré que no estaba buenísima, pero de ahí a que la defiendas con esa intensidad… No es una mujer para ti, tú te mereces alguien con dinero, que no vaya a sacarte los cuartos a la primera de cambio —me dijo mi hermano, que tenía mucho que callar.

—Claro, como la tuya, a la que has dejado en la ruina y con más cuernos que la madre de Bambi. Pero no te preocupes, que a tus hijos no les faltará de nada, yo me encargaré de ello.

—¿Lo ves? Te lo dije ayer. Tu hermano lo único que quiere es liarse con tu mujer, hacer como que tus hijos son suyos, seguro que es una de las condiciones, que aceptes el divorcio —le dijo mi madre, como si fuera la verdad absoluta.

—Yo no quiero liarme con mi cuñada, tan solo quiero que sea libre y feliz, que se libre de personas como ustedes, pero eso no está en mi mano, eso lo tiene que decidir ella. Mis condiciones son completamente distintas, pero será mejor que empecemos por el principio…

—Lo único que tenemos que saber es la cantidad que nos vas a inyectar en el negocio y lo que quieres a cambio. Lo demás, como que me trae sin cuidado —dijo mi hermano, mientras mi madre asentía.

—No va a ser tan fácil, Iker. Para empezar, y no sé si mamá es conocedora de este dato, quiero que devuelvas hasta el último céntimo que te has llevado, todo lo que has ido desviando de la cuenta de la empresa a la tuya personal…

—Iker lo hizo con mi autorización. Necesitaba liquidez para algunos asuntos personales, y de ese dinero no se devolverá ni un céntimo —dijo mi madre, como si estuviéramos hablando de que él comió más galletas que yo.

—¿Eres consciente de lo que dices, mamá? Para empezar, ese desvío de fondos también tenía que contar con mi firma, porque, aunque yo no esté al frente del negocio, sí que tengo acciones, por lo tanto, también es mi dinero. En segundo lugar, podría denunciaros, meter a la empresa en concurso de acreedores, y reclamar mi parte.

—No lo harás, no nos pondrás en boca de todo el mundo, sería por encima de mi cadáver —dijo mi madre, muy altiva.

—No lo haré, pero no por ese motivo, sino porque cientos de familias viven de la empresa. De momento, he autorizado que los sueldos y los seguros

sociales de todos los empleados pasen por mi cuenta. Excepto el tuyo, Iker, que ya te has llevado bastante. Pero eso tan solo lo haré esta vez, no moveré más un dedo hasta que no me vendáis vuestras acciones, por supuesto, por un valor simbólico, ya que me tendré que hacer cargo de todas las deudas.

—Siempre que dejes a tu hermano en su puesto y con el mismo sueldo, no pondré ningún inconveniente — dijo mi madre, y no pude reprimir una carcajada.

—No, mamá, mi hermano se irá a la calle, sin finiquito y sin nada. Tendrá que buscar trabajo en otra parte. No pienso dejar al frente del negocio a la persona que lo ha llevado a la ruina. Creo que, con lo que me ha robado, ya se ha llevado bastante —le respondí, desde la más absoluta tranquilidad.

—Si eso es lo que tienes pensado, lo siento, pero no firmaré nada —me contestó mi madre, mientras mi hermano actuaba como si la cosa no fuera con él.

—Me parece que no eres consciente de la magnitud de todo, mamá. Pero no te preocupes, te pondré en antecedentes. Si no me hago cargo de la empresa, en primer lugar, presentaré una demanda, porque no voy a arriesgar mi patrimonio por algo que yo no he hecho. Dicho esto, los acreedores irán a por vuestro patrimonio personal, perderíais vuestras casas, coches y joyas, y todavía os faltaría dinero para terminar de pagar, por lo que, probablemente, terminaríais en la cárcel —le dije, y vi como la cara de mi madre mudaba de color.

—Creo que lo tendríamos que hablar en privado, hermano. Necesitamos unos días para pensarlo —me dijo Iker, que empezó a ver las cosas de otra manera.

—Si en cuarenta y ocho horas no tengo noticias vuestras, empezaré con las acciones legales y me volveré al sur, donde tengo mi vida —les dije, levantándome para abrir la puerta y que se marcharan.

—Mañana a primera hora te daremos una contestación —dijo mi madre, al pasar por mi lado, como si fuera un extraño.

Me dolía la manera de actuar de mi madre, que parecía que tan solo había parido a un hijo, a mi hermano. Los dejé salir y cuando estuve solo, me senté en el sofá, pues tenía mil cosas que hacer.

Para empezar, me puse en contacto con los proveedores, para pedirles un poco de tiempo antes de que demandaran. Les expliqué mis planes de hacerme con el negocio, de dejar a mi familia al margen y de hacerme cargo de todas las deudas, pero antes tenía que conseguir que me cedieran sus acciones.

Todos estuvieron de acuerdo en darme el suficiente margen para tenerlo todo atado. Ahora tan solo faltaba que mi madre y mi hermano se dieran cuenta de que lo perderían todo si no cedían.

A media tarde, y justo cuando estaba revisando cada deuda de cada proveedor, llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, así que me levanté a abrir, porque podía ser algún problema que hubiera en el hotel, pero no era nada de eso, era mi madre la que estaba tras ella.

—¿Qué haces aquí, mamá? —le pregunté, extrañado.

—Vengo a poner las cartas sobre la mesa. Creo que ya es hora de que sepas la verdad sobre tu vida —me contestó, y la miré atónito, pues no sabía a qué se estaba refiriendo.

—No sé de qué me estás hablando, si puedes ser un poquito más explícita, te lo agradecería.

—A eso he venido, a ser todo lo explícita que necesites, pero no me andaré con rodeos. Ese que has visto toda la vida como tu padre, no lo era, al igual que yo tampoco soy tu madre —me soltó, sin anestesia, y me tuve que sentar del mareo que me entró.

—¿Qué estás diciendo? ¿A qué viene esto? —pregunté, casi sin voz, porque ni eso me salía.

—Pues muy sencillo. Cuando mi marido y yo nos casamos, no me quedaba embarazada, y llevábamos ya un tiempo intentándolo. Antes no eran las cosas

como ahora y un matrimonio sin hijos no se consideraba como tal, y menos antes las altas esferas. Estuvimos hablando y decidimos que adoptaríamos a un niño, pero que fingiríamos un embarazo, hasta el momento en el que la persona que estaba embarazada diera a luz, momento en el que yo también pariría. Cuando eso sucedió, tu padre le dio una buena cantidad de dinero a la madre, para que no hablara, y ella dio mi nombre en el hospital, de manera que, a todos los efectos, tú habías salido de mi vientre —me dijo, y me pareció el argumento de una de esas películas de bajo presupuesto que echaban los sábados por la tarde.

—¿Me estás diciendo que me comprasteis a mi madre biológica? —pregunté, sin terminar de creérmelo.

—Al poco tiempo de tenerte con nosotros, me enteré de que estaba embarazada de mi hijo, pero ya no podíamos devolverte, a ojos de todos eras nuestro hijo.

—Estás hablando como si fuera un pantalón que ya no te gustaba, no como la vida de una persona —le dije, furioso.

—Tómatelo como quieras. El caso es que esto no lo sabe nadie, pero si te empeñas en destruir a tu hermano, todo saldrá a la luz, y podré demostrar que tú no tienes derecho sobre los bienes que dejó tu padre antes de morir —me dijo, y no pude más que soltar una carcajada.

—Hazlo, yo no tengo ningún problema. Aquí, y otra vez igual, la única que quedará como lo que eres, serás tú. Y con respecto a la empresa, ahora más que nunca lo pienso hacer. Mi padre fue el único que me quiso de verdad, a su manera, pero no me hizo sentir de menos, como lo hiciste tú.

Capítulo 28



Raúl

La confesión de mi madre me hizo dudar de todo, hasta de mi existencia. En cuanto se fue, llamé a mi abogado para pedirle una cita urgente, quería que me asesorara sobre todo lo que podrían hacer en mi contra y a mi favor.

Lo tenía claro, ahora más que nunca los quería fuera del negocio, quería hacerme con la totalidad, y sabía que no me cederían las acciones, por lo que tendría que planear otra cosa.

—Dime, Raúl. ¿Qué es lo que te ocurre? —me dijo Israel Delgado, el abogado que fue amigo de mi padre.

—Tengo que hablar contigo, pero es algo delicado y me gustaría tratarlo en persona —le contesté.

—¿Estás en tu suite del hotel o sigues fuera?

—No, estoy aquí, en la ciudad, alojado en mi suite, como siempre.

—Está bien, ¿te parece que nos veamos dentro de una hora allí? Tengo que dejar zanjado un asunto antes de ir a verte.

—Perfecto, te estaré esperando —le respondí.

Mi padre había muerto poco después de jubilarse, llevándose el secreto a la tumba. Una noche se sintió indispuesto, se acostó pensando que era un enfriamiento, y no volvió a despertar. Fue un infarto fulminante lo que le entró, no enterándose de nada.

Cuando esto ocurrió, ya Iker había tomado posesión de su cargo, pues así lo quiso mi padre, que decía que yo me había labrado un porvenir solo, mientras que él no sabía hacer la o con un canuto, por mucha carrera que tuviera, y que ahora dudaba que no se la hubieran comprado también sus padres.

Me costaba no dirigirme a ellos de esa forma, pero no eran nada mío. No porque no llevaran mi sangre, pues padres no son los que engendran y paren, sino los que acompañan a lo largo de toda una vida, y ellos no lo habían hecho, al menos la que se suponía que era mi madre, que tan solo miraba por Iker, que era el que había parido.

Sumido en mis pensamientos estaba, cuando llegó el abogado, que no dudó en darme un abrazo en cuanto abrí la puerta.

—Me alegro de verte tan bien, Raúl. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, de donde has llegado —me dijo, al separarse.

—No lo creo, Israel, pero bueno, es lo que hay. Pasa, por favor, que tengo que hablar contigo, necesito que me aconsejes —le dije, dándole paso al salón, donde tenía una cafetera y algunas pastas en la mesita junto al sofá.

Israel no dudó en servirse una taza mientras yo me acomodaba a su lado. Empecé por contarle lo que mi madre (llamémosla así, aunque no lo fuera), me había dicho hacía tan solo un ratito. Para, a continuación, explicarle lo que ocurría con la empresa, lo que ellos me habían pedido y a lo que no estaba dispuesto a ceder y mi idea de hacerme con el negocio, dejando fuera a esos dos.

—Tendría que estudiarlo todo muy detenidamente, pero veo que no tienes tiempo. Mi consejo, intentar comprarle la empresa a través de una sociedad, no de tu nombre real. Nombrar a una persona que sea la encargada de hacerle

llegar la oferta, de firmar en tu nombre a través de un poder —me dijo, y supe que eso sería lo que haría.

—No había caído en eso. ¿Qué cantidad le podría ofrecer? —pregunté.

—Redactaré un principio de acuerdo, que te haré llegar esta misma tarde, después de calcular bien el importe adeudado. Mientras, y si estás de acuerdo, iré formalizando la sociedad. ¿Quieres que todos tus negocios estén en la misma sociedad o prefieres dejar los hoteles al margen? —me preguntó, y en realidad no sabía que haría.

—¿Qué me aconsejas como abogado y como amigo? —respondí con otra pregunta.

—Si yo fuera tú, no dudaría en diferenciar ambos negocios. De esa manera, los problemas de uno no afectarían al otro, no sé si me entiendes…

—Perfectamente, y pienso de la misma manera. Dejaremos los hoteles tal y como están, a mi nombre, y crearemos una sociedad para el tema de la empresa familiar —le dije.

Nos despedimos en la puerta, después de estar casi toda la mañana ultimando los detalles. Me llevaría más tiempo de lo previsto, porque hasta que no estuviera constituida la sociedad, no podríamos hacerles llegar la propuesta, porque no tendríamos la posibilidad de cerrar el contrato.

Puse a Israel como persona autorizada a negociar en nombre de la sociedad, y por supuesto que le dije que todo eso se lo pagaría aparte, por mucho que me dijo que no, que lo hacía por amistad, no lo iba a consentir.

A las dos de la tarde bajé al comedor del hotel para comer. Podía pedir que me subieran la comida, pero llevaba desde que llegué encerrado en esas cuatro paredes y necesitaba salir de allí y socializar con la gente.

—Buenas tardes, señor Orihuela. ¿La mesa de siempre? — preguntó el jefe de sala.

—Hoy estoy solo, Marc, así que, si os va a hacer falta, no tengo ningún problema en que me deis una individual —le dije, y él asintió con la cabeza.

Me llevó hasta una individual que había en la misma zona en la que a mí me gustaba comer, cerca del cristal del escaparate que separaba el hotel de la calle.

Estaba disfrutando de una comida tranquila, cuando noté que alguien se acercaba a mi mesa, era una vieja amiga que conocí en la universidad, y con la que había tenido algo antes de marcharme de la ciudad.

—No me lo puedo creer. Te he visto a través del cristal y he tenido que entrar, porque es de muy poca vergüenza estar aquí y no llamarme para tomarnos algo —me dijo, con una mano en la cintura.

—Amanda, que alegría verte. ¿Quieres sentarte a comer conmigo? —le pregunté, pues siempre nos habíamos llevado muy bien, después de levantarme y darnos un abrazo.

—Preferiría una cena, ya que he comido hace un rato, pero si estás muy ocupado, no importa, lo dejamos para otro día.

—No, por favor. Esta noche sería perfecto, así me distraigo también un poco, estoy saturado de tanto trabajo.

No me lo pensé, ni tampoco creía que tendría que hacerlo, pues no iba a hacer nada malo, tan solo era una cena y una copa con una amiga. Charlar con alguien de cualquier cosa que no fuera de negocios, me vendría de lujo.

Quedé con ella en que la recogería en su casa a las nueve de la noche, la llevaría a cenar y a tomar algo, y nos despediríamos después de ponernos al día.

No le contaría nada a Mónica, esta noche la llamaría antes y le diría que me iba a ir a la cama pronto, que estaba cansado. Con la inseguridad que sentía hacia lo nuestro, era lo mejor. Nadie la conocía aquí, por lo que no tendría por qué enterarse de esta salida.

Después de comer me subí de nuevo a la suite, iba a seguir repasando la documentación, pero me dolía tanto la cabeza, que decidí echarme un rato. Sin darme cuenta me quedé dormido, y cuando me desperté eran más de las siete, por lo que tendría el tiempo justo para darme una ducha y vestirme.

Tendría que cambiar la llamada por un mensaje, ya que, si me decía de hacer videollamada porque la niña quisiera verme, me vería descubierto en mi mentira. En cuanto estuve listo, y antes de salir, cogí mi móvil y le envié el mensaje.

Raúl: *Hola mi amor, buenas tardes o noches. Acabo de terminar una reunión y estoy agotado, voy a darme una ducha y a meterme en la cama, pues el dolor de cabeza me está matando. Dale un beso a la niña y no olvides que te quiero con toda mi alma.*

Esperé un rato a ver si me contestaba, pero no lo hacía, por lo que me bajé a la recepción, donde tendría un coche a mi disposición, o terminaría llegando tarde a mi cita. Justo cuando estaba a punto de arrancar el motor, recibí su respuesta.

Mónica: *Hola, buenas noches. Perdón por no contestar antes, pero estaba quitándole los enredos a Dafne, que acaba de salir de la ducha. Descansa, ya hablamos mañana. Yo también te quiero.*

Me fui tranquilo de que me había leído y de que ya no me escribiría más, por lo que no tendría que estar pendiente del móvil y podría desconectar durante un rato de todo y de todos, era lo que más necesitaba.

Llegué hasta donde vivía Amanda, que ya me estaba esperando en la puerta de su casa, lista para pasar una buena noche de amigos, o al menos eso esperaba.

Capítulo 29



Mónica

No quería pensar mal, porque no tenía motivos, pero de repente ese mensaje, antes de las nueve de la noche y diciéndome que estaba cansado y que se iba a la cama, como que me escamó un poco.

En condiciones normales, Raúl me hubiera llamado, incluso hubiera hecho una videollamada para hablar con la niña, no me habría enviado un mensaje así de simple, del que no esperabas que continuara con la conversación, sino que era tajante y dejaba claro sus pocas ganas de seguir hablando conmigo.

Preparé la cena para Dafne y para mí, pues nos iríamos a la cama pronto. Al día siguiente, que era sábado, habíamos quedado con Paula, Jaime y el niño para ir al centro comercial a hacer algunas compras. Comeríamos allí, y luego, por la tarde, iríamos al cine, pues había una película que los niños querían ver y Jaime dijo que él los llevaría, aunque al final nos apuntamos todos.

—Mami, esta tortilla está hoy deliciosa —me dijo la muy descarada.

—Será porque está hecha de puro amor —le contesté, sonriendo.

Delante de ella tenía que hacer de tripas corazón, por mucho que la pena me estuviera comiendo por dentro no lo iba a demostrar, me negaba a ello, mi hija no tenía por qué pasar por mis calvarios, ya que no tenía nada que ver con el cariño que Raúl le tenía a ella, y viceversa.

Esa noche estuve pendiente del teléfono, como si esperara que me llamara en cualquier momento o que me enviara otro mensaje para preguntarme si estaba despierta, pues me echaba de menos, pero eso no ocurrió.

No tengo claro cuando me quedé dormida, lo que sí sabía era que no descansé nada, y que me levanté incluso más cansada de lo que pude acostarme.

Preparé a Dafne y me vestí, juntas íbamos a desayunar en el centro comercial, en la pastelería que tanto le gustaba a ella, pues si permanecía más entre esas cuatro paredes iba a terminar por volverme loca. Le envié un mensaje a Paula con mis planes, por si querían apuntarse, pero ellos ya estaban desayunando churros que les había llevado Jaime, por lo que, al final los esperaríamos allí.

—Mami, yo quiero un batido de chocolate y una porción de tarta de tres chocolates — dijo mi niña.

—Claro que sí, mi amor, y con chocolate extra por encima, por si acaso se te baja el azúcar —le respondí.

—Ay, mamá es que dicen que el chocolate quita las penas, y yo ahora mismo estoy muy triste.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es el motivo de esa tristeza? —le pregunté, deseando que no me dijera nada que tuviera que ver con Raúl.

—Pues no hay otro que Raúl. Ayer no hablamos y lo echo tanto de menos que no puedo aguantar las ganas de hablar con él —me contestó.

Miré el reloj y, contra todo pronóstico, me decidí a marcar el número de Raúl. Eran ya las diez de la mañana y teniendo en cuenta que me llamó a las nueve de la noche, había dormido once horas, así que tendría que estar despierto.

Tres veces llamé sin obtener respuesta, y supuse que estaría atendiendo algún asunto del hotel, pues siendo sábado no creía que fuera nada del asunto

que lo había llevado allí. Ya me devolvería la llamada cuando pudiera.

A eso de las doce, llegaron Jaime, Paula y Darío. Ya nosotras habíamos dado una vuelta y comprado varias cosas que Dafne necesitaba, ya que tenía el dinero del finiquito sin tocar, y la niña había dado un estirón, por lo que casi toda la ropa se le había quedado pequeña.

—Amiga, veo que has empezado sin nosotros —me dijo Paula, dándome un beso en la mejilla.

—Intentando quitarme cosas de la cabeza. Por cierto, Jaime. ¿Sabes algo de Raúl? —le pregunté.

—Pues no, Mónica, ayer no hablé con él. ¿Por qué? —me respondió.

—Porque anoche no llamó, tan solo envió un escueto mensaje y llevo llamándolo un rato y no me contesta al teléfono.

—No te preocupes, seguro que está reunido, la cosa se ha complicado más de la cuenta, pero ya te lo contará él cuando te llame más tarde, porque estoy seguro de que lo hará en cuanto tenga ocasión —me contestó, dejándome algo más tranquila.

Durante toda la mañana nos dedicamos a ir de tienda en tienda. No recibí ninguna llamada ni mensaje de Raúl, pero no me preocupé en exceso, puesto que Jaime me había dicho que estaría reunido.

—¿Vamos a comer algo? Los niños están que se mueren de hambre —dijo Paula.

—Sí, mami, por favor, al restaurante de la segunda planta, el que me gusta a mí, que tienen el pollito ese empanado que está tan rico —suplicó Dafne, con las manitas juntas.

—Por mí, no hay problema, yo me adapto a cualquier cosa, no tengo la boca delicada —dijo Jaime, cogiendo a un niño de cada mano.

Subimos, y estábamos en la mesa pidiendo la comanda, cuando noté que mi móvil vibraba. Puse una sonrisa en mis labios, pensando que sería Raúl, así que lo busqué, sin hacer apenas caso a las personas que estaban a mi alrededor.

Saqué el móvil y al desbloquearlo, me di cuenta de que no era Raúl, sino un número desconocido el que me había enviado el mensaje, pero algo me decía que tenía que abrirlo.

Desconocido: *Mientras tú pensabas que dormía, mira dónde y con quién estaba tu chico.*

Ese era el texto, pero venía con archivo adjunto. Al abrirlo, casi se me cae el móvil de las manos. No me podía creer lo que estaba viendo y eso era de la misma noche, pues en uno de esos cartelitos que ponen en las farmacias se veía reflejada la fecha y la hora.

Eran unas fotos de Raúl con una mujer, saliendo del coche, poniéndole el brazo por los hombros, entrando en un restaurante, en un lugar de copas y, por último, entraban juntos en el hotel donde tenía su suite.

—Cabrón —fue lo único que salió de mis labios, susurrando, pero Jaime se dio cuenta y me quitó el móvil de las manos.

—Esto no puede ser cierto, Mónica. Ella es Amanda, una compañera nuestra de la facultad. Tiene que ser una casualidad —me decía.

—La misma casualidad que el mensaje de anoche, en el que me decía que estaba cansado y que se iba a dormir. Realmente sí que estaba cansado, pero de mí —le dije.

Tenía que salir de allí, me estaba ahogando de la pena. Le hice un gesto a Paula para que estuviera pendiente de la niña, pues iba a salir a la terraza a fumarme un cigarro y a respirar hondo, lo necesitaba.

Minutos después, salía Jaime con mi móvil en la mano, además del suyo, que tenía una llamada en curso.

—Es Raúl, te lo quiere explicar todo —me dijo Jaime, tendiéndome su teléfono.

—Ya está todo explicado, por secuencias, además. No tengo ganas de hablar con él, nada de lo que me diga me va a convencer de que estoy equivocada en todo lo que mis ojos han visto —le dije, rechazando su ofrecimiento.

—Estás en todo tu derecho, pero creo que os habéis equivocado los dos —me dijo Jaime, atendiendo de nuevo la llamada.

Lo vi como discutía con su amigo, como negaba con la cabeza, pero ya todo me importaba una mierda. Por supuesto que no iba a aceptar el ofrecimiento que me hizo para ser su asistente, no podría hacerlo, no podría tenerlo a mi lado sin morirme de la pena, por lo que tendría que empezar a buscar otro empleo, porque seguir en el supermercado tampoco era una opción.

Justo cuando entraba, vi que en una de las tiendas buscaban una dependienta, y no me lo pensé, entré a preguntar.

—Buenas tardes, he visto el cartelito y estaba interesada en conocer las condiciones —le dije a la chica que había tras el mostrador.

—Buenas tardes, buscamos a una persona que tenga experiencia de cara al público. Sería en turno de mañana de lunes a sábados, pero los sábados serían alternos —me dijo la chica.

Cuando me explicó las condiciones, no podían ser mejores, puesto que podría dejar y recoger a mi hija del colegio, estar con ella toda la tarde y disfrutar de dos fines de semana completos. En cuanto le conté mi experiencia en el supermercado, ella tampoco lo dudó, se levantó y quitó el cartel del escaparate.

—Dame tus datos que llame ahora mismo al asesor. ¿Cuándo podrías empezar? —me preguntó.

—El lunes, si quieres, porque mañana no se abre —le contesté, riendo y sacando mi DNI del bolso.

En menos de quince minutos tenía el contrato en su correo electrónico, lo imprimió y lo firmamos ambas, para, a continuación, meterlo en un sobre y enviarlo por mensajería. Oficialmente tenía un nuevo puesto de trabajo.

Capítulo 30



Raúl

Recogí a Amanda en la puerta de su casa, y la llevé a uno de los restaurantes que más nos gustaba a Jaime y a mí. Era uno de esos en los que un solomillo te podía costar lo mismo que un fin de semana en París, pero que merecía la pena cada uno de los céntimos pagados, puesto que la calidad de sus productos era suprema.

Nos tomamos un par de botellas de vino de Rioja con la cena. No era mucho de beber alcohol, ni siquiera mientras comía o cenaba. Normalmente me tomaba una copita o dos, pero me sentía tan a gusto esa noche, que ni siquiera lo miré.

—¿Qué te parece si nos vamos a bailar y a tomar una copita? —me dijo Amanda, que iba casi tan perjudicada o más que yo.

—Venga, vamos. ¡¿Quién dijo miedo?! —le respondí, riendo.

—Aquí cerquita hay un local de salsa que está muy bien. Se está muy cómodo.

Allá que nos fuimos los dos. Ni que decir tiene que, por supuesto, nos tomamos un par de copas más, bailamos y reímos hasta que me dolió la mandíbula y la barriga de reírme.

—Voy a llamar al hotel a que nos manden un coche, porque me niego a conducir en este estado —le expliqué.

—No me seas más pijo, por favor. Vamos a pedir un taxi y listo —me respondió, pidiendo uno por la aplicación.

Le dio la dirección del hotel, donde ambos nos bajamos y entramos, llegando hasta mi suite. Es lo último que recuerdo, pero cuando me desperté, estaba tan solo con el bóxer, en mi cama y con Amanda en ropa interior durmiendo a mi lado.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —fue lo primero que pensé.

Me levanté casi sin hacer ruido, y cogí mi móvil del bolsillo de mi abrigo, el mismo que llevé el día anterior. Me encontré con varias llamadas perdidas de Mónica, y me temí lo peor.

Un sentimiento de desasosiego y de traición, se apoderó de mí. ¿Cómo había podido hacerle esto? ¿De verdad me había acostado con Amanda? En todo ello estaba pensando, cuando noté a mi amiga a mi lado.

—Romeo, no te fustigues que anoche no pasó nada, y eso que lo intenté de todas las maneras posibles, pero no hubo manera —me dijo Amanda, y entonces dejé salir todo el aire que tenía retenido, incluso sin saberlo.

—¿Me lo dices en serio?

—Por supuesto. Cuando intenté besarte, me contaste que estabas con una chica que habías conocido en el sur, y que te habías enamorado —me dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—No sabes el peso que me quitas de encima, te lo juro.

—Lo que pasa es que era tan tarde y estaba tan borracha, que no tuve fuerzas para salir de aquí y marcharme a mi casa. Mi intención era irme a la otra habitación, pero caí mientras te ayudaba a acostarte, y me quedé frita —me contaba.

—Gracias, Amanda, por ser tan sincera conmigo.

—No te mereces otra cosa, Raúl. Un hombre que hace eso, es un hombre profundamente enamorado, y tengo que darle la enhorabuena a la chica que está contigo.

Se metió en la ducha antes de irse, y yo me senté en el salón, con mi batín puesto y una taza de café en la mano. Iba a llamar a Mónica, pero justo en ese momento me entró una llamada de Jaime.

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —me preguntó, cuando descolgué la llamada.

—¿De qué me estás hablando? Yo no he hecho nada —respondí, algo enfadado, pues no sabía a qué se estaba refiriendo.

—No me jodas, Raúl. Mónica acaba de recibir un amplio reportaje fotográfico tuyo con Amanda, hasta entrar en el hotel.

Os prometo que se me cayó el mundo encima. ¿Cómo iba a explicarle que entre nosotros no había pasado nada y que me creyera? Si ya estaba un tanto reticente con mi marcha, esto se lo había terminado de confirmar.

—Jaime, te juro por mi vida que tan solo fue la salida de dos amigos. Entre nosotros no ha pasado nada. Íbamos tan borrachos que no tuvo fuerzas para marcharse, nada más —le expliqué.

—Claro que sí, y no pongo tu palabra en duda, pero tu intención era otra, o de lo contrario se lo habrías contado, no le hubieras dicho que te ibas a la cama pronto porque te dolía la cabeza, y encima, con un mensaje. Y si a eso le sumamos que lleva toda la mañana llamándote, pues apaga y vámonos —me dijo, en un tono que evidenciaba su enfado notablemente.

—No fue por eso, te lo prometo. Si no le dije nada fue para no hacerla sentir insegura, nada más —le respondí.

—Será mejor que se lo expliques a ella, pero no la llames porque no creo que conteste tu llamada. Déjame que llegue hasta ella, y le paso mi teléfono —me contestó.

La escuché como decía que no iba a hablar conmigo, que ya estaba todo dicho. Esas fotos eran la prueba de mi supuesta infidelidad, y mi mentira no hacía más que confirmar todo lo que ella había supuesto.

—Amanda… ¿tú sabías que nos estaban siguiendo y haciendo fotos? —le pregunté, y vi como agachaba la cabeza.

—Raúl yo… me dijeron que…

—Habla claro de una puta vez, Amanda, que ya estoy lo suficientemente cabreado como para que, encima, te pongas a divagar —le dije, casi gritando.

—Está bien, te lo contaré todo. Hace unos meses conocí a Iker, tu hermano, y mantuvimos una relación de unas semanas. El lunes nos encontramos de nuevo y me dijo que tenía que hacerle un favor, y a cambio, él me daría un puesto de trabajo en su empresa, pues necesito encontrar uno —me contaba.

—¿Qué era lo que te dijo que hicieras? Y no te dejes nada, por favor, porque, de lo contrario, te aseguro que no encontrarás trabajo en esta ciudad, y de eso me voy a encargar yo —le respondí, completamente cabreado.

—Me dijo que tenía que seducirte, o al menos, parecerlo. Por eso me acerqué a ti, llevaba varias horas esperando a que salieras. Cuando te vi sentado al lado del escaparte, no lo dudé, y me hice la encontradiza. Lo intenté, te juro que intenté persuadirlo, pero me dijo que tú ibas a hundir su vida, que lo justo era que él hundiera la tuya. En el momento en el que me dijiste que estabas enamorado, ya no insistí más —me dijo, casi llorando.

—Sal de aquí y no vuelvas a acercarte a mí. Gracias a ti y a mi hermano, a mi chica le han llegado fotos de todo, y parece que hemos terminado la fiesta follando en mi hotel. Ahora no quiere saber nada de mí. Tan solo espero que el puesto de trabajo que te prometió sea lo suficientemente rentable como para

que te haya merecido la pena… Ah, no, si él ya no tiene poder en la empresa, si no me hago cargo yo, se declarará en quiebra —le dije, con una sonrisa de lo más sarcástica.

—¿Qué estás diciendo? ¿Eso es verdad? ¿He hecho todo esto para nada? —me preguntó.

—Pues sí, querida. Te has prostituido para nada, porque eso, aunque no nos hayamos acostado juntos, se llama prostituir. No con tu cuerpo, con tus principios, que es peor —le contesté, abriendo la puerta de mi suite para que saliera.

—Necesito hablar con tu chica, explicarle todo, que no hemos tenido nada, ni siquiera un beso. Al menos, déjame intentar enmendar mi error — dijo, pero negué con la cabeza.

Cuando me quedé a solas, no pude evitar derrumbarme. Pero no con llanto, con furia, que era todavía peor. Ahora sí que los iba a hundir, a los dos, porque estaba seguro de que todo eso era idea de mi madre. Mi hermano no era capaz de pensar tanto, él tan solo usaba su cerebro para sacar dinero, no como venganza.

—Israel, necesito que todo esté listo esta semana. Tengo que volver lo antes posible, y para ello todo esto tiene que estar zanjado. No ofrezcas ni un céntimo de más, por favor —le dije a mi abogado.

—Ya tengo la propuesta preparada y la constitución de la sociedad también está casi lista, tan solo me queda un trámite que intentaré que esté resuelto lo antes posible. Yo te aviso cuando todo esté firmado —me dijo, antes de colgar la llamada.

¿Cómo se podía ser tan mala persona como para hacer eso? Lo justo sería que yo llamara a su mujer y le contara todas las fechorías que le había hecho mi hermano, por llamarlo de alguna manera, porque ni tenía mi misma sangre ni sentía ese vínculo con él. Para mí, a todos los efectos, era un extraño, alguien que no se merecía que moviera ni un dedo por él, y no lo iba a hacer.

O compraba la empresa al precio que quería, o me volvería y se quedaría todo tal y como estaba.

Capítulo 31



Raúl

Tres semanas habían pasado desde el momento en el que hablé con Mónica por última vez. Estaba enterado de su vida por Jaime, pero no del todo. Se negaba a decirme otra cosa que no fuera su estado de ánimo o que había encontrado trabajo en una tienda y estaba muy contenta. Fuera de eso, siempre me respondía lo mismo.

—Eso no me corresponde a mí, Raúl. Por favor, no insistas más, ella no quiere que te cuente nada —me decía mi amigo.

—No es justo, Jaime. Tú conoces la verdad y…

—Y nada, Raúl. Cuando vuelvas, lo hablas con ella, insiste hasta que te escuche, pero no me pongas en la tesitura de estar en medio, te lo ruego.

Esa era nuestra conversación a diario. Para luego contarnos como iba todo. Él me contaba como iban las obras de la reforma que estaba supervisando en mi ausencia, y yo le explicaba como estaba la compra de la empresa.

Me estaba costando que accedieran, pero se les terminaba el tiempo, por lo que, o firmaban en estos días, o se quedarían sin nada, ya que yo ya había interpuesto la demanda, y no me pensaba echar atrás.

Si todo me salía bien, la jugada sería perfecta, ya que, para evitar la cárcel, la única salida era devolver el dinero que habían robado, que, casualmente, era el que yo había ofrecido por la compra de la empresa. Si firmaban, el dinero que pagaría por la empresa sería el mismo que volviera a tener en mi cuenta, con lo cual la compra me saldría gratis.

Estaba revisando toda la documentación del hotel, que, dicho sea de paso, marchaba solo, cuando recibí una llamada de Israel. Si me llamaba era porque tenía novedades y eso, fueran las que fueran, iba a acortando el tiempo para mi vuelta al sur, que estaba deseando hacerla.

—Buenos días, Israel. Cuéntame —le dije, al contestar la llamada.

—Y tan buenos, Raúl, al menos para ti. Ya han firmado la venta. Para ellos es como si se hubieran salido con la suya, como si, de una vez por todas, se hubieran librado de un peso pesado —me dijo, riendo.

—No saben la que les espera. ¿Cuándo podemos vernos?

—Dentro de una hora en tu suite. Así te llevo el contrato de compra y venta firmado, para que puedas ir a la oficina y poner todo en su sitio —contestó.

—Te espero impaciente. Gracias, Israel —le dije.

—No hay de qué, ya te pasaré la minuta —me respondió, y solté una carcajada.

Me quité la ropa que llevaba puesta, que no era otra que un chándal cómodo de estar por casa, y me vestí como el que va a un funeral. Traje de chaqueta negro, al igual que la corbata, y camisa blanca. Lo primero que iba a hacer era hacerles una visita a esos dos seres indeseables, donde les pondría los puntos sobre las íes.

Un rato después entraba Israel por la puerta de mi suite, con un maletín en el que llevaba el dosier y el contrato de compra y venta de la empresa. Nos

dimos un fuerte abrazo a modo de saludo, y pasamos al interior, donde me iba a explicar todo con detalle.

—Y todo esto corresponde a tu nueva empresa, esa que espero que lleves muy lejos —me dijo.

—Israel, no tengo ni que decir que te estoy muy agradecido, y por eso, me gustaría que fueras tú el que llevara todo el tema legal de mis negocios, en su totalidad, no solo de este hotel. Por supuesto, te meteré en la plantilla de la empresa, con un sueldo fijo, no solo por servicios, y que podrás compatibilizar con tu despacho —le dije, y vi como le brillaban los ojos.

—Para mí sería todo un honor, no lo dudes. Así que, acepto tu oferta, encantadísimo —me respondió.

—Pues, déjame que zanje el asunto de mi familia, y una vez haya tomado posesión de mi cargo, formalizamos todo.

Nos despedimos con otro abrazo, pero esta vez en la puerta del hotel, ya que yo iba camino de la casa de mi madre, donde le dije que quería verlos a los dos, a través de un mensaje de texto, ya tendría tiempo de verle la cara y escuchar su desagradable voz durante el rato que estuviera con ellos.

Avisé en la recepción que necesitaba un coche con chófer. Ahora me tocaba a mí sentirme importante, hacerles ver que todo de lo que ellos habían presumido en su vida, que era el dinero y el estatus social, me pertenecía a mí en estos momentos.

Me bajé del coche después de que el conductor me abriera la puerta. Lo hice porque supe que estarían los dos mirando a través de la cortina del salón, y el chico no dudó en hacerlo. Luego le daría una buena propina, porque ver las caras de esos dos valían todo el oro del mundo.

Cuando me dispuse a llamar al timbre, ya estaba la chica del servicio de mi madre abriendo la puerta, mientras que ellos dos se situaban detrás.

—Ya tenemos tu dinero, así que ya puedes retirar esa denuncia —me dijo Iker, con cara de asco.

—A eso he venido. El cheque, por favor, y ahora mismo llamo para que mi abogado retire la denuncia —les dije.

Pasamos los tres al que había sido el despacho de mi padre, donde me extendieron el cheque. Como no me fiaba del todo de ellos, saqué mi portátil, entré en la aplicación de mi banco e ingresé el cheque. No tuve problema para hacerlo, por lo que le envié un audio a Israel, que ya estaba preparado para ello.

—Bien, ahora vayamos a la segunda parte del asunto que me ha traído aquí —les dije, y ambos me miraron como si estuviera hablándoles en chino.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó mi madre, con mucho desprecio.

—Hablo de que tienes media hora para ir a la empresa y sacar de allí todas tus pertenencias. Si llego allí y encuentro algo vuestro, terminará en la basura o cedido a alguna ONG —les dije, y ambos se miraron como extrañados, pero con una sonrisa.

—Lo siento, Raúl, pero como la empresa era nuestra, ya que podemos demostrar que tú no tienes la misma sangre que mi hijo, hemos decidido venderla. Por lo que tu hermano seguirá al frente, pero ahora como empleado, con un buen sueldo fijo y sin los calentamientos de cabeza —me dijo Lourdes, con suficiencia.

—¿Eso lo habéis firmado con el nuevo dueño? Porque me parece que en el contrato no pone nada. Pero, por si acaso, y como lo tengo aquí, vamos a revisarlo, que lo mismo se me ha pasado alguna cláusula —le dije, y saqué una copia del contrato, pues no dudaba de que intentarían destruirlo.

Su intento no serviría de nada, por otra parte, porque ya estaba registrado en el registro mercantil, pero eran tan inútiles los dos, que ni en eso se habían fijado.

—Tal y como pensaba, no aparece nada de eso. Como el nuevo dueño soy yo, más vale que me hagas caso, si es que quieres conservar algo, claro —le dije, sonriente.

—¿No has sido capaz de negociar ni siquiera eso? ¿De qué coño vamos a vivir ahora? —le gritó su madre, que no la mía, pues así me lo había dejado claro.

—Hermano, por favor…

—¿Hermano? Tú y yo no tenemos nada en común, mucho menos somos hermanos. Por lo tanto, lo dicho. Y ahora, me marcho. Buenas tardes —les dije.

Detrás de mí escuchaba los gritos de Lourdes y el llanto de mi hermano. Habían ido a por lana y habían salido trasquilados, y eso era lo que más me gustaba. Su enorme ego, su estatus social, todo lo que ellos más querían, lo habían perdido en menos que cantaba un gallo. Ahora, si querían seguir adelante, tendrían que vender las dos enormes casas en las que vivían y marcharse a unas más pequeñas, acorde a su nueva situación económica y, por supuestísimo, prescindir del servicio.

Me moría por ver a mi madre en esa situación, que no sabía ni atarse los cordones sin la ayuda de su muchacha. Estaba claro que se alimentarían de bocadillos, porque ninguno de los dos sabía freír ni un huevo. En cuanto al trabajo, sí, Iker tenía una carrera universitaria, pero que no le serviría para nada, ya que pudimos comprobar que también eso había sido una farsa pagada por mis padres. Su niño no podía ser un donnadie sin título universitario, aunque no supiera hacer la o con un canuto.

Entré por la puerta de la empresa con la cabeza muy alta, y justo me crucé con Iker en el hall de entrada. Me miró, y con mucho asco, se dirigió a mí.

—Tú has arruinado mi vida, pero yo me quedo con la tranquilidad de que la tuya también está destruida, jamás podrás recuperar a esa mujer —me dijo, pero preferí ignorarlo.

Capítulo 32



Mónica

Habían transcurrido ya casi dos meses desde que recibí esas fotos de Raúl con otra mujer. Dos meses en los que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Durante este tiempo, Martín y yo nos habíamos acercado mucho, no en el tema sentimental, en el que seguía estancada, puesto que mi corazón le seguía perteneciendo a Raúl, por mucho que me pesara.

Nuestro acercamiento era por los niños, en plan amigos. Se había volcado con Dafne, y ella ya empezaba a llamarlo papá. Su intención era esa, que pudiéramos mantener una conversación de manera cordial por nuestra hija, y en favor de ella, para que pudiera seguir manteniendo contacto con su hermano, al que adoraba.

Nico había experimentado una mejoría bastante notable y gracias al trasplante de su hermana, y si todo continuaba así, podría llevar una vida completamente normal. Era ver a su hermana, y empezar a tocar las palmas. Ese día, como yo no trabajaba, al no tocarme ese sábado, habíamos quedado en ir a comer juntos y al parque, donde los niños disfrutaban mucho.

—Mamá, mi padre me ha dicho que esta tarde me va a regalar una cosita que me va a gustar mucho —me dijo Dafne, mientras esperábamos a que llegara Martín con el niño.

—Pues ya le he dicho a tu padre que ya basta de regalos, que te está convirtiendo en una niña consentida —le respondí.

—Yo no pido nada, ya lo sabes, pero él se empeña. Además, según dice, me debe cinco años de regalos de cumpleaños, y de los que se encargan a los Reyes y a Papá Noel —me dijo ella, con toda su poca vergüenza.

—Créeme que, con todo lo que te ha comprado en estos meses, ya se ha puesto al día. Que digo al día, está ya en superávit.

—¿Qué es peravit, mamá?

—Peravit no, superávit. Que ya se ha pasado, que creo que, como siga así, los Reyes y Papá Noel, el año que viene, en vez de traerte juguetes, te los van a pedir.

—Ah, no, eso sí que no lo pienso consentir, ni mijita —me dijo, con las manos en la cintura y negando con la cabeza, lo que me provocó una carcajada.

—¿De qué os estáis riendo? Contádmelo, y así me río yo también —dijo Martín, que acababa de llegar.

—Mi madre, que está loca. ¿Pues no dice que el año que viene, en vez de traerme regalos por Navidad, me los van a pedir? Como si yo estuviera dispuesta a dar algunas de mis cosas… —dijo, negando con la cabeza, una mano en la cintura y, con la otra, haciendo gestos de manera exagerada.

—Anda, María, que eres tú muy sabihonda —le contesté.

—Mamá, como sigas hablando de esa manera, el año que viene le voy a tener que pedir a Papá Noel un diccionario —me dijo, y ahí, su padre ya no podía parar de reír, hasta se tuvo que sentar, pues estaba doblado.

—Jamás me imaginé que una niña de cinco años me hiciera reír de esta manera. Tiene más salidas que una rotonda —dijo su padre.

—Y tú más entradas que un estadio —le respondió, y era cierto, a su padre empezaba a clarearle la frente.

—¡Oye! ¿Cómo me dices eso? Que soy tu padre —le dijo Martín, fingiendo indignación.

—Si es verdad, qué quieres que te diga —contestó.

Nos sentamos en una terracita a comer, pues, aunque todavía hacía frío, en el solecito se estaba de miedo. Estábamos pidiendo la bebida, cuando vi que venía Paula, Jaime y el niño.

En estos meses casi no había tenido contacto con ellos, en especial con Jaime, pues con Paula hablaba casi todos los días. Mi hija, que vio a su inseparable Darío, no dudó en salir corriendo a darle un abrazo, a pesar de que se veían a diario en el colegio, sabía que ambos echaban de menos estos encuentros, estas salidas, fuera del horario escolar.

—Dichosos los ojos que te ven —me dijo Paula, que se acercó a darme un abrazo.

—Hola, preciosa —se dirigió a mí Jaime, que vino a darme un par de besos.

—Hola, chicos. Mirad, este es Martín, el padre de Dafne —les presenté y noté dos actitudes completamente distintas.

Por un lado, Paula me miraba con incredulidad, como preguntándome si estaba segura de lo que estaba haciendo. Mientras tanto, la mirada de Jaime era como de pena, como si todavía esperara que entre Raúl y yo se arreglaran las cosas.

—No me miréis así, que tan solo somos amigos, os lo prometo —dijo Martín, levantándose a saludar a los dos.

—Yo no digo nada —dijo Paula, levantando las manos, en señal de inocencia.

—Pues yo sí que digo, porque a mí me encantaría que, entre ella y Raúl, se pudieran entender…

—Por experiencia propia te digo que, si Mónica ha sido capaz de perdonarme a mí, con todo el daño que le hice, abandonándola con un bebé, Raúl lo tiene infinitamente más fácil que yo —le contestó Martín.

—¿Os habéis dado cuenta del pequeño detalle de que estoy aquí sentada? —les pregunté a los dos, alternando la mirada de uno a otro.

—Por eso lo estamos hablando, para que te des cuenta de qué, si has perdonado eso, lo que te ha hecho Raúl no tiene la más mínima importancia —me respondió Martín.

—Además de que, entre Amanda y él no ha pasado nada. Mira, sé que no quieres saber nada de él, pero ya no me puedo callar más. Es mi amigo, casi mi hermano, y lo estoy viendo sufrir día a día…

—¿Acaso yo no estoy sufriendo? —le dije, algo enfadada.

—Por eso, estáis sufriendo sin razón. Todo fue orquestado por su hermano, para destruirle la vida, al igual que considera que ha hecho él, cuando lo único que hizo fue salvarle el culo…

Jaime cogió carrerilla y me contó todo lo que le había ocurrido a Raúl, con todo lujo de detalles, pero no me lo podía creer. Parecía todo como el guion de una telenovela turca, pero dirigida por Almodovar, pues todo parecía surrealista.

—Es que, te prometo, que ya no sé qué creer. No sé qué es cierto y qué no —le dije a Jaime, cuando terminó de contarme todo.

—Es muy sencillo. Tengo el número de teléfono de Amanda, y ella está dispuesta a hablar contigo, a contártelo todo, ya que también fue víctima de Iker, pues le prometió ayudarla en la situación en la que se encontraba y luego, como es normal en él, no cumplió su promesa —me dijo Jaime, sacando su teléfono.

—Mónica, sabes que mi intención contigo no es otra que la de llevarnos bien por la niña. Te quiero mucho, pero no en el sentido romántico, y por todo ello, no puedo nada más que decirte que la llames, que hables con ella, por tu tranquilidad. Una vez que escuches su versión, eres muy libre de perdonar o no a Raúl, pero lo harás desde el conocimiento, tomarás una decisión sabiendo la verdad —me dijo Martín, mientras Jaime lo miraba con admiración.

—Chica, ojalá el padre de Darío me hablara de esa manera. Chapó, Martín, debería de haber muchos más hombres como tú en el mundo que, a pesar de cometer errores, saben dar marcha atrás y llegar a un acuerdo por los hijos —le dijo Paula, que se levantó para darle un abrazo.

Me quedé durante un rato callada, pensando en lo que hacer. La duda me comía, pero, para mí, el que hablara con ella o no tan solo me confirmaría o desmentiría lo que pasó esa noche, pero no dejaba de lado el hecho de que me había mentido, y así lo verbalicé.

—Pero, a pesar de todo lo que pasó o no… me mintió —dije, como a media voz.

—¿Sabes el motivo de esa mentira? Porque a lo mejor no es por lo que tú estás pensando — insistió Martín.

—Por favor, que no me chupo el dedo. El motivo solo es uno, que tenía otras intenciones que luego le salieron mal, no puede haber otro —contesté, pues pensaban que era tonta.

—Pues te vuelves a equivocar. Te podría decir yo el motivo, porque fue lo primero que le pregunté, pensando igual que tú, pero su respuesta me dejó de lo más convencido, a la vez que desconcertado, la verdad —me dijo Jaime.

—¿Por qué no me lo dices? —le pregunté.

—Porque no me corresponde. Lo único que te puedo decir es que, si quieres saberlo, mañana vuelve Raúl, y ya para quedarse, ya que todo lo que tenía que resolver en su ciudad, está resuelto. Así que, se lo podrás preguntar a él.

No llamé a esa chica, de nada me servía que me negara lo de esa noche, cuando mi principal preocupación era la mentira y el motivo de ella no tenía claro si quería o no conocerlo.

Capítulo 33



Raúl

Al final, la que consideraba mi familia, había tenido que hacer lo que pensaba. Vender todo y comprar una casita más pequeña. A lo que no renunciaron fue a la chica de servicio, que, por otro lado, vio el cielo abierto, pues la casa en la que vivían ahora cabía en el salón de la mansión en la que habíamos vivido durante toda la vida.

Estaba preparando la maleta para marcharme, después de que hubiera dejado todo organizado en la empresa, de la que me enviarían un informe semanal sobre su funcionamiento, cuando llamaron a la puerta de mi suite.

—Un momento, enseguida voy —dije desde la habitación, cerrando la maleta.

Cuando abrí, me encontré a mi cuñada y a mis sobrinos, llorando como una magdalena, y no me lo pensé, los dejé pasar para que me contara lo que había ocurrido. Tenía tiempo, pues aún faltaban más de cinco horas para que saliera mi avión.

—Sandra… ¿qué ha pasado? —le pregunté, pues me fijé en que llevaba una maleta y tenía la cara golpeada.

—Ya no aguanto más, Raúl, y mi familia es como la tuya, las apariencias son lo primero, por lo que no me apoyan con mi decisión y me veo en la calle,

sola, sin dinero y con los niños —me dijo, sin parar de llorar.

Mis sobrinos tenían cinco y dos años, el pequeño venía dormidito en su carrito, el mayor de la mano de su madre, con cara de asustado y cansado hasta la extenuación.

Me contó que mi hermano había llegado borracho y que mi madre, lejos de condenar el hecho de que se gastara en vicios un dinero que no tenían, lo había defendido, echándole a ella la culpa de todo. En uno de los arrebatos que tuvo, levantó la mano y le dio un bofetón.

—Por ahí sí que no voy a pasar, así me tenga que ir debajo de un puente o prostituirme para darles de comer a mis hijos —me contó.

—¿Crees que yo lo voy a permitir? Quizás estos niños no lleven mi sangre, pero eso no significa que nos lo quiera como si la tuvieran. ¿Qué piensas hacer, Sandra?

—No sé a qué te estás refiriendo, Raúl. No tengo opción de elegir, mis hijos están, antes que nada. Si por mí fuera, me iría lejos, porque tengo clarísimo que a tu hermano le importan una mierda los niños, más bien, cuanto más lejos estén de él, mejor, así no se vería comprometido a venir a verlos y podría seguir con sus juergas —me contestó.

—Te propongo algo. Estoy abriendo un nuevo hotel en el sur, donde resido ahora. Podéis veniros conmigo, allí te ofreceré un puesto de trabajo. Jaime, mi amigo, será la persona que lo dirija, y necesitará a una secretaria. Mientras que no se abre al público, podrías hacer un curso de reciclaje para ponerte al día de las nuevas tecnologías. Por supuesto, empezarás a cobrar desde el momento en que me digas que sí y firmes el contrato. Yo me haré cargo de los gastos de los niños hasta que te organices.

—Eres un sol, Raúl. Ojalá Iker hubiese sido como tú —me dijo, dándome un abrazo.

Entré en la aplicación en la que había sacado mis billetes, adquiriendo otros tres más. Viajaba en primera clase, porque los niños estarían más

cómodos, a pesar de que el viaje no era demasiado largo.

Mi cuñada había cogido lo básico, tanto para ella, como para los niños. Pero eso no me preocupaba, al igual que tampoco lo hacía lo que mi hermano pudiera decir, porque, antes que nada, llamé a Israel y le conté lo que había sucedido, por lo que, lo primero que hizo fue presentar la demanda por maltrato físico y psicológico, y pedir medida cautelares para los niños, y que no se pudiera acercar a ellos.

Nos marchamos con todo bien hecho, para que no pudiera alegar absolutamente nada. El dinero de la venta de la casa no les iba a durar eternamente, mucho menos si Iker seguía derrochando a diestro y siniestro, en juegos, borracheras y todo lo demás, y Lourdes siguiera viviendo como si tuviera los mismos ingresos que antes.

Ante todos, habían vendido la empresa porque daba pérdidas. Según ellos, el mercado ya no era lo que antes, y se habían mudado porque esa casa le traía muy malos recuerdos. Iban presumiendo que habían cogido una millonada por las dos cosas, cuando en realidad, no tenían ni mierda en las tripas.

Iker pensaba que era un rico heredero que podría vivir de las rentas sin doblar el lomo, y por ello, no se preocupaba en buscar trabajo. Su rutina era levantarse a la hora de comer, seguir durmiendo la siesta para, por la noche, aguantar las fiestas, que se sucedían una detrás de otra. Tenía el respaldo de la gran Lourdes, que todo lo veía bien, pues su niño era muy joven y tenía que disfrutar de la vida.

—Raúl, no sé como preguntarte esto, pero… ¿dónde vamos a vivir? —me preguntó Sandra, después de despegar el avión.

—De momento, lo haréis en mi casa, hasta que encontremos una que te guste y podáis mudaros —le respondí.

—Que me guste no, Raúl, que podamos pagar. Con mi presupuesto actual, me veo con una caseta de Decathlon en la playa —me respondió, y solté una carcajada.

—Eso no será así, yo me encargaré de todo. Será un regalo para los niños, con el usufructo a tu favor, por supuesto —le dije, y vi como los ojos se le llenaban de lágrimas.

En cuanto aterrizamos, cogimos un taxi que nos llevaría hasta mi casa. Los niños estaban acostumbrados al olor del mar, pues donde vivían antes estaba también muy cerquita de la playa.

Llegamos casi de noche, por lo que pedí pizza a domicilio, ya que la nevera estaba vacía. De eso me ocuparía al día siguiente, cuando haría una buena compra para que me llevaran a casa. También iba a hablar en el mismo colegio en el que estaba Dafne, que tenían incluso servicio de guardería. Estaba cerca de mi casa y sabía por Mónica, que era muy buen centro. Era concertado, pero tanto las instalaciones como el profesorado eran de primera.

Los niños habían estado acudiendo a un centro privado hasta ese momento, pero del que su queridísimo padre había dejado un buen pico por pagar, del que me hice cargo en cuanto me enteré, pero ya no hacía falta. Aquí no había que guardar las apariencias.

—No vayas a elegir un centro privado para los niños, por favor —me dijo, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—En eso mismo estaba pensando, en que, cerca de casa hay un centro concertado al que acude la hija de la que ha sido mi pareja. Está muy bien, y tiene unos profesores de lo más cualificados —le respondí.

—Me parece perfecto, pero si tiene que ser uno público, tampoco pondré inconveniente. Demasiado estás haciendo por nosotros. Otro en tu lugar, nos habría mandado a la mierda, pero de tal manera que hasta me hubiera emocionado con el viaje —me contestó ella, haciendo que soltara una carcajada.

Si Mónica hubiera seguido siendo mi pareja, estoy seguro de que se habrían llevado bien, siendo incluso buenas amigas. Pero ahora ya no podía pensar en eso. Lo había intentado por activa y por pasiva, a través de Jaime y de Paula, pero sin obtener resultados.

Solo lo intentaría una vez más, cuando ya estuviera todo en su sitio, si no quería hablar conmigo, conocer mi versión de los hechos, me daría por vencido e intentaría seguir adelante con mi vida, por mucho que me doliera.

Jaime hacía tiempo que vivía con Paula, aunque seguía viniendo de vez en cuando a mi casa para que no se metiera nadie de ocupa, por lo que tenía todas las habitaciones libres.

Llevé a mi cuñada a la de invitados, donde dormiría con el pequeño, mientras que el mayor usaría la otra habitación, en la que se había quedado Dafne los días que había dormido en mi casa.

Entrar allí y ver las cosas de la niña me dolió en el alma, y eso que todavía no había entrado en la mía, en mi baño, donde estaban las cosas de Mónica. En su momento hablamos Mónica y yo, de dejar algo de ropa y de enseres personales en casa de cada uno, y así no tendríamos que ir de un lado a otro con la mochila, como si nos fuéramos a ir de excursión.

No sabía lo que había hecho ella con mis cosas, pero las suyas las tenía ahí, tal y como ella las dejó, y así se lo dejé claro a Jaime, que no moviera absolutamente nada, me negaba a admitir que no la volvería a tener allí.

Capítulo 34



Mónica

Esa mañana, después de dejar a la niña en el colegio, recibí una llamada de mi amiga Paula. Al parecer, Jaime y Martín se habían hecho muy buenos amigos y habían acordado que quedarían para tomar café esa tarde, y así jugar con los niños en el parque.

—No tengo ni idea, Paula, pues no he hablado con él desde ayer que nos despedimos después del parque —le respondí.

—Chica, pues ya te llamará después, no te preocupes por eso. Te lo he dicho para que te vayas haciendo a la idea de que, esta tarde, nada de sofá y mantita, hoy nos toca correr detrás de los enanos —me dijo, haciéndome reír.

—Pues estoy yo como para correr mucho. Yo, mejor, os espero en un banquito, sentadita y que me las den todas juntas —le respondí.

—Ay chica, que se me olvidaba tu lema…

—¿Cuál lema?

—Hija, cuál va a ser, el mantra que repites siempre… *"Si me ves correr, corre detrás de mí, porque algo pasa"* —dijo, imitándome a la perfección.

—Tú, como siempre, tirando tiritos. Bueno, te dejo, que voy a entrar al trabajo, no quiero llegar tarde y luego tener que salir más tarde —le dije, despidiéndome de ella y cortando la llamada.

Acto seguido, cuando todavía no había dejado el bolso en el almacén, me volvió a vibrar el móvil, y esta vez sí que era Martín.

Martín: *Hola, Mónica. Ayer quedé con Jaime que nos llevaríamos a los niños al parque después de comer. Si estás cansada, a mí no me importa llevarme a Dafne y llevártela a la vuelta.*

Mónica: *Hombre, un derroche de energía no soy, pero tampoco como para tener que quedarme en mi casa. Mejor, me tomo un cafelito con Paula en la terracita de la cafetería del parque, mientras Jaime y tú corréis detrás de los niños.*

Martín: *¿Sigues con tu aversión al deporte? No me lo puedo creer. No sé, entonces, como mantienes esa figura que tienes.*

Mónica: *Como se nota que no estás veinticuatro horas con tu hija. No hay mejor gimnasio que ese. Te dejo, que tengo que abrir la tienda. Recuerda que hoy te toca a ti ir a recoger a la niña.*

Martín: *Que te sea leve. Sí, no te preocupes que no se me olvida. Nos vemos a las cinco en la cafetería del parque.*

Jamás pensé que entre Martín y yo, pudiera haber tan buena relación, una amistad de lo más sana, que nos mantenía unidos como padres. Eso fue una cosa que él siempre tuvo claro, no iba a hacer y deshacer en la educación de la niña lo que le diera la gana, al igual que yo tampoco lo haría. Cualquier cosa la teníamos que tratar y consensuar entre los dos, llegando a un acuerdo que nos satisficiera a los tres.

La mañana fue de lo más entretenida, tanto que casi ni me di cuenta de que era mi hora de salida, hasta que no vi a mi compañera entrar para hacerme el relevo.

—Chica, no he parado en toda la mañana. Ha sido tan frenética como entretenida —le dije a mi compañera.

—Eso suele pasar, al menos, durante una semana al mes. Sobre todo, cuando traemos y ponemos a la venta las nuevas colecciones. Parece que ninguna quiere quedarse sin su talla. Espero que la tarde sea igual de concurrida, o al final me despedirán a mí y te dejarán a ti con la jornada completa —me dijo, evidentemente en tono de broma, porque la tienda era suya y sería cuanto menos curioso, que se despidiera a sí misma.

Era temprano, pero como no tenía a la niña y mis padres habían salido de viaje, en vez de ir hasta mi casa a comer, me senté en uno de los restaurantes del centro comercial. Nosotras, por ser empleadas teníamos descuento, por eso la mayoría del personal comía ahí a diario.

Estaba sentada cuando lo vi pasar y el corazón me dio un vuelco. Seguía tan guapo como siempre, aunque se le veía como más cansado. Pude levantarme y hablar con él, preguntarle, pero iba acompañado por una mujer y dos niños, uno de la edad de Dafne, más o menos, y otro de unos dos años.

Se le veía cómodo con ellos, y me hice a la idea de que había pasado página, por lo que me quedaría con la duda para siempre. Lo que no entendía era la actitud de Jaime, pues si sabía que tenía pareja, no me cabía en la cabeza que siguiera insistiendo en que hablara con él, pero se lo preguntaría luego, cuando estuviéramos tranquilos tomando ese café.

Perdida en mis pensamientos, lo perdí de vista. No sabía por dónde había salido o adonde habían ido, así que me levanté, pagué la cuenta y me fui hasta la cafetería en la que habíamos quedado, dando un paseo, pues no estaba demasiado lejos.

Me senté en una mesa al solecito, y me pedí una infusión de manzanilla. Encendí un cigarrillo e intenté relajarme, hasta que la voz de mi hija me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Mamá! ¡Mira quién ha vuelto! —exclamó, desde lejos.

Al levantar la vista vi como venían todos, y cuando digo todos, es precisamente eso, no se había quedado nadie en su casa. Mi rostro tuvo que mudar de color, puesto que Paula y esa mujer vinieron corriendo hasta mi lado.

—Mónica, ¿estás bien? —me preguntó Paula.

—Chica, no me des estos sustos, por Dios, que no salgo de una cuando entro en otra —me dijo esa mujer.

—Sí, sí, estoy bien, no preocuparos —les contesté.

—Yo soy Sandra, excuñada de Raúl —me dijo ella, dándome dos besos.

—Yo, como acabas de comprobar, soy Mónica —le respondí, con una sonrisa un tanto fingida.

Martín no le quitó el ojo de encima a Sandra, llegando a sentirme un tanto incómoda. No por mí, ni porque yo quisiera tener nada con él, sino por Raúl. Si era su nueva pareja, independientemente de como se había presentado, no le gustaría nada que la mirara así otro hombre.

Los niños se fueron a jugar con Jaime y Martín, dejando a Nico a nuestro cargo, pues se había quedado dormido, al igual que el pequeño de Sandra, que también se había quedado frito en el cochecito.

—¿Cómo es que te has venido al sur? Tiene que ser muy duro dejar toda tu vida atrás —le preguntó Paula, con toda la mala intención del mundo.

—Uy, créeme que no. Mi vida con Iker era un infierno en todos los sentidos. He sufrido malos tratos, físicos y psicológicos, cuernos, y he tenido todo tipo de carencias, tanto materiales como afectivas —nos dijo, dejándonos en estado de shock.

—Es increíble, de verdad —le dijo Paula.

—Si no llega a ser por Raúl, que no ha dudado en traernos con él, no sé como hubiera sobrevivido. Pues mi familia de sangre también me dio la espalda —siguió contándonos.

Estábamos hablando de ello, cuando noté como me ponían una mano en el hombro. Ese olor lo reconocería en cualquier parte, por lo que me estremecí sin poder evitarlo.

—¿Podemos hablar? —me dijo, prácticamente susurrando en mi oído.

—Sí, creo que nos debemos una conversación —le respondí, levantándome para alejarnos un poco y poder hablar a solas.

Nico se quedó con Paula, pero todavía seguía dormido. Nos alejamos un poco de la mesa, y nos sentamos en otra que había libre.

—¿Por qué me mentiste? —le pregunté, con dolor.

—Te juro que no me acosté con ella, que no he estado con nadie desde que estamos juntos —me contestó.

—No te estoy preguntando eso. Lo que pasara o no, hasta cierto punto, ahora ya me da igual. Lo que quiero saber es el motivo de la mentira.

—Lo hice porque no quería que dudaras de mí. Porque me daba miedo de perderte por la inseguridad que tenías, y al final, terminé perdiéndote por todo lo contrario, por no decirte la verdad —me dijo.

—¿Me estás diciendo que la mentira fue por protegerme de mí misma?

—Exactamente eso. No quería que pasaras la noche comiéndote la cabeza sobre lo que estaba sucediendo o no. Independientemente de lo que hizo mi hermano, de como manipuló a Amanda mientras nos hacían las fotos.

—¿Qué tienes con Sandra? —no me pude aguantar, aunque luego me arrepintiera.

—Con Sandra tengo lo mismo que tú con Martín, una bonita amistad por el bien de los niños, con la salvedad de que los hijos de Sandra no son míos, pero los quiero muchísimo.

No hicieron falta más preguntas ni más respuestas. Raúl cogió mis manos y se las llevó a sus labios para besarlas, y mi cuerpo reaccionó de la misma manera en la que lo hacía cada vez que lo tuve cerca en el pasado.

—Perdóname, Mónica, por favor, no sé vivir sin ti y sin la niña. Os puedo compartir con su padre, pero siempre como amigos en tu caso, pero no seguir sin vosotras —me dijo, de manera suplicante.

—Prométeme que no me volverás a mentir. Sea el motivo por el que sea, nada lo justifica —le contesté, mientras que él asentía con la cabeza.

A continuación, nos besamos, y escuchamos como todos los que estaban allí con nosotros nos aplaudían, en especial mi hija, que venía en brazos de su padre.

Epílogo



Raúl

Diez años después…

Nuestra vida había dado muchas vueltas, aunque siempre giramos el uno de la mano del otro. No nos habíamos vuelto a separar, aunque nuestros comienzos no fueron fáciles, aquí seguíamos juntos.

Sandra y los niños vivían conmigo, por lo que yo decidí trasladarme a casa de Mónica, hasta que ella encontrara una casa. Así, yo tenía mi intimidad y ella la suya, pero nos sorprendió a todos una tarde de las de café y parque.

—Raúl, cuando quieras puedes volver a tu casa, nosotros ya nos hemos marchado —me dijo como avergonzada, pues tan solo hacía tres meses que se había venido al sur, abandonando a su marido.

—¿Has encontrado una casa y no me has dicho nada? —le pregunté, pues me sentó mal que no hubiera contado conmigo.

—No, amigo, se han venido a vivir conmigo. Estamos juntos desde casi el mismo día en el que nos conocimos, pero ella no quería que nadie lo supiera. No entendía ese secretismo, por eso le di un ultimátum: o se venía a vivir conmigo y los niños, o lo nuestro se terminaba —me dijo Martín, dejándonos con la boca abierta.

—¡Lo sabía! Esas miraditas que os echabais cuando pensabais que nadie os veía. Esa manera de cuidar de los niños, como si fueran tuyos. Lo siento, Martincito, pero te conozco demasiado bien como para que se me pasaran por alto esos detalles —le dijo Mónica al padre de su hijo.

—Joder, y yo que pensaba que nadie se había dado cuenta —dijo Sandra, un tanto agobiada.

—Mira, Sandra. Tu exmarido se quedó atrás. Has firmado el divorcio hace mucho tiempo, incluso firmó la renuncia a los niños con tal de no tener que pasaros manutención. Esos niños necesitan la figura de un padre, y no encuentro otro mejor que Martín. Si te avergüenzas por lo que podamos pensar los demás, en concreto yo, pierde cuidado, porque tan solo nos podemos alegrar por vosotros —le dije, y la vi como lloraba, pero eran lágrimas de alegría.

—Eres tan bueno, Raúl, que te mereces todo lo bonito que te pase en esta vida —me respondió, levantándose para darme un abrazo.

—En este caso, y como mi casa ya está libre de ocupas, tan solo me queda preguntarle a mi chica si se quiere venir a vivir conmigo —le dije a Mónica, mirándola directamente.

—Ya estabas tardando, chaval —me contestó, riendo.

Desde ese mismo momento, vivíamos en mi casa, en nuestra casa, porque no dudé en cambiar las escrituras de compra y venta y ponerla a nombre de los dos. La suya, donde vivía antes y que era una herencia de sus abuelos a sus padres, la dejó libre para que ellos pudieran alquilarla, como habían hecho hasta que Mónica decidió independizarse.

Nos casamos un año después, en la playa, esa que tanto nos gustaba a todos. Fue una boda en la intimidad, tan solo nuestros amigos más íntimos y los padres de Mónica. Jose actuó como padrino y Sandra, como mi madrina. Tal y como vaticiné, las tres se hicieron buenas amigas y no eran pocos los fines de semana en los que nosotros nos quedábamos con los niños para que ellas tres se fueran de cena y copas.

Nosotros teníamos un hijo más, Max, que nació a los dos años de la boda y que actualmente tenía siete años, siendo el más pequeño de todos. Era el juguete de los más mayores, que no dudaban en tirarse al suelo a jugar con él cuando era necesario.

Dafne, a sus quince años, era una adolescente adorable, que seguía siendo inseparable de su buen amigo Darío, al que también se unió Unai, mi sobrino mayor. No era mi sobrino de sangre, pero para mí como si lo fuera, y así me veían ellos.

Pasado un tiempo, Martín los adoptó a los dos, pasando a ser una familia con tres hijos, puesto que no habían tenido ninguno más. Sandra, mi cuñada, decía que ya tenían bastante, y mi hija se dirigía a ellos como "Los Serrano", pues llevaban dos hijos cada uno. Se casaron tres meses después que nosotros, pero esa boda sí que fue un tanto más sonada que la nuestra, pero no por su multitud de invitados, sino porque la madre de Martín se llevó las manos a la cabeza cuando se enteró de que su hijo se casaba con una mujer separada y con dos hijos.

Se plantó en el juzgado, que fue donde se casaron ellos, dispuesta a reventar la boda, pero no lo permitimos, el primero, Martín, que llamó a seguridad para que la sacara de allí. Desde ese momento, mi amigo juró que no tenía madre, pues si no era capaz de ver su felicidad, era porque no lo quería. Su madre falleció el año pasado, no pudo desheredarlo, aunque nos consta que lo intentó, pero Martín renunció a todo, donándolo a una ONG de madres solteras en peligro de exclusión. Decía que era un modo de remediar lo que hizo con Mónica y su hija.

Jaime y Paula también se habían casado, pero no como lo hicimos nosotros, sino que lo hicieron durante un viaje a Las Vegas que le habíamos regalado nosotros, no con esa intención, ni mucho menos, pero siempre escuchamos a Paula decir que se moría por echar una moneda en alguna de esas máquinas que se veían en las películas o por apostar, aunque fueran cien euros, en el casino.

Ella si vino embarazada del viaje de novios, y tuvieron a Martina, que tenía nueve años y era una marisabidilla de cuidado. Se pensaba que ella era la madre de Max, al igual que de Nico y de Sergio, los dos hijos de Martín y

Sandra, porque se me olvidaba contaros que mi cuñada también había adoptado a Nico, ante la renuncia al niño de su madre, que lo firmó casi sin preguntárselo.

Mis suegros seguían tan bien como siempre. Él, a sus sesenta y muchos años, porque nunca supimos su edad, ya que se negaba a decirla, seguía guapísimo como siempre, igual de atractivo. Tanto que seguía haciendo que las mujeres se giraran para mirarlo, daba igual la edad que tuvieran. Rosa se lo tomaba con filosofía, pues, aunque ella también estaba muy bien para su edad, no podía compararse a su marido.

—No te preocupes, mi amor, que yo solo tengo ojos para ti. Si no lo he hecho con cuarenta, ¿lo voy a hacer ahora? —le decía Jose a su mujer.

—Eso ya lo sé, si no puedes vivir sin mí —le respondía ella, riendo.

De mi madre y mi hermano, la última noticia que tuve de ellos fue que tuvieron que vender también la casa en la que vivían y despedir al servicio, para irse a una casa alquilada de las de protección social, que tenían un precio por debajo del mercado y que estaban dedicadas a personas sin recursos.

Sí, tal y como estáis pensando, el dinero se lo fundió Iker en juergas y borracheras, hasta el punto de que no tuvieron ni para pagar los suministros básicos de cualquier casa. Su círculo social, ese del que tanto presumían, les dio la espalda, por lo que terminaron acudiendo a los servicios sociales para que les facilitaran comida y ropa, ya que hasta eso tuvieron que vender. Iker pasó de llevar trajes italianos a un chándal de la beneficencia, al igual que mi madre, que, de tener ciento de vestidos de firma colgados en el armario, tuvo que ponerse los que les dieron allí.

Os pensareis que no quise ayudarlos, pero nada más lejos de la realidad. Lo que no estaba dispuesto era a mantener a vagos. Les ofrecí un puesto de trabajo en la empresa, o en el hotel, pero se negaron. Era más fácil no dar un palo al agua y seguir teniendo ropa y comida, aunque no fueran a lo que estaban acostumbrados.

Ahora estábamos en la graduación de Darío y Dafne, pues habían terminado la ESO, y al año siguiente, empezaban el bachillerato, por supuesto en el mismo centro en el que entraron bien pequeños. Ellos decían que más valía bueno conocido que malo por conocer.

—¿En qué momento han crecido tanto? —me preguntó Mónica, viendo a los dos como subían al estrado para recoger su diploma y su beca.

—En el momento en el que dejaron de ser niños —le respondí, tremendamente orgulloso de los dos.

Dafne bajó corriendo para darnos un abrazo. A pesar de que tenía a su padre y de que sentía pasión por él, la conexión que tuvimos desde el principio ella y yo no había cambiado ni un ápice, y todos lo sabían, por eso, al primero que abrazó fue a mí.

—Enhorabuena, mi vida. Sigue así y llegarás muy lejos —le dije, pues era una magnífica estudiante.

—Llegaré tan alto como tú, solo que yo estudiaré antes —me respondió, con un guiño.

Eso era lo que su madre siempre le decía, que antes de llegar a donde quisiera, tenía que prepararse. Mónica trabajaba conmigo, era mi asistente personal. Siguió estudiando y se graduó en Económicas, que era lo que quiso estudiar durante toda su vida.

—Quien nos iba a decir a nosotros que terminaríamos aquí, en este punto, después de un encuentro en el pasillo de un supermercado —me dijo.

—¿Sabes? Yo no sé a ti, pero para mí, un solo beso bastó para que te quedaras con mi corazón —le respondí, para besarla en los labios a continuación.

Era y siempre sería mi verdadero amor.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
X: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel